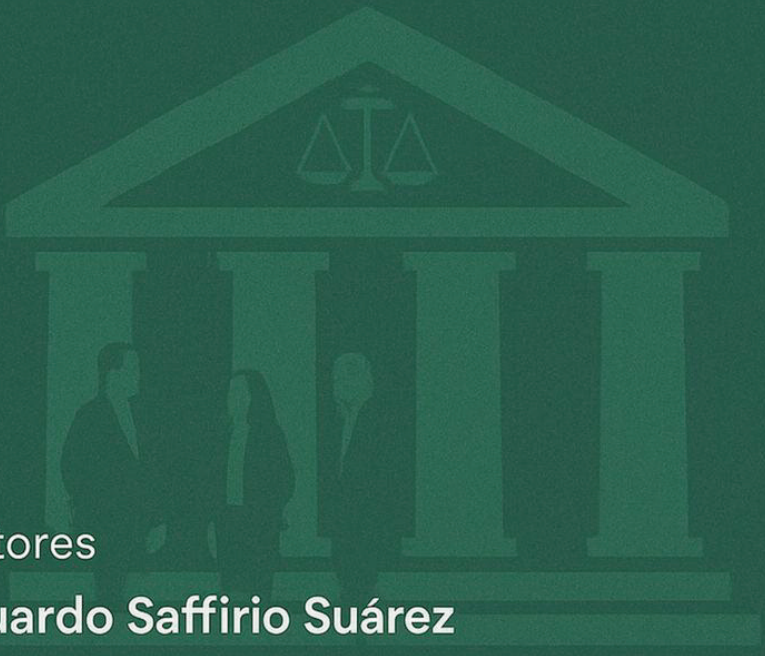
UMC
Universidad
Miguel de Cervantes

Desafíos y propuestas para una mejor democracia

Reflexiones del Primer Encuentro Internacional Democracia UMC



Editores

Eduardo Saffirio Suárez

Francisca Ortega Frei

Libro:

Desafíos y propuestas para una mejor democracia

Editores:
Eduardo Saffirio Suárez
Francisca Ortega Frei

Editado en Santiago de Chile, por

Universidad Miguel de Cervantes

Mac- Iver 370

Santiago

Vicerrectoría de Comunicaciones y Vinculación con el Medio

Editores:

Eduardo Saffirio Suárez

Francisca Ortega Frei

I.S.B.N: 978-956-7803-51-4

Impreso en Chile

Santiago de Chile, Julio de 2025

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 9
Gutenberg Martínez Ocamica

1. ¿CÓMO FORTALECER LOS PARTIDOS PARA UNA MEJOR DEMOCRACIA? 13
Wilhelm Hofmeister

2. LA DEMOCRACIA EN EUROPA. NUEVOS DESAFÍOS. OPORTUNIDADES. RESPUESTAS 29
Josep Duran i Lleida

3. LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA. NUEVOS DESAFÍOS. OPORTUNIDADES. RESPUESTAS. 47
María de los Ángeles Fernández Ramil

4. LA COMUNICACIÓN Y SUS APORTES PARA UNA MEJOR DEMOCRACIA 61
Carlos Fara

5. COMENTARIOS A PONENCIA LA COMUNICACIÓN Y SUS APORTES PARA UNA MEJOR DEMOCRACIA 79
Francisca Ortega Frei

6. PRINCIPALES INDICADORES PARA MEDIR LA CALIDAD DE LA DEMOCRACIA 87
Jorge Arias Faraci

7. COMENTARIOS A PONENCIA PRINCIPALES INDICADORES PARA MEDIR LA CALIDAD DE LA DEMOCRACIA 103
Enrique Morales Mery

8. POR UNA NUEVA ILUSTRACIÓN POLÍTICA 109
Enrique San Miguel Pérez

9. COMENTARIOS A PONENCIA POR UNA NUEVA ILUSTRACIÓN POLÍTICA 127
Eduardo Saffirio Suárez

PRESENTACIÓN

Gutenberg Martínez Ocamica

Presidente de la Junta Directiva Universidad Miguel de Cervantes

La democracia, como uno de los pilares fundamentales de la organización social, enfrenta constantemente retos que exigen reflexión y acción por parte de instituciones comprometidas con su fortalecimiento. A medida que las sociedades evolucionan, es crucial que los sistemas democráticos se adapten y prosperen, abrazando tanto los valores tradicionales que les dan sustento como las innovaciones necesarias para responder a los tiempos actuales.

A partir de la actual realidad la Universidad Miguel de Cervantes decidió generar un proyecto de investigación aplicada sobre la democracia. Lo ha hecho en virtud de su compromiso con esta, acogiendo la preocupación existente acerca de sus desafíos y nuevas limitantes que tiene para encauzar la vida pública y el buen funcionamiento de las instituciones que la caracterizan.

Los desafíos y dificultades que afronta la democracia están muy caracterizados en diversos escritos y publicaciones, los diagnósticos de sus problemas, los déficits ante la postmodernidad, los avances tecnológicos que la interpelan, el creciente individualismo que también se posiciona en la política, junto con los errores o deficiencias en el ejercicio del poder.

Pero a pesar de todo, no existe mejor sistema y más respetuoso de los ciudadanos de sus derechos, deberes y libertades, por ende, es importante entender que la democracia en su deber ser, no puede ser meramente conservadora, por supuesto debe mantener su esencia, la práctica de la libertad, el respeto total a la dignidad de la persona humana, el buen funcionamiento de las instituciones, y a la existencia de un estado democrático y social de derecho. Pero junto a eso debe entenderse como una propuesta que siempre se debe estar perfeccio-

nando, a su vez profundizando sus virtudes y robusteciendo sus mecanismos de representación y participación ciudadana.

En consecuencia, el proyecto de la UMC busca promover propuestas de cambio, mejora o actualización de la democracia. El proyecto se sitúa en una perspectiva propositiva y convoca e invita a diversos especialistas, con practica y vocación pluralista a hacer propuestas de mejora, para ello desarrolla investigaciones y artículos a ser publicados en revistas indexadas, realiza seminarios sobre aspectos centrales por mejorar de nuestras democracias, convoca un Encuentro Internacional Anual donde convoca a destacados especialistas sobre la temática y comparte con universidades de Europa y América Latina una tarea comunitaria de reflexión y propuesta sobre la materia.

En ese contexto hoy presentamos este libro, que contiene las ponencias realizadas en nuestro Primer Encuentro Internacional sobre Democracia del año 2024 y que representa el compromiso de nuestra universidad y su proyecto propositivo de investigación aplicada Democracia UMC. Las ponencias son las siguientes:

1. "¿Cómo Fortalecer los Partidos para una Mejor Democracia?" de Wilhelm Hofmeister. El profesor Hofmeister analiza la crisis global de los partidos políticos, destacando los desafíos estructurales y sociales que enfrentan en las democracias contemporáneas. Propone estrategias para revitalizar su rol en la democracia en un entorno de modernización y fragmentación social.

2. "La Democracia en Europa: Nuevos Desafíos, Oportunidades, Respuestas" de Josep Duran i Lleida quien reflexiona sobre la evolución de la democracia en Europa, subrayando los riesgos del populismo y la crisis económica, pero también señalando las oportunidades que emergen para su renovación y fortalecimiento.

3. "La Democracia en América Latina: Nuevos Desafíos, Oportunidades, Respuestas" de María de los Ángeles Fernández Ramil examina los desafíos específicos de la democracia en América Latina, incluyendo desigualdad y polarización, y propone reformas destinadas a mejorar la calidad democrática en la región.

4. “La Comunicación y sus Aportes para una Mejor Democracia” de Carlos Fara profundiza en el impacto de las nuevas tecnologías y redes sociales en la comunicación política, identificando tanto oportunidades como riesgos que presentan para las democracias modernas.

5. Comentario a la Ponencia "La Comunicación y sus Aportes para una Mejor Democracia” de Francisca Ortega Frei analiza la influencia de la tecnología y los medios digitales, enfocándose en cómo estos han transformado las formas de participación y discurso político, y el desafío de promover una comunicación que fortalezca la democracia.

6. “Principales Indicadores para Medir la Calidad de la Democracia” de Jorge Arias Faraci presenta un marco para evaluar la calidad democrática, resaltando la importancia de indicadores que reflejen la conexión emocional entre los ciudadanos y sus gobiernos.

7. Comentario a la Ponencia "Principales Indicadores para Medir la Calidad de la Democracia" de Enrique Morales Mery enfatiza la necesidad de integrar dimensiones emocionales y racionales en la evaluación de la calidad democrática, criticando enfoques que se limitan a lo procedimental.

8. “Por una Nueva Ilustración Política” de Enrique San Miguel Pérez aboga por una nueva forma de ilustración política que responda a los desafíos contemporáneos, enfocándose en la crisis de representación y las estructuras sociales que afectan la estabilidad democrática.

9. Comentario a la Ponencia "Por una Nueva Ilustración Política" de Eduardo Saffirio Suarez destaca la urgencia de recuperar un sentido crítico y ético en la política para adaptarse a los cambios sociales sin perder de vista los principios democráticos.

Estos enfoques y reflexiones son fundamentales para avanzar en la comprensión y mejora de nuestros sistemas democráticos, objetivo central del proyecto de investigación aplicada “Democracia UMC”.

¿CÓMO FORTALECER LOS PARTIDOS PARA UNA MEJOR DEMOCRACIA?

Wilhelm Hofmeister

Doctor en Ciencias Políticas de la Universidad Johannes Gutenberg en Maguncia
Docente del Instituto de Partidos Políticos de la Universidad Heinrich Heine de Düsseldorf, Alemania
Profesor Visitante Universidad Miguel de Cervantes

Es un gran honor y un placer poder participar nuevamente en un evento de la Universidad Miguel de Cervantes. Me alegra poder compartir algunas ideas sobre los partidos políticos. El debate sobre los partidos es muy relevante, porque lamentablemente la situación de los partidos no es muy favorable en este momento a nivel internacional, tanto en Europa como en América Latina, África y otras regiones.

Si miramos un mapa de la situación de la democracia en el mundo, podemos ver claramente que la situación es preocupante. En 2024 se han realizado 70 elecciones, pero solo alrededor de la mitad han sido probablemente libres. Las otras han tenido lugar en contextos más autoritarios, cerrados y complicados para la democracia. Podemos constatar una crisis de la democracia en los últimos años, tras la llamada "tercera ola de la democracia" a partir de los años 90. Chile, en este sentido, fue un país que se destacó por su transición y estabilización de la democracia durante los últimos 30 años. Sin embargo, en los primeros años de este nuevo século, el número de democracias ha ido en descenso. Existen situaciones muy complicadas y una autocratización en muchas regiones. Además, enfrentamos hoy en día una situación completamente nueva: las democracias ya no son tan importantes en cuanto a su peso económico, y eso tiene una gran influencia en muchas regiones. Tenemos otros países y poderes que intentan influir en el proceso democrático, y estos otros poderes cuentan con un considerable peso económico, lo que impacta en la disposición hacia la

democracia. Podemos observarlo, por ejemplo, en algunos países del Sahel africano en este momento.

Los problemas de la democracia

Los problemas de la democracia son múltiples. No profundizaré mucho en ellos por cuestiones de tiempo, pero, en resumen, creo que siempre es importante hacer un análisis para luego ver cómo trabajar en los partidos políticos con base en dicho análisis. Los problemas que quiero destacar son, por un lado, los cambios estructurales e institucionales de la política y de las sociedades modernas. También están las promesas incumplidas y falsas expectativas sobre la democracia, y la mala conducta y abuso de poder por parte de políticos e instituciones políticas, incluyendo a los partidos políticos. Finalmente, está el cambiante entorno internacional.

En cuanto a los cambios estructurales, quiero destacar las consecuencias del cambio social, la modernización, la individualización y la fragmentación de las sociedades modernas, los cuales generan dificultades para los partidos políticos en su intento de mantener el contacto directo con organizaciones sociales, muchas de las cuales ya no tienen la fortaleza de antes. Los contextos sociales han cambiado significativamente y, con ellos, la política.

Otro aspecto es la anonimización de las decisiones políticas. A pesar de la promesa de mayor transparencia y proximidad con los ciudadanos, hoy muchas decisiones se toman lejos del electorado y del parlamento nacional. En Europa, por ejemplo, con la Unión Europea, votamos por parlamentos nacionales esperando que resuelvan nuestros problemas, pero muchas decisiones son transferidas a Europa, y los parlamentos nacionales ya no tienen poder de decisión sobre muchas materias. A nivel internacional, es aún más grave, pues decisiones sobre economía, medio ambiente o desarrollo social, así como causas de migración, surgen en lugares muy lejanos de nuestro día a día. Para la política nacional y los partidos resulta muy difícil abordar y resolver estos problemas.

Un tema adicional es el cambio estructural afecta el área de la comunicación. Todos conocemos y sufrimos la influencia de la comunicación social, que hoy afecta profundamente la política. La campaña electoral de estos días en Estados Unidos ilustra nuevamente el poder de estos medios sociales de comunicación, que tienen una enorme influencia en el discurso político, en el comportamiento y en las decisiones de los votantes. Para los partidos resulta muy complicado adaptarse a estos desarrollos, que contribuyen a que la gente se aleje de la política y de los políticos. La gente cree que tiene un contacto directo con la política, pero en realidad está frente a su teléfono inteligente o computadora sin interactuar con nadie, emitiendo opiniones que son basura en muchos casos, que a menudo deterioran el discurso político.

Además de estos problemas estructurales, existen promesas incumplidas y falsas expectativas sobre la democracia. En América Latina, como en otros lugares, se espera que la democracia no solo ofrezca más libertad personal, sino también mejoras en el ámbito social y económico. Lamentablemente, muchas democracias no han podido cumplir con estas expectativas, lo que produce frustración y rechazo, algo que es problemático para la democracia. La creencia en una relación directa entre democracia y crecimiento económico, por ejemplo, no es necesariamente cierta. No debemos olvidar que la democracia es un régimen político, no económico, pero la gente espera, con razón, que la democracia también ofrezca resultados concretos.

Estoy convencido de que la democracia es el mejor sistema no solo para el respeto de los derechos humanos y las libertades personales, sino también porque ofrece más transparencia, competitividad, si está bien organizada, y otras ventajas que pueden conducir a mejoras en lo social y económico en nuestras sociedades. No en último lugar, la democracia ofrece a la gente común la posibilidad de expresar sus inquietudes y reclamar demandas y reformas en diversos temas. En una democracia buena, los líderes políticos escuchan a la gente y trabajan en favor de una resolución de las demandas e quejas.

Sin embargo, la desigualdad ha aumentado. La distribución de las riquezas es un tema muy complicado, y las desigualdades globales

contemporáneas están cerca de los niveles de principio del siglo XX, en el apogeo del imperialismo occidental. Esto no necesariamente es un buen indicador del rendimiento económico y social de la democracia. Si observamos un mapa de la desigualdad, podemos ver claramente que donde la desigualdad es mayor, la democracia es más débil. Creo que existe una relación entre la distribución del ingreso y la estabilidad de la democracia, y es un tema que debemos trabajar.

El tercer elemento es la conducta de los políticos. Yo estoy organizando cursos y seminarios en varios países y continentes, y, cuando pregunto a los participantes, especialmente a los jóvenes, sobre el mayor problema de la democracia en su región, el 90% de ellos menciona como primer tema la corrupción. La corrupción es realmente un desastre para la democracia en muchas partes del mundo. A pesar de las múltiples promesas de acabar con la corrupción, el progreso en la lucha contra la corrupción es muy lento. Nuevamente, el mapa muestra claramente que donde hay más corrupción, las democracias son más débiles o al menos no ofrecen beneficios para la gente. Esto puede contribuir al derrumbe de la democracia en muchas partes del mundo si no se combate la corrupción. Chile, en comparación internacional, no está tan mal, y Uruguay es un poco mejor en América Latina, pero los países vecinos tienen situaciones mucho más problemáticas. Debemos preguntarnos cómo podemos resolver estos problemas de manera más efectiva para fortalecer nuestras democracias. No quiero entrar en detalles, todos conocemos los efectos de la corrupción, representan una amenaza fundamental para la paz, la seguridad y, en consecuencia, para la democracia.

El cuarto elemento es el cambiante entorno internacional. Vemos un aumento en los intentos de países como China y Rusia de interferir en los procesos democráticos de otros países, algo que antes no existía y que ha venido de la mano del desarrollo de los medios sociales de comunicación, pero también es el efecto del nuevo poder económico, por lo menos en el caso de China y de algunos otros países que significa una amenaza.

La amenaza del populismo

Tenemos muchos problemas en la democracia y la consecuencia es el surgimiento de nuevos actores políticos que se ven a sí mismos como oposición anti política a los procedimientos, instituciones y los actores establecidos de la democracia liberal representativa. Esto se traduce en el auge del populismo, que amenaza el desarrollo de la democracia en muchas partes del mundo. América Latina ya ha tenido experiencia con este fenómeno, pero en Europa también estamos sufriendo el crecimiento del populismo en muchos países. Las estadísticas muestran que, en las últimas dos décadas, el populismo ha crecido en Europa, especialmente el populismo de derecha, tanto en el Parlamento Europeo como a nivel nacional.

Los partidos políticos

Ahora, al hablar específicamente de los partidos políticos, uno de los mayores problemas que enfrentan es la falta de confianza. En Europa, como en otras regiones, el nivel de confianza en los partidos y los políticos es el menor comparado con otros aspectos de la vida pública. En algunos países de la Unión Europea, como España, Portugal, Holanda y Bélgica, el nivel de confianza es especialmente bajo. Incluso en Alemania, recientemente se ha observado un descenso en la confianza en los partidos políticos. En América Latina, el Latinobarómetro -publicado en Chile- muestra que la desconfianza hacia los partidos ha aumentado en los últimos años. Aunque Chile está en una posición razonable en el continente, el desacuerdo y la crítica hacia los partidos políticos es grande. La tendencia es clara: la mayoría de las personas creen que puede haber democracia sin partidos políticos. No me explico cómo una democracia representativa puede funcionar sin partidos. Simplemente no es posible. Hay una gran desconfianza hacia ellos.

¿Cuáles son entonces los problemas específicos de los partidos? Además de los problemas ya mencionados de la democracia, está la fragmentación de los sistemas de partidos. La desconfianza en los

partidos lleva a la creación constante de nuevos partidos, lo cual resulta en una proliferación de partidos en todo el mundo. Formar un partido político es relativamente fácil en muchos lugares, pero la participación en los partidos es baja, lo que lleva a una fragmentación de los sistemas partidistas. Esto tiene serias consecuencias severas para la gobernanza, la formulación de políticas y el clima político de un país.

Como ejemplo, tenemos el caso de España y Alemania. En España, ha crecido la relevancia de los partidos regionalistas y nacionalistas, y en Alemania, los dos grandes partidos, la socialdemocracia y la democracia cristiana, han perdido considerablemente su base de apoyo. Esta pérdida de apoyo, especialmente de la socialdemocracia, plantea más problemas de gobernanza en ambos países. En España, desde 2016 hemos tenido cinco elecciones nacionales y ha resultado en un gobierno muy frágil, dado que es minoritario. En Alemania, por primera vez, tenemos una coalición tripartita con conflictos internos permanentes. Actualmente, la CDU está algo consolidada con un poco más del 30%, mientras que los tres partidos del gobierno juntos no alcanzan el 30%. Este es un problema grave en Alemania, y esto se refleja en el mapa electoral. Hace dos semanas hubo elecciones regionales en dos estados federados, Turingia y Sajonia. En ambos estados, el partido populista de derecha "Alternativa para Alemania" (AfD) cuenta con el 30% o más de los votos, casi un tercio del apoyo electoral. Además, en Alemania al inicio de este año surgió otro partido populista de izquierda, la "Alianza Sahra Wagenknecht" (BSW), nombrada por un ex miembro del partido de la izquierda que fundó su propio partido, que también ha alcanzado el 10% en ambos estados federados y cuenta con un nivel de apoyo similar a nivel nacional.

Con estos resultados de las elecciones, es imposible formar un gobierno solo con los partidos tradicionales. En estos dos estados, la CDU cuenta con 32% en un caso y sólo un 23% en el otro. Esto significa que la CDU ni con la socialdemocracia ni con los verdes -los liberales prácticamente han desaparecido- es capaz de formar un gobierno con los partidos del establishment. La fragmentación del sistema de partidos políticos genera así grandes problemas de gobernabilidad en Alemania, algo que también vemos en Francia, una situación también

bastante dramática después de las elecciones anticipadas, pues no hay una mayoría clara en el Parlamento lo que tiene implicancias severas para la gobernabilidad.

Actualmente, esta es la situación: gobiernos de coalición frágiles, parálisis política, aumento de la polarización y volatilidad electoral, auge del populismo, desafíos para la gobernabilidad, y un incremento en el clientelismo y la corrupción. Estos son algunos de los problemas que enfrentan los partidos políticos en el mundo de hoy. Y, aunque no quiero entrar en detalles sobre América Latina, allí también enfrentamos volatilidad y fragmentación. El vínculo entre los partidarios y los partidos se ha perdido. Muchos electores ni siquiera saben por quién votarán al entrar a la cabina de votación; el vínculo se ha perdido. En varios países, hay una baja participación electoral y un sentimiento antipartidista casi universal. Además, se ha impuesto un enfoque personalista, donde algunos políticos prefieren destacar su imagen antes que su afiliación partidaria. Sin embargo, el personalismo no puede resolver los problemas, pues los políticos necesitan instituciones sólidas, y esas instituciones son los partidos. Actualmente, vemos organizaciones partidarias poco institucionalizadas, con vínculos clientelares y una incapacidad para cumplir sus funciones y ya he mencionado la amenaza del populismo.

¿Cómo construir partidos políticos fuertes?

Ahora bien, ¿cómo construir partidos políticos fuertes y exitosos? Les puedo ofrecer algunas ideas que considero relevantes. Sin embargo, no tengo una llave de oro que abra la puerta hacia nuevos triunfos electorales.

La propuesta programática

El primer tema es el programa político de los partidos que debe expresar sus objetivos políticos, ideas y propuestas para la construcción de un país. El programa es importante, pero ¿qué encontramos si entramos en el sitio web de muchos partidos políticos? Nada. Muchos

partidos no tienen un compromiso programático, no ofrecen nada, no tienen un perfil definido. Recientemente, hice un seminario en Argentina que estuve revisando las propuestas programáticas de los partidos, tanto oficialistas como de la oposición. Y aunque tienen sitios web, no tienen programas. Entonces, ¿qué ofrecen algunos líderes? Fuera de sus personas muy poco. ¿La personalidad y su aspiración de poder son suficientes para crear confianza en los líderes? Tengo mis dudas.

Un programa debería justificar la ambición del poder, definir el perfil ideológico y la identidad de un partido, y, por supuesto, ofrecer soluciones y respuestas a los votantes. Aunque sea el candidato quien se presenta, los ciudadanos al final votan un programa (personalizado por los candidatos). Incluso el señor Trump en Estados Unidos representa un programa, aunque sea simplista. Los populistas también lo hacen, aunque sus programas no siempre son realistas. Por eso, los partidos serios tienen que trabajar seriamente para elaborar un programa o una propuesta; eso les ayudará mucho. El programa tiene que ser claro y, luego, debe ser comunicado. El trabajo programático es fundamental, ya que muchos votantes eligen el programa, no a la persona, por más simpática que sea.

Reformar la organización partidaria

El segundo tema es la organización. Esta debe ser estable, eficiente, duradera y darle visibilidad permanente al partido. Algunos partidos solo "despiertan" en época de elecciones y luego vuelven a un estado de inactividad, lo cual no es correcto. Los partidos deben trabajar permanentemente en su organización. Necesitan una estrategia clara: preguntarse ¿por qué existe como partido? ¿Cuál es mi diferencia respecto a los demás? ¿Qué puedo ofrecer y cómo hago la diferencia? No tiene sentido crear un nuevo partido sin tener una razón clara, sin una propuesta diferenciadora que aporte algo a los ciudadanos de su país.

Además, un partido necesita una gestión profesional, que hoy en día es mucho más desafiante que en el pasado. Antes, los afiliados trabajaban mucho para el partido, pero hoy se necesita personal capacitado, espe-

cialmente en temas de comunicación, elaboración de programas y propuestas, y el manejo de encuestas. Todo esto requiere un esfuerzo profesional, no solo de aficionados. Si un partido es pequeño y no tiene una base organizativa sólida, será difícil que logre una relevancia significativa en el contexto político nacional.

La selección de líderes y candidatos

Otro desafío es la selección de líderes y candidatos. Sería ideal encontrar formas participativas para que los afiliados participen en la selección de líderes y candidatos. Personalmente, soy un poco escéptico respecto al voto general para elegir al presidente de un partido, ya que puede generar muchos conflictos. Si hay varios candidatos que compiten, esto puede traer mucha turbulencia y puede llevar tiempo resolver esos conflictos. En ese caso, quizás sería mejor un sistema representativo dentro del partido. En cuanto a la selección de candidatos, en los distritos debe haber participación donde no existe todavía. En España, por ejemplo, los candidatos suelen ser seleccionados a dedo por el presidente del partido, lo que los aleja de la base social. Esta no es una metodología adecuada en el mundo actual.

También creo que se debe preparar mejor a los candidatos; en Alemania, por ejemplo, se podría trabajar mucho más en este aspecto. Debemos trabajar para captar y movilizar a miembros y simpatizantes. Los partidos han perdido muchos afiliados; En Alemania, los dos grandes partidos, la CDU y la socialdemocracia tenían cada uno cerca de un millón de afiliados al final de los años 90, y hoy tienen menos de la mitad. Esto afecta la situación del partido: menos personas que lo vinculan con la sociedad y menos candidatos potenciales. Es muy complicado porque hoy en día, la gente prefiere pasar su tiempo frente a la computadora en lugar de asistir a reuniones partidistas, que a veces pueden ser aburridas. Yo participo regularmente en reuniones partidistas a nivel de mi barrio donde vivo en Colonia, y aunque no son entretenidas, tampoco son tan malas. Necesitamos más personas comprometidas en la política y debemos convencer a más ciudadanos para que se involucren activamente en los partidos.

Cerrar la brecha de género

También debemos cerrar la brecha de género, que aún persiste en muchos países. En Alemania, el Partido Verde es el único con una situación relativamente equilibrada entre hombres y mujeres. Sin embargo, el Bundestag, el Parlamento federal y los demás partidos todavía no han alcanzado esa igualdad. Esto depende en parte del sistema electoral, pero también de la disposición de los partidos. El CDU decidió el año pasado reformar su reglamento interno para que todos los cargos partidistas tengan igualdad de género. Esto es un aspecto positivo, ya que las investigaciones demuestran que, donde las mujeres ocupan cargos de liderazgo en los partidos, más mujeres son posteriormente candidatas en elecciones locales, regionales o nacionales. Hoy en día, no solo por razones de igualdad de género, sino también por razones políticas, es esencial tener más mujeres activas en la política. Los partidos deben esforzarse por atraer a más mujeres.

La participación de los jóvenes en los partidos

La juventud enfrenta un desafío similar; encuestas nuevas muestran en muchas regiones del mundo, que los jóvenes no están tan activos políticamente como antes. Esto es preocupante, especialmente cuando los jóvenes se muestran desinteresados por la democracia. En América Latina, el Latinobarómetro ya mostró esta tendencia, y lo mismo sucede en Europa y otras partes del mundo. Existe la situación de que muchos jóvenes, especialmente hombres, se inclinan hacia partidos populistas. Debemos ser cuidadosos y pensar en cómo atraer a los jóvenes hacia la política.

La democracia intrapartidaria

A veces se habla mucho sobre la democracia intrapartidaria, pero yo prefiero hablar de la participación de los afiliados en los debates, ya que los líderes y parlamentarios son quienes deben tomar decisiones, para eso votamos por ellos. No es un área para votar, para una democracia interna, sino para fomentar la participación en los debates y

espacios de reflexión. Los partidos deben crear espacios permanentes de discusión y aprovechar los medios de comunicación y la digitalización, deben modernizarse en ese aspecto.

Saber resolver los conflictos internos

Aprender a resolver sus conflictos internos. Muchos partidos no saben cómo manejar estos conflictos. Si sus miembros no están dispuestos a aceptar resultados de votaciones internas, por ejemplo, y salen creando un nuevo partido. Esto no es una resolución de conflictos, sino un paso más hacia la fragmentación, creando dos partidos débiles en lugar de uno fuerte. Al final, terminamos con dos partidos frágiles. Siempre me viene a la mente el ejemplo del señor Renzi en Italia, quien fue un líder reconocido del Partido Socialdemócrata. Después de perder una elección, decidió abandonar su partido, y ahora tanto su nuevo partido como el original son bastante débiles. Esta estrategia no tiene sentido. Por eso los partidos deben trabajar en la resolución de sus conflictos internos. Esto podría lograrse a través de un entrenamiento. Cuando alguien entra en el partido, es fundamental que se comprenda que no se busca una homogeneidad absoluta de posiciones. Es necesario tener un consenso básico sobre el programa y ciertos aspectos fundamentales, pero también debe haber siempre espacio para el debate y hay elecciones, concurrencia en torno a las candidaturas, etc. Sin embargo, se requiere un profundo respeto por los procedimientos internos. Creo que esta es una cultura política intrapartidaria que necesitamos fortalecer y entrenar.

Formación política

La formación política sigue siendo un gran desafío en muchos países, donde no existe un sistema de formación política bien estructurado ni organizado. Por ello, los partidos deben trabajar más en esta área: formar a sus miembros, preparar a sus candidatos y a sus afiliados. Esto es un aporte esencial para la democracia.

Financiación transparente

Por último, la financiación debe ser sólida y transparente. Hoy en día, en todo el mundo, existen diversas formas de subvención para los partidos políticos. En América Latina, en las últimas dos décadas, se ha incrementado esta disposición, siendo en algunos países bastante generosa, incluso problemática. Pero en general, creo que debemos trabajar en esto, ya que la democracia cuesta dinero, y los partidos políticos necesitan recursos. Si el Estado quiere evitar prácticas ilícitas, es necesario proporcionar subvenciones a los partidos, porque este es el costo de la democracia. El costo del autoritarismo es mucho mayor. La financiación de los partidos es, por tanto, un aporte a la democracia, pero los partidos deben rendir cuentas de forma transparente, y el control sobre estos fondos debe ser estricto.

La comunicación y el marketing político

En cuanto a la comunicación y el marketing político, no profundizaré mucho porque es un tema muy conocido. Hoy en día, las campañas digitales requieren dedicación, preparación, mucho tiempo y recursos. A primera vista, puede parecer barato porque cualquiera puede crear una página web y emitir mensajes en las redes sociales, pero en realidad, todos los partidos que quieran tener un papel relevante en sus países deben invertir mucho tiempo y dinero en comunicación. Aunque aparentemente sea simple y rápido, la comunicación en los medios es un desafío muy serio.

El anclaje de la sociedad

Muchos partidos han perdido los lazos con la sociedad. Existen tesis sobre la "cartelización" de los partidos políticos, una idea desarrollada en los años 90 por algunos cientistas políticos famosos que argumentaban que la financiación pública de los partidos lleva a que estos se concentran en sí mismos, dejando de lado a la sociedad. Sin embargo, el populismo y otros aspectos muestran que esta hipótesis no refleja completamente la realidad actual. Sin embargo, uno de los aspectos de

esta cartelización supuestamente es que los partidos descartaron la relevancia de mantener contactos con la sociedad civil.

Aquí me viene a la mente Alexis de Tocqueville, quien escribió un libro muy famoso sobre la democracia en Estados Unidos. Él destacaba la función de intermediación de la sociedad civil entre el individuo y el Estado. Hoy en día, todavía podemos aprender mucho de Tocqueville. Debemos fortalecer esa relación entre las asociaciones de la sociedad civil y los partidos políticos, y, sobre todo, desarrollar nuestra capacidad para escuchar y comprender los mensajes de la sociedad y responder de forma adecuada.

Un ejemplo de esto es el tema de la migración, que, como saben, es un tema en Chile, pero también en Estados Unidos y Europa, también en Alemania. Diría que no se ha escuchado a tiempo a la ciudadanía. Aunque el país ha estado muy abierto, nos enfrentamos a un flujo de inmigración muy alto, con servicios y beneficios bastante generosos, lo que en algunos casos ha sido excesivo tal vez. Sin embargo, los partidos tradicionales y los políticos, incluidos los de la CDU, tengo que decirlo también, la cancillera Ángela Merkel, no querían hablar sobre el tema desde 2015, tras la apertura de fronteras. El gobierno de aquellos años no quería escuchar las preocupaciones crecientes que aumentaron, así como los problemas relacionados con la vivienda, las escuelas y muchos otros aspectos de la vida cotidiana. Esta situación contribuyó a que muchas personas se sintieran asustadas y buscaran alternativas, inclinándose hacia los populismos, tanto de derecha como de izquierda. Lo curioso es que incluso una figura que fundó un partido populista de izquierda en Alemania también se posicionó en contra de la inmigración.

Esto refleja, creo yo, una falta de capacidad para escuchar y comprender los mensajes de la sociedad, así como para responder de manera adecuada. Los políticos no deben guiarse únicamente por las encuestas; deben tener ideas, pero también comunicar, explicar por qué y para qué. Creo que esta omisión fue un error en Alemania y en otros países europeos, y contribuyó a los problemas actuales. Además, al disminuir la vinculación de las asociaciones, como iglesias y sindica-

tos, que antes conectaban a los partidos con la sociedad, resulta más difícil para los partidos reconectarse con la gente. Sin estos vínculos, creo que los partidos democráticos de centro están perdidos.

La política local

La relevancia de la política local es otro punto importante. Se debe invertir en ella porque ofrece ese contacto directo y diario con la ciudadanía. Los partidos deben prestar mucha atención a su actuación a nivel local, ya que, aunque a veces no parezca tan interesante como la política nacional, son estos temas más pequeños los que realmente preocupan a la gente. Los partidos deben demostrar su capacidad para abordar estos problemas del día a día, que son los que realmente conforman la agenda local.

En este contexto, la política local tiene gran importancia para los partidos, ya que permite la movilización de bases, la promoción de candidatos, y la experimentación e implementación de políticas públicas, además de la movilización de votantes. Muchos políticos empiezan sus carreras como consejeros en un consejo local o como alcaldes, y luego se convierten en líderes nacionales. La experiencia a nivel local también es clave para la generación de recursos y la recaudación de fondos. Por eso, el trabajo en este ámbito es crucial.

Buena gobernanza

El penúltimo punto que quiero destacar es el "delivery", la “entrega”, las realizaciones en los áreas legislativas y ejecutivas. Los partidos que están en el poder deben demostrar buena gobernanza, luchar contra la corrupción y tener la capacidad de formar coaliciones estables y eficaces. Hoy en día, esto es cada vez más complicado, especialmente en sistemas electorales proporcionales, donde es necesario saber cómo formar y colaborar en coaliciones. En Chile, obviamente, tienen mucha experiencia en este ámbito, aunque no todas las coaliciones han sido muy exitosas. En Alemania, por ejemplo, actualmente estamos viviendo un desastre en este aspecto.

Si un partido no está en el gobierno, debe desempeñar un papel de oposición eficaz y eficiente. Tal y como resaltó Robert Dahl en su famoso libro *Poliarquía*, sin oposición, la democracia no va a funcionar. Dice que la oposición cumple roles importantes como la rendición de cuentas, la facilitación del debate público, garantizar la competencia política, la protección de las libertades civiles, facilitar la transición pacífica del poder y la legitimación del sistema democrático. Aunque ser oposición puede parecer menos atractivo que tener el poder, su rol sigue siendo fundamental para la democracia, y ojalá que no enfrente restricciones autoritarias, como ocurre lamentablemente en algunos países.

El papel de los líderes

Finalmente, el último punto se refiere a los líderes que destacan por su integridad, honestidad y capacidad. Un ejemplo en este sentido ha sido el cubano Oswaldo Payá Sardiñas, un gran líder político que, a pesar de las circunstancias difíciles en un contexto no democrático, destacó por su capacidad de visión, su competencia y, sobre todo, su integridad. Estas cualidades son esenciales en los líderes, aunque hoy en día no todos comparten esas características. Hay otras características adicionales, pero me centraré en estos aspectos: visión y estrategia, integridad y ética, comunicación efectiva que hoy en día puede ser aprendida, empatía y capacidad para relacionarse con la gente. Un político no es un académico, por lo que las habilidades requeridas son diferentes. Necesitamos políticos con capacidad de decisión, adaptabilidad y conocimiento, además de empatía e inspiración.

Necesitamos de los partidos políticos para proteger y promover la democracia

Estoy convencido de que necesitamos de los partidos políticos, la democracia no funciona sin los partidos. Si los partidos no funcionan bien, la democracia tampoco lo hará. Por eso, es fundamental trabajar en estas áreas que mencioné, invirtiendo esfuerzos e inteligencia para avanzar. La democracia es un régimen político con muchos problemas,

pero es el mejor que tenemos. Es joven, con solo unos 200 años en el mundo moderno. En la mayor parte de la historia no había democracia. La democracia no es el fin del mundo o el fin de la historia, pero mientras la tengamos debemos protegerla y esforzarnos para que los partidos políticos se conviertan en servidores eficaces y efectivos de nuestras democracias.

LA DEMOCRACIA EN EUROPA. NUEVOS DESAFÍOS. OPORTUNIDADES. RESPUESTAS

Josep Duran i Lleida

Ex Diputado UNIO por Cataluña, España y Europa
Profesor Visitante Universidad Miguel de Cervantes

Les agradezco la oportunidad y el honor de participar en este Primer Encuentro Internacional sobre "Desafíos y Propuestas sobre Democracia". La posibilidad de hacerlo hablando sobre la situación de la democracia en Europa. De reflexionar sobre los peligros y retos que la acechan.

Permítanme, no obstante, que antes de entrar en materia disculpe mi ausencia física en estas jornadas en Santiago de Chile. Era mi voluntad y vocación estar con Ustedes y entre Ustedes, y compartir presencialmente cuantas interesantes reflexiones aportarán a lo largo de sus intervenciones. El presidente de la Junta Directiva, y amigo, Gutenberg Martínez sabe que he hecho todo lo posible para asistir, pero al final con pena he tenido que desistir de mi empeño. Hace más de un mes que me afecta una severa dolencia de cervicales que, si bien va mejorando, ha hecho imposible que les pueda saludar personalmente. Espero y deseo, Dios mediante, que el próximo año sí pueda hacerlo. Mientras tanto, un abrazo a todos Ustedes.

Dicho esto, inicio mis reflexiones expresando mi opinión acerca de que cualquier debate sobre el estado de la democracia en el siglo XX, debe comenzar con dos premisas iniciales. La primera, para constatar que la evolución de la democracia en los últimos años no ha sido tan satisfactoria como hubiéramos deseado. Podríamos enumerar una larga lista de situaciones en los que se advierte una involución hacia el populismo y el autoritarismo (realidad, en algunos casos, y claro riesgo, en otros). Con una manifiesta deriva hacia situaciones de confrontación social y de divisiones irreconciliables entre los ciudadanos. Los ejemplos son conocidos de todos ustedes: la invasión del Capitolio estadounidense

en 2021, la resistencia a aceptar la victoria del presidente Lula en Brasil en 2023, el autoritarismo belicista en Rusia e incluso las derivas populistas y autoritarias antes impensables en Estados pertenecientes a la Unión Europea. Todo ello conforma una realidad que contrasta con las teorías sobre democracia que manejábamos todos veinte o treinta años atrás.

Tras décadas, e incluso siglos considerando la democracia como el mejor de todos los sistemas –excluyendo los demás, como dijo Churchill– nos habíamos instalado en la convicción que la democracia poseía una fuerza imparable. Y que el supuesto fin de la Historia consistiría en una democracia universal y repleta de derechos, en la que los ciudadanos se sentirían orgullosos de sus instituciones y disfrutarían de un progreso evidente e innegable. Sin embargo, la realidad nos ha sumergido en un escenario muy diferente. En algún punto, el camino hacia ese progreso democrático constante se ha desviado de la ruta deseada. Y siendo así, la primera cuestión será determinar en qué hemos fallado y qué debe corregirse. Qué debe hacerse para que la humanidad alcance ese deseable estado de democracia generalizada en el que los derechos humanos, el bienestar y el progreso no sean solo privilegios de algunas personas o territorios, sino realidades universales.

La segunda premisa nos obliga a reconocer que no solo se trata de corregir el rumbo tomado en el pasado reciente. También se precisa chequear los nuevos obstáculos que condicionan el futuro. En el siglo XIX se luchaba por acceder a un mínimo de derechos humanos y garantías legales frente a regímenes monárquicos o absolutistas. Entonces, el simple voto censitario ya fue una conquista. En el XX se luchó por el reconocimiento universal de los derechos humanos en una sociedad sacudida primero por guerras de dimensiones impensables y luego por la división entre bloques y el pánico a una conflagración nuclear. Ahora, en el siglo XXI, el escenario es muy distinto. Tan distinto, que ya no podemos entender la democracia de manera local, sino global, en una sociedad donde la información y las redes sociales configuran una forma de actuar completamente diferente a la de décadas anteriores.

Según el influente y prestigioso "***V-DEM Institute***" **de la Universidad de Gotemburgo** [1], en estos momentos el 72% de la población mundial vive en una autocracia. Hecho que supone un aumento espectacular si consideramos que, según el mismo Instituto, en el año 2012 solamente un 46% de la población mundial estaba regida por autócratas. En pocos años hemos asistido a un recorte de libertades individuales y colectivas y a una ola de autoritarismo fundada no ya en "asonadas militares" sino en un populismo creciente y en un deterioro de los controles y de los procesos democráticos. Procesos muchas veces tensionados al límite por los propios responsables políticos en su día elegidos democráticamente.

En realidad, esta corrupción interna es la forma habitual en que "mueren las democracias". Como los profesores de la Universidad de Harvard, Daniel Ziblatt y Steven Levitsky explican, mientras que en la segunda mitad del siglo XX era común que la democracia colapsara con golpes de estado de origen militar, ahora lo normal son una especie de "autogolpes", mediante los cuales los gobernantes en su día elegidos democráticamente se perpetúan en el poder a través de un control progresivo e implacable de todos los resortes del Estado. Lo hemos vistos en estados enormes, como Rusia, pero también lo podemos ver en Nicaragua o Venezuela y estuvimos en un tris de verlo en los Estados Unidos al final del mandato de Donald Trump.

Dicho esto, como ha ido señalando reiteradamente el politólogo español Víctor Lapuente, profesor en el Instituto de Calidad de Gobierno de la citada Universidad de Gotemburgo, dentro del fenómeno de la autocratización hay situaciones muy diversas. La represión de la oposición llevada a cabo por Putin es diferente de las violaciones de derechos humanos de Duterte en Filipinas, de los abusos de Bolsonaro en Brasil o de Modi en India, de las acciones de Orbán en Hungría o de la pérdida de calidad democrática en los Estados Unidos bajo Trump. En todos estos países, el péndulo ha oscilado hacia una reducción de las libertades, pero mientras que en algunos casos estamos ante

1. — V-Dem Institute (2023). Democracy Report 2023: Defiance in the Face of Autocratization. Disponible en línia

autocracias duras, en otros, como en Estados Unidos, lo que se ha deteriorado es el ambiente mediático y la discusión pública.

La democracia en el mundo se encuentra en una encrucijada. Estamos sufriendo una autocratización que se puede atribuir a múltiples factores: políticos, como el auge de líderes populistas y el debilitamiento de los mecanismos de control del poder ejecutivo; económicos, como el aumento de la desigualdad y la desaceleración del crecimiento económico; y culturales, como el uso progresivo de las redes sociales, naturalmente polarizantes, como fuentes primarias de información para muchos ciudadanos.

En lo económico, cabe remarcar que un factor de tensión radica en el crecimiento de China y su posible *sorpasso* a la economía norteamericana. La posición aislacionista de Occidente ante Rusia por su invasión de Ucrania (y señalo expresamente el término Occidente frente al de Comunidad Internacional, porque son EEUU, Canadá, UE, Corea del Sur, Japón, Australia y Nueva Zelanda y poco más los que lo sostienen) ha provocado, además, que Rusia se haya echado a los brazos del gigante asiático. Pero más allá de las interesantísimas tendencias geopolíticas que, primero la pandemia y luego la guerra de Ucrania han generado, lo cierto es que los grandes desafíos del siglo XXI derivarán de los problemas relacionados con el cambio climático, los movimientos migratorios o el desarrollo de tecnologías de la información y su uso e impacto en la polarización y en la guerra de datos.

En el terreno medioambiental, el cambio climático ya está causando grandes desplazamientos humanos por razón del hambre y de las crisis alimentarias. También podría generar problemas de extraordinario alcance si se cumplen las previsiones más pesimistas a propósito del deshielo del Ártico. Asimismo, el desarrollo de fuentes de energía distintas a los recursos fósiles puede comportar cambios estratégicos de enorme importancia, en detrimento de los países actualmente proveedores de energías fósiles.

La guerra por el control por los datos y de la información experimentará un enorme auge con el desarrollo de la inteligencia artificial y la consiguiente mejora en la capacidad de análisis y de predicción de

comportamientos. Las nuevas tecnologías en el ámbito de la seguridad fomentarán -lo están haciendo ya- los ataques cibernéticos, el aumento de la capacidad de piratear códigos y fulminar medidas de seguridad, y todo ello en esa lucha constante por la posesión y control de los datos y de la información. Es obvio que empresas como Google, Oracle, Amazon, u otras similares, actuales o por aparecer, puedan ser tanto o más influentes que los muchos de los estados existentes.

Ya hemos asistido a un uso perverso de las tecnologías centradas en la manipulación de contenidos, utilizadas por estados como Rusia o China para influir en debates y procesos políticos de otros países. Conocemos el uso de granjas de trols alimentadas para influir en la opinión pública menos formada mediante la creación de información falsa, propaganda o, simplemente, desinformación manipulada. Y esto, como ya se ha denunciado en muchas ocasiones, puede afectar significativamente las democracias occidentales, sujetas siempre a procesos electorales constantes y a una protección de la libertad de información y a la libertad de prensa como derechos fundamentales de sus ciudadanos.

Así, si nos centramos en lo que comúnmente llamamos democracias avanzadas, como lo son mayoritariamente las de los estados europeos, el tránsito del siglo XX al XXI nos ha situado en un escenario en el que, por múltiples causas, los ciudadanos se muestran cada vez más frustrados ante la incapacidad de las democracias para asegurar los derechos cívicos frente a poderes no democráticos. Y, por supuesto, también existe un gran descontento y una enorme desconfianza de los ciudadanos respecto a los partidos políticos. Una corrupción persistente en muchos países, la crisis económica y las supuestas medidas de reactivación, han generado una brecha mayor entre los ciudadanos más favorecidos y los menos. Paradigma, éste, que, como Ustedes saben, desgraciadamente no es exclusivo del escenario europeo. Es más, aun con todo, Europa sigue siendo una gran isla de democracia con algunas -eso sí- vías de agua abiertas.

Ante este panorama se acuña el término "desconsolidación de la democracia". Como sostiene el profesor Daniel Innerarity, tal vez el término

resulte demasiado suave, aunque despierte en nosotros la convicción de que la democracia resulta más vulnerable de lo que creíamos décadas atrás. No sólo más vulnerable, sino también más inestable e insegura en el funcionamiento de sus instituciones y de sus mecanismos de control. Según él, más que complots contra la democracia lo que realmente existe es debilidad política, falta de confianza y pesimismo de los electores, además de un claro oportunismo voraz de los agentes políticos y un desplazamiento de los centros de decisión hacia zonas no controlables democráticamente.

Si nos centramos en Europa, en la última década ha sufrido crisis económicas, de seguridad, sanitarias, climáticas y migratorias que han dado lugar a intensos posicionamientos políticos a nivel nacional y transnacional. Ello ha conllevado que la política europea no se divida simplemente entre izquierda y derecha, ni entre las posturas a favor y en contra de la integración europea, sino que responda a posicionamientos de sus electores frente a estas distintas crisis.

El "***Europen Council on Foreing Relations***", en un documento publicado en febrero de este año[2], en el que examina estas distintas crisis en los países miembros de la UE, Alemania aparece como el único país cuyos ciudadanos seleccionan "inmigración" como el asunto que más les ha afectado. En Francia y Dinamarca, los ciudadanos entienden que el desafío más importante es el cambio climático. Los italianos y los portugueses consideran que la peor amenaza consiste en la crisis económica mundial. Para España, Gran Bretaña y Rumanía, el principal problema radicó en la pandemia de COVID-19, aunque ciertamente, esta es una cuestión prácticamente olvidada y que cede su protagonismo, como mínimo en España, a los problemas derivados de la inmigración ilegal. Para los estonios, los polacos y los daneses, la más trascendental de las crisis es la guerra en Ucrania. En cualquier caso, como tuvimos ocasión de constatar en la campaña a las elecciones europeas de este año, las crisis que centraron los debates fueron, sin duda alguna, el cambio climático y la cuestión migratoria.

2. https://ecfr.eu/madrid/publication/una-crisis-propia-la-politica-del-trauma-en-el-ano-electoral-europeo/

La división entre posiciones de izquierda y de derecha ya no resultan útiles para explicar los resultados electorales, especialmente porque en diversos países los partidos de ambos lados del espectro político convergen realmente en sus planteamientos económicos, no sólo por convicción sino por necesidad ante la coyuntura económica, especialmente en tiempos en que múltiples problemas generan sus propias crisis políticas y sociales.

Y, concretamente, ¿cuáles son estas crisis que afectan Europa?

Según el citado informe del ***European Council on Foreing Relations***, podríamos sintetizarlas en cinco:

1.- La crisis financiera mundial, que llevó a los europeos a dudar de que sus hijos fuesen a disfrutar de un nivel de vida mejor que el suyo.

2.- La crisis migratoria, que desató un pánico identitario frente a la pérdida de personalidad y referentes de la comunidad nacional, ante un hipotético multiculturalismo.

3.- La crisis climática, que obligó a los europeos a concebir la posibilidad de un mundo en peligro.

4.- La pandemia de COVID-19, que puso de manifiesto la vulnerabilidad de nuestros sistemas sanitarios en un mundo globalizado.

5.- Y la guerra de Ucrania, que hizo pedazos la ilusión de que nunca volvería a haber un gran conflicto bélico en el continente europeo.

Resulta obvio que estas cinco crisis no se perciben en los distintos países europeos de la misma manera (constatables en todas partes, pero con intensidades distintas). En todo caso, para muchos ciudadanos, alguna de ellas, o todas en su conjunto, han sido percibidas como una amenaza real, no solucionada aún y que condiciona inexorablemente las distintas políticas gubernamentales.

Si hablamos de la crisis financiera, en Europa ésta comportó la quiebra del modelo de cooperación ideológica entre formaciones que había forjada una sociedad basada en el estado del bienestar y un enorme ámbito de medidas de protección social. Tras la Segunda Guerra Mundial, los acuerdos entre las formaciones cristianodemócratas y socialdemócratas permitieron, ni más ni menos, que la creación y crecimiento de la actual Unión Europea. Fueron décadas de pacto social, centradas en la voluntad de trabajar conjuntamente en pro del bien común y a favor de las libertades y derechos políticos y sociales de los ciudadanos.

La crisis financiera de principios del siglo XXI acabó con el pacto social. En lugar de practicar la deseable austeridad se practicó el *austericismo*, abusando del impulso de recortes sociales, con lo que la precariedad, la pérdida de poder adquisitivo y la desprotección social truncaron la convicción de que cada generación viviría mejor que la anterior. Y, a su vez, generó en el ciudadano la idea de que, gobernase el partido que gobernase, las medidas económicas venían dictadas por "manos oscuras", sin margen de maniobra posible por parte de las instituciones. Europa necesita renovar su Pacto Social y hacerlo retomando el diálogo entre gobiernos, empresarios y sindicatos. Un exceso de intervencionismo regulatorio de un gobierno (como es el caso -de una parte, al menos- del español) prescindiendo de empresarios y subrogándose en el papel de los sindicatos sustituye el necesario diálogo por un monologo social e impide renovar el Pacto Social.

Tras más de una década de políticas *austericistas* (la UE solo corrigió esta tendencia a raíz de la Covid con los Fondos de Recuperación Económica ***Next Generation EU),*** las consecuencias han derivado hacia una desafección ciudadana respecto de sus instituciones, un creciente individualismo egoísta y, lamentablemente, la búsqueda de soluciones en discursos populistas que fragmentan y dividen la sociedad y que alejan cualquier pretensión de búsqueda del bien común.

Los resultados de las últimas Elecciones al Parlamento Europeo dan buena muestra del éxito del populismo en la UE. Es verdad que

algunos temíamos que aún sería peor, pero la composición de la nueva Cámara europea es un buen reflejo de ello. El Grupo "Patriotas por Europa" de Orbán es hoy, con 84 escaños, el tercero del Parlamento. Al grupo promovido por el primer ministro húngaro, hay que añadirle los 78 escaños del grupo en el que se sientan los diputados de Fratelli de Italia de Meloni, y los 25 de la "Europa de las soberanías nacionales" que integran, entre otros, la extrema derecha de la AfD alemana.

Creo importante detenerme en los resultados europeos y el ascenso del populismo en el núcleo fundador de la UE. En los tres Estados miembros del Benelux, Francia, Italia y Alemania ha habido un fortalecimiento de las opciones populistas. En Francia, Alemania, Bélgica y Holanda han ganado. En Alemania, la AfD ha quedado en segundo lugar, por delante de los tres partidos que hoy integran la coalición semáforo que gobierna a nivel federal. Y, por primera vez, Luxemburgo envía un diputado populista entre los seis que le corresponden. Evidentemente la inmigración es una de las banderas izadas por los partidos populistas de extrema derecha de estos países. Pero también el impacto de la crisis económica.

Los ciudadanos de los países que dieron el primer paso para construir una Europa de paz, de libertad, y de progreso social van creyendo cada día más que el compartir con el resto de los Estados miembros de la UE su futuro lastra su progreso y su bienestar. Piensan que las ampliaciones sucesivas que ha vivido la UE les han perjudicado y se muestran temerosos ante las anunciadas nuevas ampliaciones. Todo un ejemplo de crecimiento del individualismo egoísta que las diversas crisis han sembrado en la sociedad europea.

Pero no es solo la nueva composición del Parlamento Europeo la que refleja el auge de los populismos. Un repaso de los gobiernos que deciden en el Consejo Europeo y las perspectivas electorales de los próximos meses afianzan la generación de un marco político difícil de gestionar cuando la UE necesitaría más que nunca fortalecer sus políticas comunes para afrontar los retos y desafíos de la seguridad, inmigración, y competitividad frente a China y los EE. UU. cada vez con políticas más nacionalistas.

Hablando de inmigración, la que podríamos denominar crisis migratoria merece una atención especial, no sólo por sus posibles consecuencias sino, especialmente, por la facilidad con la que se manipula la llegada de personas procedentes de otros territorios. Las tensiones migratorias serán la piedra de toque de la nueva Europa. En el acervo populista empieza a utilizarse la tesis de "el gran reemplazo", es decir, la progresiva sustitución de la cultura judeocristiana, dominante en los distintos países, por la musulmana, como instrumento populista de captación de votantes. Es una percepción generalizada, pero errónea, que en Europa se acrecienta con las imágenes de cayucos y embarcaciones frágiles arribando a las costas de las Islas Canarias, o de Sicilia, o de multitudes atrincheradas ante las fronteras griegas o en el Canal de la Mancha.

Actualmente, los musulmanes son menos del 6% de la población europea, y en España, durante los siete primeros meses del 2024, han entrado irregularmente por Canarias y por las fronteras europeas 31.155 personas. Esta cifra, constituye solo un 5,6% de los extranjeros que se han instalado en España entre abril de 2023 y abril de 2024. Y un 0,06% del total de la población. El resto de las personas que han llegado son en su mayoría de origen latinoamericano, personas que entran como turistas y que, tras noventa días en España, quedan en situación irregular.

Estas percepciones están aupando la extrema derecha en intención de voto y generan un debate visceral entre la población. Como muestra de ello, baste recordar que Orbán, en Hungría, ataca todo el tiempo la emigración cuando en su país no existe. Pero lo cierto es que en Europa existe un progresivo descontento en este tema. Si aumenta la precariedad laboral, si la vivienda se encarece, si los servicios sociales están colapsados, si los sueldos bajan y cada vez existe más desigualdad, es muy fácil para el político demagogo y populista señalar un único culpable, que no es otro que el inmigrante. Si, además, el político o el opinador consiguen generar la sensación de que el inmigrante, el "otro" da miedo y va a acabar con nuestra cultura y nuestro bienestar, es fácil que estos políticos aparezcan como salvadores providenciales capaces de evitar nuestra desaparición.

También la crisis climática o, mejor dicho, la transición ecológica que estamos experimentando, que afecta las condiciones de vida y de trabajo de una gran parte de la población europea puede generar nuevas desigualdades y enormes costes para algunos sectores de población. En este debate, las posiciones populistas aparecen en ambos extremos. Desde la derecha extrema, en lugar de contribuir a un debate sereno y racional del problema y a la búsqueda de soluciones consensuadas, lo que han preferido es atemorizar con el mensaje de que las normas medioambientales repercutirán negativamente en el estilo y nivel de vida actuales, en materias tan sensibles como movilidad, consumo o alimentación.

En Francia, por ejemplo, el movimiento de los chalecos amarillos, tras el aumento de los impuestos del diésel, movilizó a un sector del mundo agrícola que se veía empujado a la precariedad; lo mismo sucedió entre los agricultores en el conjunto europeo con la programada reducción de los pesticidas y otras medidas medioambientales de la UE. Los trabajadores de las energías fósiles, del transporte y la logística, de las industrias del automóvil y aeronáuticas están preocupados y angustiados por las consecuencias de las medidas limitadoras y de transición emprendidas por la Unión Europea.

Pero todos estos temores vienen también provocados por otra posición populistas: la radical ecologista. Aquellos que partiendo de una prescripción innegable entorno al futuro del planeta y sus riesgos y la evidencia de los daños que provoca el cambio climático, pretenden imponer sus recetas elaboradas en sedes burocráticas alejadas de la realidad generando rechazos sistemáticos y alejando a sectores de la población de la necesaria lucha en favor de un planeta sostenible. Urge la transición energética pero la velocidad del Green Deal europeo impuesto por esta ideología supone un lastre para nuestras empresas.

Otro factor crítico en el escenario europeo lo hallamos en la guerra de Ucrania. La guerra en todos los ámbitos, tanto armada como política, simbólica y cultural, emprendida por Putin contra Ucrania recuerda sin duda alguna el antiguo anexionismo de la Unión Soviética respecto de sus territorios europeos vecinos. Y aquí aparece otro embrión de divi-

sión en el seno de la UE, y, por tanto, de debilitamiento del proyecto común. Es un hecho que los pueblos de Europa Central y Oriental que padecieron dicho imperialismo mantienen una posición mucho más beligerante contra Rusia que en los países de Europa Occidental donde percibiéndose como una cuestión más lejana, a veces intrascendente, empieza a aflorar en la ciudadanía un cierto cansancio frente al apoyo a Ucrania y apuesta por una pronta negociación y fin del conflicto. Todo ello se complica aún más si cabe por la inminencia de las elecciones presidenciales en Estados Unidos, cuya repercusión en Europa resultará innegable. Una victoria de Donald Trump en noviembre en Estados Unidos dividiría más claramente Europa y, en consecuencia, la convertiría, en una entidad aún más débil.

Paralelamente, la incertidumbre sobre el futuro americano, junto a su tendencia a centrarse en el Pacífico en su duelo con China, comportan que la seguridad de Europa sea una cuestión que preocupe en las cancillerías europeas, y que se haya puesto en evidencia ante las ansias expansionistas de la Rusia de Putin. Se ha evidenciado que la dependencia actual de Europa respecto de los Estados Unidos no es ninguna garantía de paz. El riesgo de una Europa débil, no poderosa y sin capacidad de resistir ataques expansionistas en sus fronteras norte, obliga a fortalecer la contribución de Europa a la OTAN. Y a crear una verdadera "Unión Europea de la Defensa". La recién Comisión de la UE presentada por su presidenta Ursula Von der Leyen refleja claramente este desafío. Por primera vez, más allá del Vicepresidente responsable de la política exterior y de seguridad, la UE contará con un Comisario de Defensa y una Vicepresidenta para la "Soberanía tecnológica, Seguridad y Democracia". Curiosamente los tres cargos en manos de una estoniana, un lituano y una finesa, tres países con frontera con Rusia.

Sorprende que en esa conclusión se coincida con el propio presidente Putin, quien, a mediados de junio, en un discurso ante la dirección del Ministerio de Asuntos Exteriores ruso aseveró que el que el peligro real para Europa no viene de Rusia. Afirmó de manera textual que "la principal amenaza para los europeos radica en su dependencia crítica y creciente, casi total, de los Estados Unidos, ya sea en el ámbito militar, político, tecnológico, ideológico o informativo. Europa se encuentra

cada vez más marginada en la escena económica mundial, se enfrenta al caos migratorio y otros problemas urgentes, a la vez que se ve privada de su propia voz internacional e identidad cultural. A veces parece que los políticos europeos gobernantes y los representantes de la burocracia europea tienen más miedo de enfadar Washington que de perder la confianza de su propio pueblo"

Esta breve navegación por las diversas crisis existentes en Europa no debería abocarnos al pesimismo ni a la desmoralización. Semanas atrás, el respetado historiador y analista político Timoty Garton Ash señalaba, no sin humor, que no había llegado el momento aún de que los europeos tirasen la toalla y emigrasen a Nueva Zelanda. Tampoco debemos caer –aconsejaba—en el pesimismo de Stefan Zweig y su "mundo de ayer", ante una realidad que tal vez sea más compleja y menos agradable que la de un par de décadas atrás.

Según él, y en eso coincidiríamos todos los espectadores de la situación europea, todavía hay una gran mayoría de europeos que no quieren quedarse sin la mejor Europa que hemos tenido nunca. Pero los europeos debemos movilizarnos, galvanizarnos, convencernos de que la Unión se enfrenta a unas amenazas verdaderamente vitales. Lo que precisamos es una combinación de gobiernos nacionales e instituciones europeas que, en colaboración, garanticen la vivienda que los jóvenes no pueden permitirse, el empleo, las oportunidades, la seguridad, una transición ecológica en la que sea la tecnología y no la ideología la que determine sus ritmos y sus contenidos.

Recordando una expresión del todavía responsable de la política exterior y de seguridad de la UE, el español Josep Borrell, "Europa es un jardín. Es la mejor combinación de libertad política, prosperidad económica y cohesión social que la humanidad haya podido construir. La mayor parte del resto del mundo es una selva y la selva podría invadir el jardín. Los jardineros tienen que ir a la selva". La compleja realidad que aflora en la metáfora de Borrell nos da perspectiva de los retos que la UE tiene que afrontar. Europa se enfrenta a desafíos supranacionales compartidos que tienen una dimensión gigantesca y no pueden ser gestionados por cada país en solitario.

Europa ha perdido su proveedor de energía barata (Rusia), y, como señalaba, el amigo americano que garantizaba nuestra protección se ha replegado a sí mismo y tiene otros retos y prioridades más allá de la cooperación trasatlántica. Somos dependientes de determinadas tecnologías, suministros y materiales críticos de China. Somos enanos digitales Nuestra competitividad y productividad son inferiores a la de los EE. UU. La demografía es un erial. Durante décadas tuvimos el monopolio del saber industrial. La irrupción de China en los años ochenta cambió la ecuación y hoy tenemos dificultades para seguir el ritmo de los grandes. Debemos invertir en aquellos sectores que faciliten una digitalización que se ha producido solo a medias.

Dentro de este contexto de transición hacia un nuevo orden mundial en todos los sentidos, la UE ha de completar su Unión Política para poder alcanzar sus objetivos de "autonomía estratégica" y "poder moderador". Completar y profundizar en su Mercado único como propone el informe elaborado por nuestro amigo Enrico Letta. El papel moderador de la UE puede ser determinante ante la necesidad de que EE. UU y China alcancen un *modus vivendi* que evite una guerra entre grandes potencias, de mantener el crecimiento económico, de disminuir las desigualdades, de defender el multilateralismo, y de resolver los grandes desafíos globales del cambio climático y de la inteligencia artificial.

Si he hecho referencia al Informe Letta sobre Mercado único, hay que mencionar obligadamente el recién Informe Draghi sobre Competitividad. El también ex presidente del Consejo de ministros de Italia y ex Gobernador del Banco Central Europeo señala tres desafíos principales para la UE: Compatibilizar descarbonización y competitividad; cerrar la brecha de innovación respecto EE. UU y China; y aumentar la seguridad y reducir sus dependencias. Cuantas veces se ha dicho que Europa era un gigante económico y un enano político. Pues bien, sin profundizar la Unión política, superar una gobernanza bloqueada y acometer estas refirmas económicas Europa no solo seguirá siendo un enano político, sino que dejará de ser un gigante económico.

En definitiva, Europa como sociedad se enfrenta a un numeroso cúmulo de crisis justo cuando en lo que a calidad democrática se refiere no se halla en su mejor momento. Décadas atrás, sin perjuicio de la confrontación política y la lucha por el poder, parecían existir unos mínimos estándares de respeto institucional y de consideración hacia el adversario político. El adversario no era un enemigo al que denostar, insultar, desprestigiar o amedrentar, sino alguien con ideas distintas con quien, en su momento, existía la posibilidad de alcanzar acuerdos estables y centrados en la búsqueda conjunta del bien común.

Muchos de nuestros problemas actuales derivan de transformaciones que han avanzado a un ritmo mucho mayor que las "actualizaciones" democráticas. La globalización ha dado lugar a una liberalización de la circulación de mercancías, ha permitido algunos movimientos de personas y ha dado libertad absoluta a los movimientos de flujos financieros. El poder económico se concentra y aparecen grupos y entidades que adoptan decisiones políticas sin un especial rostro democrático reconocible y que no sólo condicionan la vida de los ciudadanos sino también las decisiones de los Estados e incluso la orientación y pervivencia de sus respectivos gobiernos.

La economía puede crear burbujas que se expanden sin control y puede, cuando así lo precisa, crear legiones de personas y familias sin empleo, situarlas en los implacables límites de la pobreza y, además, desposeerlas de cualquier derecho a la solidaridad pública. Y todo ello, no por decisión del estado, sino ante el estado mismo, que deja de ser protagonista para pasar a ser poca cosa más que un simple espectador de los acontecimientos. Por ello es lógico que los ciudadanos no perciban la política ni las instituciones como instrumentos a su servicio y menos aún como las herramientas que han de permitir la consecución del bien común.

Como he afirmado en diversas ocasiones, de esa incapacidad institucional y política y de ese individualismo desnortado, surge la desesperanza y, pisándole los talones, aparecen el populismo e incluso la rebelión. Pero no una "rebelión fértil" destinada a reforzar y dar consistencia a nuevas aspiraciones democráticas, sino una rebelión estéril,

cuyo único fin es utilizar la desesperación como ariete contra la sociedad misma, sin proponer alternativa alguna.

Urge, pues, una revisión de otro contrato social entre ciudadanos, partidos e instituciones. En definitiva, se trata de regenerar la democracia para que las personas y las familias puedan percibirla como el más válido de todos los instrumentos para organizar la convivencia, fomentar la justicia social y emprender conjuntamente la consecución del bien común. Debemos mantener una permanente prevención contra los populismos e incluso, contra el antipopulismo.

Como se ha ido constatando, nuestros sistemas políticos no están siendo capaces de gestionar la creciente complejidad del mundo, y frente a ello el populismo ofrece una simplificación tranquilizadora, aunque sea al precio de una grosera falsificación de la realidad. Como explicaba el ya mencionado profesor Innerarity, "quien hable hoy de límites, responsabilidad, intereses compartidos, tiene todas las de perder frente a quien establezca unas demarcaciones rotundas entre nosotros y ellos, o entre las élites y el pueblo, de manera que la responsabilidad y la inocencia se localicen de un modo tranquilizador. Poco importa que muchos candidatos propongan soluciones ineficaces para problemas mal identificados, con tal de que ambas cosas —problemas y soluciones— tengan la nitidez de un muro o sean tan gratificantes como saberse parte de un nosotros incuestionable".

Pero les alertaba antes también del error de incurrir en un "antipopulismo" basado en una especie de superioridad moral o intelectual. Denostar el populismo, denunciar sus aberraciones conceptuales y la endeblez de sus propuestas es necesario, pero no se trata tanto de descalificarlo como si el populismo fuese un refugio de patanes, sino que debemos esforzarnos por entender sus causas y las razones por las que sus discursos parecen verosímiles a una gran cantidad de ciudadanos. **Debemos aceptar que el populismo no es exactamente el problema de la democracia sino la evidencia que nuestra democracia padece graves problemas en sí misma**. Debemos trabajar en pro de una cultura política más compleja y matizada. Uno de nuestros

principales problemas radica en que cuando las sociedades se polarizan no dan lugar a procesos democráticos de calidad.

En Europa, como en todas partes, una democracia mejor y más intensa sólo puede ser el resultado de una progresiva implantación de los valores del bien común, que yo sitúo en los planteamientos humanistas. Debemos defender la certeza que el bien común sólo será el resultado de un esfuerzo conjunto al que están llamadas todas las personas, todas las opiniones y todos los partidos políticos democráticos. La sociedad debe ser ejemplar en la capacidad de diálogo, en el respeto al adversario y transmitir con claridad el mensaje de que nadie posee la verdad absoluta y, menos aún, el derecho a implantar unilateralmente medidas sin el debido consenso y prescindiendo de las reglas que garantizan los derechos democráticos del conjunto de la sociedad. Debemos luchar por nuestra democracia no sólo con las herramientas de la razón y nuestros valores cívicos, sino también con la esperanza.

Václav Havel, al salir de una prisión comunista en los años ochenta, afirmó que "la esperanza no es un pronóstico sino una orientación del espíritu, una orientación del corazón". Es la capacidad de trabajar por algo porque es bueno, no solo porque exista la posibilidad de tener éxito. No es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, con independencia de cuál sea el resultado".

La Europa de hoy, con sus defectos, con sus límites, con sus errores, sigue siendo mucho mejor que la que existía un siglo atrás. La diferencia es abismal y extraordinaria y, en definitiva, se trata de una sociedad libre, en la que podemos depositar nuestra fe y nuestra esperanza. Lo único que precisamos, y no es poco, es tomar conciencia de los retos y desafíos que tenemos por delante para recuperar la confianza en nuestra potencialidad y en nuestra capacidad de ser actor fundamental en este desafiante S XXI. Para ello hace falta convicción, unidad y liderazgo. Y de ninguna de las tres vamos sobrados.

LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA. NUEVOS DESAFÍOS. OPORTUNIDADES. RESPUESTAS.

María de los Ángeles Fernández Ramil

Doctora en Procesos Políticos Contemporáneos de la Universidad de Santiago de Compostela
Presidenta de la Fundación Hay Mujeres

Mi nombre es María de los Ángeles Fernández Ramil, soy doctora en Ciencia Política y una de mis áreas de estudio desde hace tiempo viene siendo la preocupación sobre el estado de la democracia, con acento en América Latina y el Caribe.

He escrito y disertado sobre ella en varias oportunidades. Últimamente, lo hago al alero del Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IIDH)-Capel donde he participado con un capítulo en un libro de autoría coral que lleva por título "La democracia latinoamericana en la encrucijada: crisis y desafíos", editado en el año 2021.

Siendo la democracia y su estado, con aspiraciones a que mejore su calidad, uno de mis afanes de estudio y observación, agradezco sobremanera la invitación cursada por la Universidad Miguel de Cervantes para participar en esta conferencia internacional que lleva por título "Desafíos y propuestas para la democracia". En este marco, quisiera compartir algunas reflexiones sobre la situación de la democracia a nivel mundial y en nuestra región para, posteriormente, centrarme en algunas oportunidades, así como también en algunos nudos que enfrenta su reflexión, nudos que entorpecen-a mi juicio-la posterior resolución de reformas que permitan su mejoría.

Antes de hablar de la democracia propiamente tal, sugiero que nos detengamos a observar cómo se habla acerca de ella en lo que podemos denominar "conversación pública". De hecho, para algunos autores como Harari, tal como lo señala Bou (2023), la conversación pública es tan importante porque de ella depende, incluso, la propia democracia,

señalamiento que realiza para advertir de los riesgos que conlleva la inteligencia artificial.

De esta forma, así como hace unas décadas se aludía a ella con ilusión y esperanza, con la perspectiva de avanzar hacia su consolidación, sobre todo en el contexto de transiciones desde regímenes autoritarios a democracias representativas, hoy el tono de las referencias que sobre ella ha cambiado sustancialmente. Se habla de "fatiga democrática", de "recesión de la democracia", de "autocratización" e, incluso, de "desdemocratización". De hecho, para académicos como Steven Forti estaríamos viviendo "la primera gran ola desdemocratizadora en un siglo".

Todas ellas son ideas que dan cuenta de declive desde un estado original de ciertas cualidades que se van perdiendo o diluyendo. Todos son términos, si no totalmente negativos, sí de un reflejo de decadencia, cuando no de desencanto. La democracia, hoy día, no vive sus mejores momentos. Es más, de acuerdo con Larry Diamond (2025), estamos "en una recesión democrática desde 2006. Ese año cambió la tendencia que había existido desde el fin de la Guerra Fría en 1990 hasta 2005, cuando más países ganaban en libertad de los que perdían cada año. Durante estos 19 años, hemos visto un patrón clásico de erosión democrática".

La preocupación no es exagerada. Los más recientes informes sobre el estado de la democracia a nivel global como los de The Economist, Idea Internacional y V-DEM corroboran dicha propensión. Según Cardozo (2025), "el mundo se enfrenta a una consolidación del autoritarismo".

Por ejemplo, el más reciente informe V-DEM de 2025 apunta que, por primera vez en más de dos décadas, el número de autocracias (91) en el mundo supera al de las democracias (88). Añade que es más dramático si tomamos en consideración el impacto demográfico que supone. Casi tres de cada cuatro personas viven actualmente bajo regímenes autocráticos, ya sean electorales o cerrados. Sería el mayor nivel de concentración de población bajo regímenes de ese tipo desde el año 1978, precisa dicho organismo.

La autocratización, por tanto, se extiende hoy como una mancha de aceite, llegando a ser un signo de nuestros tiempos donde muchos de los parámetros y hasta consensos que creíamos asentados ven su desmoronamiento. Una de sus características sería que ni siquiera se libran del declive aquellas democracias más consolidadas y que servían como modelo de referencia. Así lo advierte la experta en autocratización, la escritora y académica Anne Applebaum (2021) cuando señala los tres indicadores que hacen tan especial este momento: 1) También se ven amenazadas las democracias más antiguas y consolidadas; 2) ocurre en distintos países y al mismo tiempo, y 3) se produce un efecto contagio de la modalidad de intento de derrumbe (casos de EEUU y Brasil son claros ejemplos).

Frente a una cierta desesperanza, se erigen posturas más matizadas, que afirman que las democracias se sitúan hoy "entre retrocesos, resistencias y resiliencias". Esa es la perspectiva de trabajo adoptada por una académica muy reconocida en el ámbito de las reformas políticas en América Latina como Flavia Freidenberg. Ella viene desarrollando la idea de "resiliencia" de la democracia. En conjunto con Karolina Gilas (2024), la define como "la capacidad de los regímenes democráticos de celebrar elecciones democráticas y mantenerse en esas condiciones cumpliendo con los estándares establecidos internacionalmente para poder ser considerados como tales". Sería para ambas autoras, en síntesis, "la suficiencia del sistema de resistir y mantener su capacidad de realizar las funciones básicas del sistema democrático".

Otra visión que podríamos catalogar como optimista la ofrece un autor Innerarity (2024) quien, recientemente, afirmó: "Las dos grandes utopías del siglo XX (el fascismo y el comunismo) viven ahora dentro de la democracia como espectros que se agitan para espantar al electorado propio y denigrar al adversario como agente de las peores intenciones antidemocráticas. Los actuales populismos de derechas se distinguen del fascismo clásico porque su retórica está llena de apelaciones a la democracia, de modo similar a como el populismo de izquierda no defiende la dictadura del proletariado sino una democracia más real que surgiría de la superación del capitalismo". Y añade que "la apelación casi universal a la democracia habla tanto de su éxito

como de su banalización" de modo que "la distinción entre demócratas y no demócratas que se verifica hoy al interior de la democracia puede ser visto como un problema, pero, al mismo tiempo, es consecuencia de la victoria sobre sus alternativas". Vivimos, puntualiza, "un periodo de enigmática inestabilidad democrática como consecuencia de su éxito".

Cualquiera que sea la postura que se adopte, bien un punto de vista anclado en los retrocesos, más pesimista, o uno más optimista, asociado a la idea de resiliencia para enfatizar aquello que, bajo ciertas condiciones, persiste como cualidad democrática, lo que parece evidente es que la autocratización actual y en curso ya no nos puede asaltar por sorpresa cuando ha venido sucediendo en el pasado reciente. De esta forma, una variante de la visión optimista la supone el planteamiento de la académica Nancy Bermeo (2016) quien señala que, si bien el retroceso democrático actual no se produce por "golpes de Estado indefinidos, los golpes ejecutivos y el fraude electoral flagrante", el retroceso "refleja el avance de la democracia y no su retroceso". A su juicio, "la combinación actual de retroceso es más fácilmente reversible que la mezcla pasada, y las dictaduras sucesoras son de vida más corta y menos autoritarias".

En este marco, la academia ha logrado aislar las señales que advierten de un peligro de regresión autocrática en ciernes. Una referencia emblemática al respecto es el libro "Cómo mueren las democracias". En él, Levitsky y Ziblatt (2018) desarrollaron y acordaron lo que denominaron "prueba de fuego". Ésta incluiría lo que consideran que son los cuatro indicadores clave del comportamiento autoritario que habría que mirar con preocupación. De esta forma, mencionan los siguientes: 1) Rechazo o débil compromiso con las reglas del juego democrático; 2) negación de la legitimidad de los opositores políticos; 3) negación de la tolerancia o fomento de la violencia, y 4) disposición a restringir las libertades civiles de los opositores, incluidos los medios de comunicación.

Así como los dos académicos norteamericanos hablan de indicadores clave a considerar para advertir las señales del fenómeno autocrático,

otros estudiosos señalan que es posible advertir ya un claro y nítido patrón de autocratización. Así lo detectó un panel de expertos en 2022 al alero de NORC de la Universidad de Chicago, en colaboración con el Instituto Kellogg de Estudios Internacionales de la Universidad de Notre Dame[1].

En primer lugar, dicho panel definió el retroceso democrático como "un **proceso** por el cual las democracias existentes se vuelven menos democráticas. Ocurre cuando las instituciones políticas democráticas son desmanteladas **"desde adentro"**, por funcionarios elegidos popularmente, generalmente para detectar el poder ejecutivo. También puntualizan que sucede **gradualmente**, a través de una serie de acciones incrementales en lugar de un golpe de Estado. Aunque suele ser prolongada, puede ser rápida y puede revertirse, contenerse o dar lugar a una transición a la autocracia. Y finalizan señalando que el proceso no es lineal, implica una **gran incertidumbre** y puede ser **difícil de identificar** a medida que se desarrolla".

Luego de caracterizado el fenómeno, identifican los tres pasos que integrarían el patrón de autocratización: 1) Los líderes iliberales movilizan el apoyo público, ganan las elecciones y capturan el poder ejecutivo; 2) una vez en el poder, activan dos procesos de refuerzo: capturan las instituciones del Estado (colocan, como ejemplo, la utilización de una supermayoría legislativa para llenar el Tribunal Constitucional) y reprimen a la oposición (por ejemplo, utilizan un Tribunal Constitucional leal para defender leyes que socavan a los medios de comunicación independientes o a los partidos de la oposición), 3) los dos procesos de refuerzan mutuamente. La captura institucional significa menos oportunidades para que la oposición se defienda, y una oposición débil facilita que el ejecutivo capture nuevas instituciones. Cuando los dos procesos están muy avanzados, se observa una transición hacia la autocracia.

Sin embargo, advierten también, "los líderes iliberales no siempre persiguen un resultado autoritario (al menos, en las primeras etapas)" y,

1. Para más información sobre dicho proyecto, consultar en: LACLEARN - Panel of Democratic Backsliding (Spanish).pdf

se apuran en precisar, "no habría un resultado predeterminado". Algunos episodios de retrocesos se han contenido o revertido. Esto último, visto el avance autoritario e iliberal en el mundo, supone-sin duda, una esperanza.

Para el caso de América Latina, que es el que nos ocupa en esta conferencia, varios países habrían experimentado algún grado de retroceso democrático en el siglo XXI. Entre ellos, Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Venezuela. Si bien Nicaragua y Venezuela se encuentran hoy claramente situados en el eje de la autocracia, los actores democráticos en Brasil, Colombia, Ecuador y Honduras contuvieron el proceso mediante elecciones, acciones legales y movilización social, aunque, en algunos casos, algunas mediciones de la democracia como la que hace The Economist consideran a Ecuador más cerca de lo que se denomina un régimen híbrido.

Por su parte, el retroceso representa una preocupación constante en el último tiempo en países como El Salvador, Guatemala y México.

Para complementar lo anterior, en el campo de las percepciones ciudadanas, hay que señalar que el informe Latinobarómetro 2024 denominado "La democracia resiliente" constata "un aumento de cuatro puntos porcentuales de apoyo a la democracia llegando al 52%" lo que vendría a suponer un freno de la tendencia "al deterioro democrático visto desde 2010 hasta hoy, 2024". En apariencia, desde el punto de vista de la percepción ciudadana, la democracia parece recuperar terreno.

Además de disponer de importante evidencia científica que nos permitiría hacer saltar las alarmas cuando se observa un tránsito desde la democracia hacia otra situación que hoy se denomina autocracia, también es justo reconocer que incurrir en dicha fórmula no se produce por inacción o no haber hecho nada al respecto. Todo lo contrario. Freidenberg (2023) plantea que nuestra región se habría venido caracterizando por un "hiperactivismo reformista". De esta forma, desde 1977 se habrían llevado a cabo 297 cambios en once dimensiones de los

sistemas electorales en 19 países de la región, según los registros del Observatorio de Reformas Políticas de América Latina que ella lidera.

Entre las recomendaciones que ella formula que las reformas políticas sean más participativas (ya que le preocupa que sean de corte tan elitista), señala que habría que "incrementar el control ciudadano sobre dichos procesos", "regular los tiempos de cuándo y cómo se pueden impulsar los cambios", "generar estrategias de pedagogía cívica para explicar las diversas propuestas" e "impulsar un mayor espíritu crítico respecto de las ventajas y desventajas de estas".

Con el afán de complementar las ideas que sugiere Freidenberg para mejorar el camino del reformismo político en la región, advertimos de algunos nudos o puntos ciegos que podrían contribuir a explicar por qué, en diversas circunstancias, las reformas no son tan efectivas y exitosas como originalmente se esperaría. Nos referimos-de esta forma, a lo que denominamos tentaciones, bien a incurrir en modas explicativas, bien en romantización; a una situación que denominamos "distorsión por optimización paramétrica" (poniendo como ejemplo las reformas políticas de género) y, por último, una advertencia que graficamos con la idea del "elefante en la habitación". Pasamos, a continuación, a presentarlas brevemente:

1) Modas explicativas:

Hoy en día, no hay informe, estudio, artículo o documento que leamos sobre el estado de la democracia, bien en el mundo, bien por países, que no recurra al fenómeno de la polarización afectiva como un problema que afecta negativamente los sistemas políticos y, más profundamente, la convivencia democrática hasta erosionarla. Tendemos a ver tal situación como si fuera algo nuevo y distintivo, pero, sin embargo, lo distintivo es la forma de su propagación (con el papel que las redes sociales cumplen en ello) y no tanto posiblemente el fenómeno en sí mismo, que está a la base de quiebres de convivencia democrática como es el caso del Chile del año 1973.

La referencia sistemática a la polarización afectiva como condición que atraviesa casi todas las sociedades corre el riesgo de convertirse en una moda explicativa con la que hay que ser cuidadosos. En esa línea, habría que tomar en consideración advertencias como las de la académica e intelectual norteamericana Margaret Levi quien, entrevistada por Escobar (2024), afirma que "no es nuevo que haya división y polarización" en las sociedades "aunque es probable que ahora la estemos sintiendo más intensamente".

2) Romantización:

Una visión idealizada de actores y procesos políticos se suele encontrar en discursos y debates relativos a reformas políticas que se impulsan con el objetivo de frenar el descrédito de la política y, de esta forma, intentar recupera ciertos niveles de confianza en las instituciones. Por ejemplo, se suele plantear que, para evitar la desafección que la ciudadanía muestra con relación a los partidos, habría que intentar revertir su actual tendencia a ser vehículos de personalismos e individualismos para mutar a partidos de corte programático. Sin embargo, para que los programas de los partidos tengan un efecto más determinante, se necesita un contexto político-institucional más funcional y amigable para ello como podría ser un régimen parlamentario. En ese marco, existe la figura de la disciplina de voto con la finalidad de promover la coherencia política, lo que suele ir asociado a mecanismos para evitar el fenómeno del transfuguismo.

Imaginar la posibilidad de promover partidos programáticos resulta atractivo, pero revela, de alguna forma, un marco mental asociado más bien a un tipo de partido, los partidos de masas del siglo pasado.

Más que mirar al pasado se hace necesario asistir al presente y vislumbrar el futuro, sobre todo en una época de impugnación de las mediaciones para preguntarnos ¿cómo se puede reinventar la mediación en sociedades plurales, masivas, diversas, pero también muy fragmentadas, donde siguen siendo necesarios actores que articulen y agreguen las demandas y los intereses que se elevan a la consideración del poder político?

3) Distorsión por optimización paramétrica:

Señala el filósofo y sociólogo alemán Hartmut Rosa (2023) que uno de los problemas que enfrentan nuestras sociedades es el de la "optimización paramétrica": cada vez tenemos más parámetros con los que nos miden y nos medimos a nosotros mismos.

Un ámbito donde la medición, con las estadísticas asociadas, se ha hecho costumbre es el de los estudios de género ya que existe el convencimiento de que, sin datos, no podemos visibilizar las desigualdades que experimentan las mujeres y, a renglón seguido, no es posible elaborar políticas públicas. La intuición es acertada. Se hace necesario medir y pesquisar mejor la experiencia femenina en todos los ámbitos porque, en el pasado, se pasaba por algo dicha necesidad. Las mujeres éramos medidas y percibidas de acuerdo con el estándar masculino.

Consecuente con dicha idea, un ámbito en el que hay una particular actividad cuantificadora es el de las mujeres y su representación política, a distintos niveles. Por ello, no es de extrañar el voluminoso acervo existente acerca de mecanismos como las cuotas de género y las condiciones que hacen posible su funcionamiento de forma más eficaz, al que se suma hoy día la paridad. Ésta última se traduce, en nuestra región, como un horizonte de aspiración para modelar la democracia puesto que las mujeres constituimos la mitad de la población en todas las sociedades. El desafío no se vislumbra imposible si se recuerda que América Latina es la segunda región del mundo con mayor presencia de mujeres en los parlamentos.

Pero sucede que poner los números por delante de otras consideraciones puede contribuir, cuando menos, a la confusión. Por ejemplo, se llega a considerar un avance que haya 9 países con regulación de la paridad (Ecuador, Bolivia, Costa Rica, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Argentina y Perú). Pero bien sabemos que Nicaragua es una dictadura y que países como Bolivia y Honduras son regímenes híbridos, discutiéndose también si Perú no habrá ingresado a esa categoría. Se ha tratado de matizar la celebración de dicho avance paritario puntualizando que se trata de representación de tipo descriptivo, pero

ello no evita que dichos países aparezcan mencionados, muchas veces, como parte de un club al que no pertenecen, el de "democracias paritarias".

La optimización paramétrica traducida en el hecho de contar las mujeres que llegan a cargos, con prescindencia del contexto más amplio en el que eso ocurre, lleva a ignorar fenómenos como el que académicos como Bjarnegard y Zetterberg (2022) denominan "lavado autocrático de género". Se trataría de la apropiación de reformas de igualdad de género con una apariencia de respeto de los derechos de las mujeres, pero con la intención de ganar en reputación global. En ese caso, adoptar la paridad como un mecanismo, desde el punto de vista más bien mecánico, no se condice con la paridad como un principio que buscaría un nuevo contrato social y una nueva redistribución del poder. La adopción de la paridad no convierte a un país autocrático o cercano a esa condición en democrático cuando lo que se observa, mediante su adopción, es la inclusión de las mujeres vía instrumentalización.

4) El elefante en la habitación:

Podemos afirmar, sin riesgo a exagerar, que buena parte de las dificultades que enfrentan las democracias para adaptarse a las nuevas exigencias de su entorno guardan relación con la resistencia a la adaptación y al cambio por parte de los actores políticos. En nuestras democracias, son los partidos los que compiten por el voto popular a través de representantes que, finalmente, terminan adoptando decisiones por todos nosotros. Pero estos partidos son actores que tienen también, tanto desde el punto de vista institucional como por medio de quienes los integran, intereses que en, en muchos casos, no están alineados con las reformas que se necesitarían, sobre todo pensando en clave de gobernabilidad democrática.

Resulta curioso que, en tiempos de exigencia de un valor como la transparencia y la eliminación de los conflictos de interés en muchas partes, con disposiciones muy fuertes para sectores como la empresa privada así como de instalación de figuras como la prohibición de

"puertas giratorias" (para evitar el tránsito inmediato desde el mundo de la política al de los negocios), se mantenga tal situación de conflicto de interés evidente en el caso de los partidos y quienes los representan por cuanto, en todas partes, siguen siendo los encargados de tomar decisiones sobre instituciones, procedimientos y reglas que, más allá de aspiraciones de regulación más sistémica, afectan también indefectiblemente sus propios intereses.

Cualquier adaptación de la democracia en el futuro, en aras de su sobrevivencia, deberá considerar nuevas formas de adopción de decisiones colectivas y vinculantes para todos en materia de reformas políticas en las que se reduzca la injerencia de los partidos.

No se trata, en todo caso, de evitar su responsabilidad y su deber de rendición de cuentas, traspasando el debate, diseño, elaboración e implementación de las reformas a otras instancias, pero sí que será necesario vislumbrar medidas que permitan conciliar el evidente conflicto de interés que exhiben cuando de impulsar reformas políticas se trata con el principio básico de la responsabilidad democrática en la formulación de decisiones políticas.

En síntesis, es probable que algunas de las ideas aquí vertidas pueden resultar heterodoxas, pero, sin cuestionar parámetros dominantes acerca de cómo podemos mejorar la democracia y que, dicho sea de paso, no están dando los resultados esperados, no podremos evitar seguir deslizándonos por la pendiente resbaladiza del declive global de la democracia que estamos actualmente presenciando.

BIBLIOGRAFÍA

1. Applebaum, A. (2021, 2 de septiembre). *Lo que hace especial el momento actual es que las democracias más antiguas y estables son las que están amenazadas*. El Observador. Anne Applebaum: Lo que hace especial el momento actual es que las democracias más antiguas y estables son las que están amenazadas

2. Bermeo, N. (2016). *On democratic backsliding*. Journal of Democracy, 27 (1), 5-19. On Democratic Backsliding | Journal of Democracy
3. Bjarnegard, E. y Zetterberg, P., & NIAS_library (2022) How *autocrats weaponize women´s rights.* Journal of Democracy 22 (2), 60-75. https://doi.org/10.1353/jod.2022.0018
4. Cardozo Alvarez, R. (2025, 2 de abril). Avanza el declive global de la democracia. DW. Avanza el declive global de la democracia – DW – 02/04/2025
5. Climaterra (2023, 4 de octubre). Harmut Rosa: "otro limite a la aceleración es *psicológico"*. Hartmut Rosa: "otro límite a la aceleración es psicológico"
6. Corporación Latinobarómetro (2024). *Informe 2024 "La democracia resiliente".* Latinobarometro

7. Diamond, L. (2025, 8 de marzo). *Trump wants everyone to bend the knee to his imperial will*. El País. Larry Diamond, sociologist: 'Trump wants everyone to bend the knee to his imperial will' | U.S. | EL PAÍS English
8. Escobar, Paula (2024, 24 de agosto de 2024). *Margaret Levi: No es nuevo que haya división y polarización.* La Tercera. Margaret Levi: "No es nuevo que haya división y polarización" - La Tercera}
9. France24 (2025, 18 de febrero). *Steven Forti: "Vivimos la primera gran ola desdemocratizadora en un siglo"* (video). YouTube. Steven Forti: "Vivimos la primera gran ola desdemocratizadora en un siglo" - La Entrevista
10. Freidenberg, F. (2023). *Desenredando los nudos de la política: el hiperactivismo reformista en América Latina.* CEPC. Desenredando los nudos de la política: el hiperactivismo reformista en América Latina | CEPC
11. Freidenberg, F. & Gilas, K. (2024) ¿Cómo resistieron a la pandemia las democracias en América Latina? Una introducción. En Freidenberg, F. (ed), *La capacidad de resiliencia de las democracias: elecciones y política en*

contexto de pandemia. (pp. 1-30). Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
12. Bou, Lluis (2023, 26 de abril). *La IA pone en peligro la democracia, advierte Yuval Noah Harari*. El Nacional CAT. La IA pone en peligro la democracia, advierte Yuval Noah Harari
13. Innerarity, D. (2024, 21 de julio). *La democracia y sus enemigos*. El Diario Vasco. Daniel Innerarity: La democracia y sus enemigos | El Diario Vasco
14. Levistsky, Steven y Daniel Ziblatt (2018). *Cómo mueren las democracias*, Editorial Ariel.
15. France24 (2025, 18 de febrero). *Steven Forti: "Vivimos la primera gran ola desdemocratizadora en un siglo"* (video). YouTube. Steven Forti: "Vivimos la primera gran ola desdemocratizadora en un siglo" - La Entrevista

LA COMUNICACIÓN Y SUS APORTES PARA UNA MEJOR DEMOCRACIA

Carlos Fara

Presidente de la International Association of Political Consultants 2024-2025
Premio de la Napolitan Victory Awards EE.UU. 2024 a la Mejor Campaña Estatal Regional

Vamos a dividir esta exposición en dos partes: en la primera vamos a hacer una muy apretada síntesis sobre algunas cuestiones que tienen que ver con las sociedades contemporáneas y la democracia, algunas de esas cosas ya fueron mencionadas por Wilhelm Hofmeister hoy a la mañana, y por los comentarios que hizo María de los Ángeles, de manera que no vamos a abundar demasiado; muchas de esas cuestiones están bastante expuestas. Simplemente me voy a centrar en algún que otro elemento particular que considere importante, que nos sirva para poder comprender o desarrollar mejor la segunda parte, que tiene que ver entonces con qué puede aportar la comunicación para tener una mejor democracia.

El primer punto muy elemental lo mencionó Wilhelm, respecto de que estamos con sociedades inéditas, que no conocíamos en ningún otro momento de la historia, son más fragmentadas que nunca, más volátiles que nunca, más complejas y encapsuladas. Cada uno de los fragmentos toma distancia de los demás, son sociedades que tienen cada vez menos denominadores comunes y entonces eso, pensando en proyectos colectivos, le complica la vida a la democracia. En general diría a la política, ya lo vamos a ver, particularmente para poder tener un marco de racionalidad en la convivencia democrática.

Todo lo que tiene que ver con la influencia de las nuevas tecnologías de información, no vamos a profundizar, sí lo vamos a tomar como elemento importante, en el sentido de que no hay que pelearse con las tecnologías, hay que saber aprovechar de las tecnologías lo que nos dan

y estar bien resguardados respecto de los problemas que nos generan para una mejor convivencia democrática.

Hay un fastidio estructural con la política, no estamos en una crisis política, está en crisis el concepto de la política, precisamente por estas sociedades que tienen este tipo de complejidades. Esta mañana mostraba Hofmeister los datos del Latinobarómetro, que seguramente todos conocemos, respecto de las expectativas que se generaron sobre la democracia, que es un régimen político, no es un régimen económico. En Argentina, en la campaña del regreso a la democracia en el ochenta y tres, Raúl Alfonsín, que ganó la elección, hizo una frase muy simpática como eslogan político, que después fue un dolor de cabeza: "con la democracia se educa, con la democracia se cura, con la democracia se come" y obviamente como después terminó en una enorme crisis económica, eso terminó resultando un boomerang desde el punto de vista político. Había una expectativa de que venía la democracia y entonces venían cosas mejores, además de la libertad, las reglas de juego, la convivencia, etc. Creo que los argentinos no fuimos los únicos en donde se creó algún tipo de expectativa en ese sentido. Algunos países lo pudieron complementar mejor, otros no tanto, pero en todo caso para las nuevas generaciones no hay un antes y un después de la democracia, es "nací en democracia" y, por lo tanto, es lo que viene y no tendría que prestarle mucha atención a un pasado lamentable como hemos vivido.

Lo cierto es que navegamos con mucho viento en contra y esto va a seguir, no coyunturalmente, sino probablemente el resto de nuestras vidas. El desafío estratégico es mucho más denso que una simple cuestión de un gobierno, de una situación socioeconómica o de una determinada generación dirigencial. El problema va para mucho más y supera muchas veces la capacidad que la propia dirigencia política de todos los países tienen para poder comunicarse con la sociedad e interpretar de qué manera aceitar mejor este sistema.

Vivimos con sociedades indignadas, no importa si están o no los recursos materiales para satisfacer las expectativas de la gente; están indignadas pase lo que pase. Los que les va muy bien, los que le va

muy mal, algunos porque tienen crisis, otros porque no tienen crisis, la situación es claramente harto compleja. En América Latina, además, tenemos algunos dolores de cabeza especiales: recordemos que la región, como exportador de materias primas, tuvo un boom de commodities entre 2003/4 al 2014. Hubo muchas mejoras interesantes, porque el balance económico fue positivo, pero claro, son sociedades que se quedaron con unas expectativas muy altas. Luego, en los últimos 10 años, entramos en una situación de meseta, con crisis como la pandemia y eso hizo que los ciudadanos siguieran demandando como si el boom de los commodities fuera eterno y obviamente, por ahora terminó. Si irá mejor o peor es difícil de saber, pero en todo caso esto tiene que ver con las subjetividades con las cuales arranca la construcción de expectativas por parte de la sociedad y lo que tensiona particularmente a la democracia.

El quinto punto es muy importante: no son solamente sociedades indignadas, que son complejas, sino que, además, como en ningún otro momento de la historia universal, son sociedades que reaccionan en tiempo real a los problemas. Siempre digo que el que lamentablemente murió trabajando en las minas de carbón en Gran Bretaña en algún momento del siglo XIX, nunca se enteró que había una cosa que se llamaba la Revolución Industrial. Ahora todos sabemos, somos conscientes de eso, obviamente por la complejidad de los medios de comunicación, por los niveles de concientización social que son muchísimo más altos y al mismo tiempo, por las sociedades que reaccionan y desarrollan estrategias contra lo que les sucede.

No son simplemente situaciones de inconformidad que desconocen el proceso global, este prácticamente lo conoce todo el mundo en mayor o menor medida. Entre que pasaban las cosas en el siglo XIX y buena parte del siglo XX, hasta que finalmente se producían las reacciones sociales, a veces había tiempos muchísimo más laxos. Hoy puede ser absolutamente inmediato. Esto vuelve muchísimo más complicados procesos políticos que llevan tiempo, que requieren consensos, que articulan diversidad de intereses, etc. No estamos preparados, ni el sistema, ni la dirigencia política para saber qué hacer con sociedades que reaccionan a estas velocidades.

Somos absolutamente inmediatistas: la lógica es totalmente de corto plazo. Las herramientas profundizan que seamos todos más de corto plazo y, entonces, si uno dice que, para lograr un proceso de desarrollo integrado, inclusivo, democrático, etc., necesitamos políticas de largo plazo, en este contexto ¿quién le va a tenar paciencia a nuestras políticas de largo plazo? Nadie. Estamos con dolores de cabeza permanentes para ver cómo articulamos, cómo contenemos esas tensiones de la sociedad.

La conferencia de Wilhelm de esta mañana tenía que ver con los partidos políticos y todo lo que dijo sobre la crisis de los partidos uno se lo podría adjudicar a cualquier estructura de representación de la sociedad civil, los sindicatos, inclusive las cámaras empresariales, etc. En todos lados es un dolor de cabeza porque para la sociedad muchas veces la ve como estructuras de representación. Wilhelm también dio una cantidad de recomendaciones de cómo hacer partidos que pudiesen ser eficientes para la representación social, pero va más allá de los partidos, afecta a todas las estructuras de representación para sociedades que no tienen muy claro si quieren ser representadas por alguien o por una estructura. Puede ser que quieran ser representadas por ciertas personas, por influencers, por algún personaje famoso, etc., pero lo cierto es que estas estructuras, así como están, no sirven para hacer funcionar bien el sistema. Debe haber partidos políticos, en el sentido que tiene que haberlos porque si no cómo hacemos para tener democracia representativa, pero eso la sociedad no siente que le esté sirviendo.

Acá hay cuestiones que tienen que ver exclusivamente con la opinión pública y que desafían a la democracia, y en esta lógica del sexto punto de las miradas de corto plazo, el octavo punto es que todo el tiempo existe la búsqueda y la disputa por lo nuevo. ¿Qué es lo nuevo? Ayer charlábamos con un colega de España respecto a que estaba Vox y ahora está "La Fiesta se Acabó" y entonces vendrá una nueva fiesta o algo por el estilo. Algo nuevo todo el tiempo, porque esta es la mirada de corto plazo estructural que tenemos. Insisto, no es un problema de moda, ni de coyuntura.

La disputa por lo nuevo también es un incentivo para que alguien que estaba dentro del sistema tradicional y que, probablemente, quizás hasta funcionaba adecuadamente, se salga para ser él lo nuevo. Hay un incentivo a que haya nuevos todo el tiempo, no necesariamente porque se lo necesite, sino porque efectivamente hay conveniencia política desde ya. Esta mirada de corto plazo hace que todo se desgaste muy prematuramente, todos estos fenómenos tienen lógicas de crecimiento exponencial. La pregunta que muchas veces nos hacemos con todos estos fenómenos nuevos es si la caída también no va a ser exponencial, lo cual desafía mucho a cómo hago políticas de largo plazo con personajes que hoy están y mañana no. No porque no querían estar más, sino sencillamente porque la sociedad dijo "no te necesito más" o "no te quiero más".

Lo mencionaba María de los Ángeles muy acertadamente con su evidencia de investigación académica: todos los liderazgos que van apareciendo son liderazgos polarizantes (puede estar o no polarizada la sociedad, son dos cosas distintas). Estar en el medio, ser moderado, estar en el centro, es complejo, por la lógica de las redes, por la lógica del sí - no, del blanco - negro, la lógica binaria, con lo cual, hasta hace no mucho tiempo atrás, uno trataba de construir mayorías sociales en la opinión pública. Por ejemplo, se decía: una reforma X tiene un 55%, un 60% de aceptación, 70% maravillosamente. Si tiene 45% ya es un poco más complicado.

En la época en que Clinton era presidente se hablaba de alcanzar los sixties, esto era, que cualquier cosa que tuviera una opinión favorable de 60 y pico por ciento, era positivo para navegar la ola de la opinión pública. Hoy nos encontramos con un montón de personas que dicen, tenga 35%, 40% muy nítidos y eso es todo. Porque las sociedades están más fragmentadas. El tema es: no quiero tener 60%, quiero tener 35%, 40% nítidos, ser el enano más alto de un montón de bajos. Como pasó en la última elección peruana, que el que mejor tuvo fueron 18%, ya que después otros tienen 5%, 6%, 7%, 8%. Soy el que más tengo, entro al balotaje y empieza un campeonato distinto. Ojo con esta cuestión porque la victoria de lo nítido en el contexto tecnológico y la dinámica de la

oferta política y cultural hace que muchos crean que no hace falta tener mucho apoyo, sino lo que hay que tener son algunos muy nítidos a los cuales les puedo decir barbaridades, pero me las aceptan porque son núcleos duros. Este es un problema terrible para la construcción democrática, por derecha y por izquierda, obviamente no estamos hablando de ninguna cuestión en particular. En Argentina, concretamente, el asesoramiento comunicacional del presidente Milei indica que deben tener 35% o 40% bien nítidos. Si logran un apoyo electoral del 60% casi que no interesa, porque hay 20 puntos que van a ir y venir, con lo cual, para qué los quiere. La verdad es que el presidente Milei llegó originalmente con el 30% de los votos. Atención con este detalle porque es ultra complicado, aún para los que queremos hacer comunicación política tratando de construir mayorías sociales, aun cuando sean un poco heterogéneas desde ya.

Punto once: liderazgos desfachatados. Es la victoria de lo auténtico. La sociedad de tanta tecnología de comunicación contemporánea, se cansó. Tarde o temprano iba a pasar. Es lo que hace que uno en los estudios se encuentre con dirigentes que la gente dice "está coacheado", "se lo nota brifeado", esto es, que se aprendió el papel. Es correcto el discurso, está medido en los grupos focales, está todo bárbaro, pero se nota que no es auténtico. Entonces, vienen los auténticos y dicen: "yo no necesito estar ni brifeado, ni coacheado, ni nadie que me diga que es lo que tengo que decir. Yo digo lo que se me ocurre" y ahí tenemos a Trump, Bolsonaro, Milei, Bukele y cada vez más en el mundo. Porque las tecnologías parece que acercan, pero la virtualidad enfría, la pantalla enfría. Si uno conoce una persona y la ve por zoom, está todo fantástico; pero cuando no la conoce directamente, para la percepción se convierte en una persona mucho más lejana.

Entonces, el exceso de tecnología hizo que, sobre todo en los segmentos más jóvenes, puedan evaluar a la política como quién es auténtico o quién no parece asesorado, formateado para decir lo conveniente. Diga lo que se le ocurra y eso va a ser auténtico. Y si es auténtico, entonces me gusta más que el que está coacheado, el que está entrenado, porque se nota. El exceso de redes hace que la gente también se empieza a saturar. En las nuevas generaciones que nacieron en democracia, no tienen ningún fantasma del pasado contra el que

pelear o temer. Para los no jóvenes, la cuestión puede ser: entre políticos más o menos vs. recuerdo de no democracia, de autoritarismo, podría aceptar políticos mediocres. Pero el que nació en democracia dice: "por qué tengo que aceptar políticos mediocres; que venga otra cosa que no sean políticos mediocres, o que sean mediocres pero que no sean políticos". En todo caso no necesito que alguien me venga a tratar de convencer, en esta lógica, y la sobredosis de marketing político termina también contribuyendo a un marco cultural en el cual aparecen los auténticos. En Argentina utilizamos una expresión que dice: no son caretas, no posan, dicen lo que se le ocurre. El valor del auténtico en esta crisis de la representación y crisis de la política, con este marco cultural que estamos describiendo, tiene una ventaja. No necesariamente son mayorías sociales, pero logran ciertas ventajas.

El último punto de estas cuestiones es: dame un storytelling y moveré el mundo. La creencia de que no hacía falta relato, narrativa política, claramente mostró ser un error. Todos estos personajes, si algo tienen, es storytelling. Tienen una narrativa, nos guste o no, tienen un contenido, propuestas. Alguien puede decir "no me gusta, pueden ser superficiales, pueden ser tonterías, simplificaciones burdas", pero tienen algo para decirle a la sociedad. Con estas características ahí veo algo, que es auténtico, nítido, no es políticamente correcto, dice lo que se le ocurre y no está coacheado, pues entonces me dice algo que me cierra. Como todos estos fenómenos no están tratando de construir grandes mayorías sociales, si las logran genial, como por ejemplo Bukele. Desde ese punto de vista, esto ya nos da una advertencia respecto de todo ese debate que hubo hace unos años atrás, en el sentido de que la postmodernidad era política sin narrativa. Ahora todos estos personajes vienen a advertirnos de que las sociedades sí quieren narrativas, como era lógico en los últimos 5.000 años de historia.

Estos elementos, son simplemente introductorios para reordenar las fichas del tablero y tener en claro, si este es el puzzle, ¿qué hacemos frente a este tipo de situación?

Vamos a la segunda parte entonces: qué hacemos desde la comunicación. Vamos a dividirlo en dos partes. Una primera parte tiene que ver

con las cosas que cualquiera de nosotros naturalmente diría, pero no solo nosotros los que estamos acá, hay artículos académicos que hablan sobre cómo ayudaría la comunicación a que la democracia funcione mejor, y sugieren una serie de cosas que no son desacertadas, pero yo las voy a desafiar, un poco ex profeso, pero también porque me parece que debemos pensar, en otros términos, para manejarnos mejor con la complejidad del contexto que estamos describiendo.

El primer punto que uno se encuentra en varias notas dice que hay que tener una comunicación profesional, hay que hablarle a la gente con términos que pueda comprender, con un lenguaje que sea cercano, con argumentos que tengan que ver con las expectativas de lo que la gente quiere escuchar. Diría que es obvio, lo vamos a poner en la lista de lo que de todas maneras sí hay que hacer, hay que comunicar profesionalmente, no vamos a perder tiempo en desarrollar esto, pero está ahí cuando uno se pone a indagar. Qué significa profesionalmente es bastante más complejo de lo que parece y eso lo vamos a ver en la siguiente parte.

El segundo punto es: hacer docencia. Siempre hay que hacerlo, hay que concientizar, explicar qué es la democracia. Hay que revisar los programas de educación democrática o como se llamen en cada país, respecto de qué hay que esperar de la democracia, cuáles son las reglas de juego, qué debemos considerar normal y qué debemos considerar anormal, etc. Pero no se trata solamente de hacer docencia, no alcanza con eso por la complejidad del tema, revisar qué tipo de docencia hay que hacer.

El tercer punto: llamar la atención sobre los riesgos. Por ejemplo, cómo debemos reaccionar frente a la evolución de la Inteligencia artificial, cómo debemos encarar el tema del cambio climático, cómo debemos tener cuidado con el uso de las redes sociales de manera responsable, etc. Sobre todas esas cosas hay que prestar atención sobre los riesgos. De todos modos, después vamos a ver que es más complicado, porque no es la primera vez en la historia. En los últimos 50/60 años, parte de los ítems relevantes tienen que ver con llamar la atención sobre los riesgos. La cuestión es si esto tiene o no sentido en la medida en la cual

el público al que nos dirigimos tenga miedo o no sobre las cosas que le estamos diciendo que son un riesgo, porque después la opinión pública trabaja en términos comparativos. Por eso siempre decimos, "usted ¿qué prefiere? ¿un gobierno medio autoritario pero que solucione problemas, o un gobierno que sea muy democrático pero que no solucione nada?". Por supuesto que lo estoy poniendo en blanco o negro a propósito y el interrogante es una trampa, pero alguien lo va a decir así. Alguien, que no somos nosotros, está planteando trampas todos los días. En función de eso llamamos la atención sobre qué riesgos. A qué le tendrían miedo estas sociedades respecto de no tener algo semejante a un régimen democrático representativo. Porque si no le tienen miedo deberíamos, por lo menos, repensar las estrategias de comunicación al respecto, más allá de las acciones políticas.

El cuarto punto: apelar a la racionalidad. Llevo 38 años en esta profesión y siempre trato de hacerle entender a los clientes que el voto racional no existe, nunca existió. Por suerte en los últimos 10 años aparece una enorme cantidad de literatura sobre neurociencias que nos dice que todo es emocional. Ya no tenemos que explicar tanto eso, con lo cual, el tema de apelar a la racionalidad sería, apelar a qué racionalidad. Porque precisamente si la sociedad se va para un determinado lado, es porque se le activan unos determinados miedos y eso no tiene que ver con la racionalidad. Vamos a perder la pelea sobre esa discusión. Hay que dar la discusión desde otro lado.

El quinto punto es que además los demócratas deben dar el ejemplo. Sin lugar a duda, porque esto no tiene que ver solamente con lo que yo digo, sino también todo con lo que hacen todos los demócratas. Entonces la gente dice "si esto hacen los demócratas, me gustaría probar con unos que no sean demócratas, a ver cómo funciona la cosa". Hace unos 20 años atrás, dándole una mano a un partido humanista cristiano en América Latina, en un país con una cultura muy tradicional, muy feudal, una candidata a alcaldesa habla con una mujer que está vendiendo frutas y verduras en el mercado. Entonces le empieza a decir, "señora, usted tiene que tener en cuenta que las estructuras tradicionales son corruptas, clientelistas, abusan, etc.". La mujer lo dejó hablar y al final le dijo: "ustedes no pueden ser tan buenos", como

diciendo, todos los políticos son malos, no me venga a mentir. Lo que yo les he tratado de explicar es que, partir del propio punto de vista sobre riesgos que la otra persona no ve, es un dolor de cabeza, por muy buenos ejemplos que den los que son demócratas. No importa de qué partido o ideología sean. El punto es que sí hay que dar el ejemplo, sin lugar a duda, pero igual que como padre, como docente, ciudadano, autoridades de alguna institución, etc.

Estos cinco puntos son tareas encomiables. Todo esto está bien y hay que hacerlo, pero no nos alcanza y sería la lista de lo más obvio. Vayamos a ver lo que no es tan obvio, que tampoco es tan sencillo de hacerlo, pero por lo menos para abrirnos un poco la cabeza y repensar de otra manera. Nos vamos a la segunda parte.

La primera cuestión es escuchar correctamente qué es lo que le está pasando a la sociedad. Eso implica tener diagnóstico profundo y preciso, porque si no estamos suponiendo una sociedad que ya no existe, pero no porque nosotros escuchemos mal, sino sencillamente porque estamos dentro de una sociedad y nos cuesta comprenderla. Por ejemplo, ¿para qué quiero consultores políticos? Precisamente porque hace 60 años no hacía falta que alguien le explique al líder cuál era el espíritu de la sociedad. Hoy sí. Como es muchísimo más compleja la sociedad que hace 60 años atrás, entonces a los líderes hay que ayudarlos a entender qué es lo que está sucediendo, no por una cuestión de mala voluntad, por ejemplo, cuando a uno se le descompone la computadora tiene que llamar a uno para que lo ayude, para algo tan elemental como la computadora que usa todos los días o el teléfono celular, porque hay funciones que uno no entiende.

Entonces, la primera cuestión es que yo creo que a los demócratas les está faltando diagnóstico, comprender profundamente qué hacer, para pensar cómo interactuar con esa sociedad. Lo que esto indica es que lo que no podemos es cambiar el curso de la historia, por lo menos no mañana. Si no lo podemos cambiar mañana, ¿cómo navegamos en estas aguas? Porque las aguas son más fuertes que nosotros, indiscutiblemente, y todos contribuimos un poco a que las aguas también estén turbulentas. Falta conversación, trabajo sobre comprender en profun-

didad todos los bordes y todos los matices que tiene esta situación, para poder identificar oportunidades y amenazas. Las dos cosas están, el tema es qué cable cortamos para que la bomba no explote. Cortar cable azul o cable rojo, hay que saber de bombas y hay que saber de cables, este es el punto que tenemos que prestar atención.

El segundo punto: tenemos que cambiar el enfoque estratégico. Pero como no somos los únicos que estamos convencidos de la democracia, hay otra gente dedicada a problemas que nos afectan globalmente y no logran sus objetivos es porque, en general, el enfoque está equivocado. La mayor parte de las campañas de concientización en el mundo están mal diseñadas. Use casco, el cinturón de seguridad, no coma cosas con exceso de sodio, no coma excesos de azúcares, tenga una dieta saludable y así multipliquen al infinito. En general, no funciona. Porque parten del hecho que eso está mal, entonces no lo tenéis que hacer, sin pensar en cómo lo percibe el consumidor o el que está del otro lado, el objeto de los mensajes.

Los catalizadores son los factores que hacen que alguien cambie de conducta en función de cómo percibe lo que está sucediendo. Si alguien no le tiene miedo a una autocracia, porque al final la considera más eficiente, porque para qué quiere opinar si no le van a dar soluciones, por catalizadores nos estamos refiriendo a los mecanismos con los cuales interactuamos, que no tienen que ver con la lógica común. Hay mucho escrito en este punto. Para mencionar solo dos libros: "*Los Catalizadores"* de Jonah Berger y "*Un Pequeño Empujón"*, escrito por dos premios Nobel en economía del comportamiento. Ambos hablan sobre esto: qué hay que hacer para que la gente cambie conductas, en vez de poner un cartel que diga "no tire latas a la calle".

En Texas lograron reducir un 72% la cantidad de desperdicios que la gente tiraba a sus carreteras. Fracasaron al apelar al deber cívico de no tirar basura al suelo. Lo que hicieron fue poner al equipo del Dallas Cowboys a dar el ejemplo, y usaron el slogan "¡Cuidado con Texas!". Estas sociedades sin límites, se cuestionan "por qué tengo que cumplir reglas". Cada vez que yo digo "no hagan eso", la gente dice "lo voy a hacer el doble". Esto pasa en absolutamente todas las conductas socia-

les. Entonces, si decimos "no vote al partido de extrema porque se va a terminar la democracia", los votantes dicen "¿y por qué? ahora lo voy a votar, ¿quién me lo dice? ¿uno de los demócratas de siempre? ¿o me lo aconseja alguien al cual yo le tengo respeto?". Quiénes son los emisores, quiénes son los catalizadores, quienes mandan el mensaje, es clave. No hace falta que seamos los demócratas los que mandemos el mensaje. Seamos astutos: cuáles son los emisores que actúan de catalizadores con el mensaje correcto. Esta es la base de un cambio de enfoque estratégico. No tiene sentido ir con un enfoque tradicional y tratar de dar peleas en donde seguro no vamos a ganarlas. Hay que revisar y repensar.

Vamos al tercer punto: hay que crear nuevos marcos de referencia. ¿Qué ventajas nos da la democracia? Muchas, infinitas, diría yo, pero desde mi nivel de conciencia valorativa. ¿En dónde le aprieta el zapato al otro, al receptor del mensaje? ¿Qué habría de el no respeto a la democracia representativa, la división de poderes, las garantías constitucionales, etc.? ¿En qué punto se asustaría? ¿Se asustaría? En algún lugar seguro que se asusta; el tema es en cuál. Por eso decíamos al principio: escuchemos correctamente que es lo que está pasando. De todas las cosas que le pudiésemos plantear como amenazas, como peligros, ¿cuál lo movilizaría al ciudadano de a pie? ¿En dónde ponemos el foco y nos concentramos respecto de los elementos que actuarían como catalizadores? Eso implica cambiar los marcos de referencia.

Nosotros venimos con Montesquieu abajo del brazo o Tocqueville. Evidentemente hay que agarrar otro libro, otro autor, no porque despreciemos lo que haya dicho Montesquieu o Tocqueville, sino sencillamente porque no nos sirven para estas sociedades, para explicarle a estos públicos. No es que no sirven como sistema. Ahora, si lo dice Taylor Swift, por ahí cambia la cosa. Bueno, acá tenemos los catalizadores, crear nuevos marcos de referencia.

El siguiente punto es que, claramente, se trata de un juego de emociones e imágenes. No podemos ir a dar esta pelea ingenuamente, de manera naif. Si el otro da la pelea en el plano de las emociones y las imágenes, tenemos que buscar las emociones y las

imágenes de la democracia. Porque si no, la vamos a perder. Es como entrar al partido perdiendo 4 a 0: no hay solución. Vamos a perder por 8 a 0, pónganle la cifra que quieran. Entonces, cuáles son los elementos disparadores que pueden generar una comunicación eficiente en estas sociedades. No imaginemos sociedades que no existen. Estas son las sociedades que tenemos, nos guste o no y no van a cambiar mañana, ni van a cambiar el año que viene, y quizás no cambien nunca de acá hasta que todos terminemos nuestras vidas. Seamos muy realistas, muy pragmáticos con esto. No podemos seguir con Montesquieu abajo del brazo contra las fake news. No podemos, insisto, apelar a las cuestiones racionales, filosóficas, doctrinarias, conceptuales. Esas las debemos tener para saber qué queremos lograr, pero esas no son los vehículos. Hay mucha tentación, lógicamente, atendiblemente, por parte de los demócratas de tratar de dar la discusión de la apelación a la racionalidad. Porque al final eso es lo que sucede, pero no funciona. Hay que trabajar de otra manera, si no el riesgo es muy grande: el riesgo es quedarnos sin democracia.

Quinto: a qué miedos apelar. Viene el lobo, viene el lobo, y después, no era tan grave lo de lobo, era una cosa para los niños, hasta que finalmente un día ocurre. Tampoco puedo pasarme todo el tiempo diciendo, "ojo con tal cosa", si el otro no cree que vaya a suceder. Volvemos a los puntos de cuál es el marco de referencia. López Obrador no iba a hacer la reforma por la cual se eligen los jueces por voto directo. Claro, la hizo después de la elección cuando ya tenía el botín abajo del brazo. La sociedad no tuvo miedo, ¿por qué no tuvo miedo? Así podemos poner el caso de Venezuela, de Bolivia, de Nicaragua, entre otros. Y otras situaciones que están muy en el plano del gris, porque no parece que sean autocracias, pero tampoco está garantizando que las reglas de juego democráticas se mantengan. No son los miedos que nosotros racionalmente construimos, sino los que el otro efectivamente siente. Volvemos al primer punto: escuchemos, probemos, pensemos toda la gama de argumentos, de estímulos, tirémoslo y veamos qué recibimos por parte de las sociedades. Si no, vamos a perder tiempo y los otros van rápido. Porque, además, no tiene escrúpulos. Van a decir cualquier

cosa con tal de consolidar algo que parece democrático, pero que en el fondo es autocrático.

Sexto punto: cuál es la nueva épica, para qué está la democracia, porque está claro que hay algo en el camino que se fue desgastando. El autoritarismo tal cual lo conocíamos pasó a la historia y entonces el punto es, cuál es la nueva épica. No es que la democracia era algo natural que vino para quedarse, que no había más discusión. No, necesita una nueva épica. Es el mejor sistema, no es el sistema ideal, pero es el mejor considerando las alternativas. Pero necesita un horizonte que no tenga que caer en el tema de mejoras materiales, económicas, etc. y tiene que ser deseable. No puede ser como que yo me levanto a la mañana y hay oxígeno, por lo tanto, vivo en el planeta Tierra. Cuanto más oxígeno mejor, entonces tratemos de cuidar el oxígeno. No me puedo levantar a la mañana y decir, "ah sí, claro, hay democracia" y listo.

Eso significa que no es la épica que moviliza las sociedades actuales. Entonces, cuál es la nueva épica. No la sabemos porque el mundo tiene dificultades, no es solamente la democracia. Es esta esta fase de la humanidad. En una serie que una mezcla de ficción y documental sobre los viajes a Marte, Elon Musk dice algo así como que libertad, fraternidad e igualdad ya no le dicen nada a las sociedades, o progreso material, más tecnología. Él se pregunta cuál es la nueva frontera de esta humanidad, y el responde que es conquistar el mundo exterior y por eso hay que viajar a Marte, porque es el planeta más cerca que tenemos. Apunta que, si no tenemos una nueva épica, para qué vamos a vivir. Más allá de ese punto, que me parece un buen ejemplo, es claro que necesitamos nuevas épicas. La democracia necesita ser una cosa deseable, además de que vino para quedarse, que es lo normal, como el oxígeno. No hay mucho para discutir, si hay oxígeno, hay plantas, hay que tener más proceso de generación de oxígeno, cuanto más tengamos será mejor, cuando produzcamos menos anhídrido carbónico etc. Sí, pero, es algo que no entra en el juego de las emociones y las imágenes.

Séptimo: es una batalla permanente. Para sociedades de corto plazo, obviamente tenemos que dar una batalla de largo plazo. No es una

batalla de ahora, a ver si pierde la elección X o pierde la elección Y, o si la opción demócrata gana. Eso es un punto importante, por supuesto, cuantos más demócratas ganen, mejor. Pero no es solamente una campaña de concientización: es una batalla estructural, porque estructuralmente estamos en problemas. Tenemos un problema porque hay algunos personajes que están un poco fuera de la norma y de la filosofía, pero en realidad vamos a tener este problema por mucho tiempo. Entonces, debemos tener un plan de largo plazo. Por supuesto, todos los frentes de batalla son importantes. Vamos a tener estos problemas permanentemente, aun cuando algunos aspirantes autócratas pierdan algunas próximas elecciones a corto plazo. Ojalá que las pierdan, pero eso no debería dejarnos tranquilos como para decir: "Bueno, nos vamos a casa porque se terminó el peligro".

El octavo punto. No es un problema ni local, ni regional, es un problema global. Entonces creo que debemos tener una estrategia defensiva coordinada. Hay que tener una alianza de actores demócratas en todo el mundo. Así como existe una cierta coordinación de autócratas, como lo trata Moisés Naím en su último libro, hay que tener una alianza demócrata internacional para saber de qué estamos hablando y para saber dónde cortamos los cables para que la bomba no explote. Porque los autócratas se alimentan entre sí, se copian ideas, se ayudan, se financian. Entonces, necesitamos concientizar sobre esto, pero también necesitamos algo más poderoso que la apelación a la racionalidad y los valores democráticos. Vamos a jugar un juego muy complicado, muy fuerte, como esos partidos de Copa Libertadores que siempre tienen pierna fuerte, que no son partidos tranquilos, son partidos complicados. Y como esto sucede, tenemos que plantearnos cuántos actores hay que coordinar: de la política, de la sociedad, del mundo empresarial, gremial, académico, de la cultura, de la tecnología, etc.

Noveno punto. Al mismo tiempo que pensamos en una estrategia defensiva coordinada con alianza de actores, también tenemos que trabajar multicanal. Esto significa hacer todas las cosas que tenemos

que hacer en todos los planos para promover valores democráticos. Puede ser en las escuelas, obviamente, en los debates de los medios de comunicación, con todas las limitaciones que eso significa, tenemos que ir a todos los canales: a la producción cultural, a los videojuegos, a la literatura, al cine. Tenemos que ir a muchos lugares para dar esta discusión. Porque los videojuegos, por ejemplo, son potencialmente violentos, no promueven la paz y la democracia, sino que básicamente promueven es la polarización y la violencia. Y estos son marcos de referencia que está bueno que al menos los pongamos sobre la mesa y los discutamos. Quizá esto no es tan así y lo ponemos de costado, pero pongámoslo sobre la mesa porque está claro que no va a ser solamente una discusión sobre política, de la cual la gente aborrece. Si queremos llevar a la gente a prestar atención a algo que no les gusta, empezamos a perder la batalla, la guerra diría yo. Entonces, tenemos que darla en múltiples planos, en lo cultural, lo valorativo, con toda esta complejidad que estamos presentando.

Y el último punto, tenemos que evitar la saturación. El mejor ejemplo de lo que no funciona son las campañas por el cambio climático. La gente piensa: "Otra vez con este tema de que tengo que tirar la basura, que tengo que evitar tener autos que funcionan mal porque producen más contaminación, que no tengo que derribar árboles, que tengo que evitar incendios". Y está comprobado: la sobredosis de comunicación sobre los miedos reduce la preocupación de la gente sobre la amenaza. Entonces, si todos los días vamos a decir: "Ojo con Orbán, ojo con AFD, ojo con este, ojo con aquel", sí, hay que hacerlo, pero hay que revisar el timing de esto. Porque si no, un día la gente no va a escuchar más. Donde repito todo el tiempo lo mismo, sobre todo si no está bien puesto en el marco de referencia adecuado, termino saturando. En algún momento la capacidad de atención se agota, pero por límite en la absorción. No olvidemos que estamos en la era de la competencia por la atención, ¿cómo llamamos la atención todo el tiempo? No competimos solamente con quienes no quieren la democracia o quieren democracias deformadas, ni siquiera llegar al punto de dictadores. Estamos peleando con un montón de otros estímulos comunicacionales en el planeta Tierra: el cambio climático, la prevención de enfermedades, la

lucha contra el narcotráfico, la prevención contra el bullying, el gamming, etc. Todas son causas nobles, pero que saturan. Llega un momento en que la capacidad de asimilación es limitada. Ese es el marco en el cual tenemos que dar las batallas comunicacionales. Lo menciono porque, en el caso del cambio climático, hay una severa advertencia a las campañas de concientización sobre el tema, las cosas que hay que hacer y los miedos que puede haber. No están surtiendo efecto porque están saturando. Se está machacando sobre miedos que nadie midió. Primero, si la gente les tiene miedo o no, y segundo, si esas amenazas son reales. Sí, porque el agua va a crecer y las ciudades costeras se van a empezar a inundar. Eso parece estar fuera de discusión. La pregunta es: ¿qué tiene que hacer la gente para colaborar a que eso no ocurre? Si es que efectivamente creen que va a ocurrir o piensan que es una película de ciencia ficción.

Estas son diez ideas. Algunas polémicas, seguramente muy debatibles, pero que me parecen importantes para abrir una discusión distinta y, sobre todo, para estar advertidos sobre lo que no funciona. No sé si exactamente esto o alguna otra cosa funciona. Lo que sí debemos tener claro es lo que no sirve.

COMENTARIOS A PONENCIA LA COMUNICACIÓN Y SUS APORTES PARA UNA MEJOR DEMOCRACIA

Francisca Ortega Frei

Socióloga de la Universidad Católica y Magíster en Gestión Universitaria de la Universidad de Alcalá. Vicerrectora Académica Universidad Miguel de Cervantes

Cuando me hicieron esta invitación a comentar a Carlos, me recordé que cuando hice mi tesis para optar al título de socióloga, realizamos una investigación que llamamos: el impacto de la televisión en la sociabilidad de los chilenos. Comenzamos a investigar con una compañera, y se decía que los chilenos estamos viendo mucha televisión, que tenemos tres televisores en nuestras casas. Esto impacta en la sociabilidad porque, al tener el televisor en el comedor, en vez de compartir la comida y un momento familiar, nos dedicamos a ver televisión. También nos dimos cuenta, a partir del análisis de algunos Focus Group, que los colegios nos decían: el problema es que los niños, si no saben cuál es el mono animado de moda, los Power Rangers, los Backyardigans, por ejemplo, no pueden jugar. Entonces, la paradoja era que la televisión impacta la sociabilidad, nos hace estar más solos y no compartir, pero también la necesitamos, y nuestros niños la necesitaban. Esa paradoja es la que hoy me recordé: estamos frente a la paradoja de cómo hacer que la comunicación fortalezca la democracia y no que la perjudique.

No cabe duda de que la comunicación desempeña una función decisiva en el ágora contemporánea, como nos señaló nuestro expositor. Gian Petro Mazzoleni plantea que lo que ha cambiado desde la posguerra hasta hoy, es que el modo en que los políticos se comunicaban con los ciudadanos a través de los medios ha sido sustituido por un modelo donde las personas intervienen activamente en el espacio público. Esto fue señalado hoy en la mañana por el doctor en ciencias políticas Wilhelm Hofmeister, destacando que las redes sociales han cambiado

nuestra sociedad y la actividad política, donde ahora es difícil prescindir de los sistemas de medios y de internet.

En este ecosistema de la comunicación política tenemos tres actores: el sistema político, el sistema de medios y este ciudadano elector. Estos actores han experimentado cambios con los medios de comunicación de masas. En el sistema político tradicional, donde interactúan partidos y líderes de gobierno, aparece un nuevo actor: los grupos de presión. La política ya no es exclusiva de actores con identidad únicamente política, sino que también es un espacio donde se manifiestan actores y mundos que no se definen en primera instancia como políticos. Esto lo señalan también Cotta, Della Porta y Molina.

Los medios de comunicación actúan como intermediarios entre los políticos y el público; su función es doble: informar y formar opinión. Sin embargo, con la proliferación de las redes sociales, esta dinámica ha cambiado, ya que cualquier persona puede ser reportero con un teléfono inteligente. El desafío es que esta democratización de la información exige veracidad y calidad.

Las sociedades reaccionan en tiempo real, nos señalaba nuestro expositor. Manuel Castells, hace años, dijo que había que considerar el concepto de autocomunicación de masas para definir las nuevas formas de comunicación digital interactiva: "Es comunicación de masas porque tiene la capacidad de llegar a un público mundial, pero al mismo tiempo, autocomunicarse. La producción de mensajes es autogenerada, los destinatarios autodirigida y la localización de los mensajes autoseleccionada".

Entonces, tenemos los tres actores: el mundo político, los medios y ahora el tercer actor, que es el nuevo ciudadano elector, productor de contenido y también usuario. Con estos nuevos actores, el sistema democrático y sus actores políticos deben movilizar a esta ciudadanía e interactuar con estos ciudadanos digitales. Como señaló Carlos, se requiere realizar docencia para estos ciudadanos. Además, nos recordó la importancia de tener una estrategia defensiva coordinada. Eso me hizo recordar el 2020, cuando un político local, que no vamos a decir su nombre, decidió anunciar su candidatura a través de un tuit (ahora

X). En cuestión de minutos, su mensaje se viralizó, alcanzando millas de personas; Sin embargo, no había considerado el impacto de las respuestas y resposteos negativos. Esta experiencia subraya la importancia de una estrategia de comunicación bien planificada y la necesidad de estar preparado para gestionar la retroalimentación en tiempo real.

Las campañas electorales, como vivimos ahora en Chile, son un escenario donde la comunicación política se pone a prueba intensamente. Todos recordamos la campaña de Barack Obama, quien a través de las redes logró movilizar a jóvenes votantes. Esta estrategia no solo le permitió ganar la elección, sino también redefinir cómo se llevan a cabo las campañas políticas en la era digital. Este es realmente el gran desafío.

Una comunicación efectiva puede fomentar una mayor participación ciudadana, que es lo que nos gusta a los demócratas. Pero los ciudadanos deben estar informados, como nos dijo nuestro expositor, con demócratas que den el ejemplo, con un carácter de elemental. Esta tarea es a largo plazo, pero puede permitir aumentar la participación electoral.

Los medios también permiten a los ciudadanos canalizar sus demandas. El movimiento "Las vidas de los negros son importantes" utilizó las redes sociales para movilizar a millones de personas en el mundo. Los demócratas también tenemos que estar atentos a lo que pasa con estas demandas canalizadas a través de los medios de comunicación y las redes sociales.

Hoy en la mañana, nos expusieron con detalle lo que se conoce como síntomas del malestar democrático: la tendencia a la caída de la participación electoral, la reducción drástica de militantes en los partidos, el aumento de la volatilidad electoral, la fragmentación de la representación en múltiples partidos, la disminución de la duración de los gobiernos. Todos estos factores aumentan la espiral de deslegitimación de la política. Nuestro expositor también detalló algunos de los problemas que enfrenta la democracia y nuestra sociedad: la fragmentación social, las volátiles, las crisis de expectativas e indignación, los liderazgos

polarizantes, las lógicas de corto plazo, la crisis de las estructuras de representación.

Sabemos que la democracia ha entrado en crisis, un malestar actual que se ve fomentado por cambios antropológicos del demo: el paso de la sociedad de productores a la sociedad de consumidores, de las grandes narrativas a las micro narraciones individuales. La política se mediatiza y se convierte en un objeto de consumo. Los medios de comunicación de masas desempeñan un papel fundamental en esta transición, acelerando este cambio, modificando el modo de pensar y de conducirnos.

Algunos estudiosos de la comunicación política han planteado la tesis de la mediatización de la política, que hemos conversado también con el profesor Saffirio, donde los medios dictan las reglas de la política, lo que trae como consecuencia la personalización, la liderización y la espectacularización de la política. De esta forma, a veces se habla de una crisis de la comunicación pública como uno de los factores del malestar democrático y el empobrecimiento de nuestro lenguaje con la reciente transición a los medios digitales.

Por esto es tan importante la exposición del profesor Fara, porque nos da luces sobre cómo los demócratas debemos comunicar en estos tiempos.

También me gustaría compartir lo expuesto por Luigi Di Gregorio, académico que ha explorado en profundidad la relación entre internet y democracia. Sus propuestas y análisis se centran en los efectos de la digitalización en el ámbito político y cómo las nuevas tecnologías de la información pueden tanto fortalecer como debilitar la democracia. Quiero detallar algunas de sus principales propuestas. ¿Por qué estas propuestas? Porque hemos conversado durante todo este día sobre la necesidad de establecer propuestas que fortalezcan nuestra democracia.

Primera propuesta: fomento de la alfabetización digital. Él subraya la importancia de educar a la población en el uso crítico y responsable de las tecnologías digitales. La alfabetización digital incluye no solo habilidades técnicas, sino también la capacidad de evaluar la veracidad de la información.

Regulación de las plataformas digitales: sé que este es un tema polémico, pero él propone una regulación más estricta de las grandes plataformas de internet para evitar abusos de poder y prácticas monopolísticas. Estas regulaciones deben garantizar la transparencia en los algoritmos de recomendación y publicidad, así como la protección de los datos personales de los usuarios.

Promoción de la transparencia y la responsabilidad: las plataformas digitales deben ser transparentes sobre cómo manejan y difunden la información. Este autor cree en mecanismos que hacen a estas plataformas responsables de la desinformación y los contenidos nocivos que pueden circular en ellas.

Fomento del debate público y la participación ciudadana: sugiere utilizar plataformas digitales para facilitar el debate público, consultas ciudadanas y mecanismos de participación directa, pero siempre bajo la lógica de responsabilidad y transparencia.

Iniciativas contra la desinformación: él propone desarrollar iniciativas y tecnologías para detectar y combatir la desinformación y las noticias falsas. Esto requiere la colaboración entre gobiernos, empresas tecnológicas y organizaciones de la sociedad civil para crear sistemas de verificación de hechos y fomentar el periodismo de calidad.

Promoción de la igualdad de acceso a internet: para que internet fortalezca la democracia, es esencial que todos los ciudadanos tengan acceso igualitario a las tecnologías digitales. Él aboga por políticas que reduzcan la brecha digital, proporcionando acceso a internet de alta calidad y accesible, especialmente en áreas rurales y comunidades desfavorecidas. Creo que este último punto es central.

Fomento de la cultura democrática digital: sugiere la creación de programas que promuevan una cultura democrática en el entorno digital, incentivando valores como la tolerancia, el respeto mutuo y el diálogo constructivo. Esto debe incluir campañas educativas y programas de formación que resalten la importancia del civismo digital.

Estas propuestas buscan equilibrar los beneficios de la tecnología digital con una democracia saludable, promoviendo un internet inclusivo, seguro, transparente y que fomente la participación responsable de los ciudadanos.

Estuve investigando algunas cosas de nuestro expositor, quien dice que una de nuestras máximas es que la comunicación política no es solo lo que se dice, sino cómo y cuándo se dice. Este enfoque holístico ha sido clave en el éxito de muchas de las campañas que él ha asesorado.

Los medios, entonces, pueden jugar un papel crucial en el fortalecimiento de la democracia, pero para que esto suceda y retomando lo que señala nuestro autor sobre los aportes de la comunicación para la democracia, quiero complementar con el compromiso que deben tener los medios frente a algunas de las cosas planteadas.

El autor nos dice que los demócratas deben dar el ejemplo, cierto, y llamar la atención sobre los riesgos. Creo también que los medios deben comprometerse con la veracidad y la transparencia, evitando la difusión de información falsa o engañosa, verificando los hechos y corrigiendo los errores rápidamente.

De las 10 ideas de nuestro profesor, quiero rescatar la segunda: él nos dice que los demócratas debemos comunicar profesionalmente. Escuchar lo que está pasando, importa lo que la gente está sintiendo. También los medios deben ser cruciales en eso, reflejando lo que la sociedad necesita, pero con independencia, porque creemos que la independencia de los medios de comunicación es crucial.

Tercero, nos señalaba Carlos, tenemos que educar y formar al público. Los políticos deben educar, este es un trabajo a largo plazo, pero también los medios deben educar sobre los procesos democráticos, los derechos y deberes de los ciudadanos y la importancia de la participación activa en la vida política.

Siguiendo estas recomendaciones de nuestro profesor, tanto los medios de comunicación como quienes queremos comunicar en democracia tenemos un compromiso.

Hay que aprovechar las comunicaciones, no pelearse con ellas. La democracia requiere una nueva épica, nos ha dicho el profesor, y creo que, a medida que avanzamos en el siglo XXI, es crucial que sigamos adaptándonos a los cambios tecnológicos y sociales para asegurar que la comunicación política siga siendo una herramienta poderosa para el bien común, promoviendo la democracia y el comportamiento ético desde la integridad.

PRINCIPALES INDICADORES PARA MEDIR LA CALIDAD DE LA DEMOCRACIA

Jorge Arias Faraci

Consultor especializado en América Latina
Director del Índice de Desarrollo Democrático de América Latina IDD-LAT y de México IDD-MEX

Ayer tuvimos una fructífera reunión de trabajo, donde compartimos preocupaciones, temores y angustias en torno a la democracia. El maestro Fara nos dijo que estamos en una especie de guerra, nosotros, los demócratas, viendo cómo esta democracia que tanto prometía parece quedarse corta. Carlos nos recordaba aquella frase de Alfonsín: *"Con la democracia se come, se cura, se educa",* pronunciada con emoción durante el retorno democrático en Argentina, mientras recitaba el preámbulo de la Constitución Nacional. Todos llenábamos el pecho de orgullo; veníamos de la noche de la dictadura y, sospechábamos que la democracia nos devolvería todo lo perdido y, al menos, nos traería libertades, el fin del silencio y la represión.

Personalmente, viví 2 años fuera de mi país por causa de aquella dictadura. Desde entonces han pasado 40 años. Comenzamos la democracia con un 4% o 5% de pobreza en Argentina, y ayer conocimos el último índice: 52%. En apenas seis meses, pese a las medidas económicas del nuevo gobierno, la pobreza ha crecido significativamente. Esto no es solo un problema económico, sino un síntoma profundo de nuestro sistema. ¿Qué pasó con aquella promesa? ¿Por qué no logramos comer, educarnos y cuidar nuestra salud como soñamos? ¿Acaso todos somos perversos? ¿Es un problema de la sociedad argentina? Tal vez haya componentes culturales que nos dificultan avanzar, pero lo cierto es que todos queríamos construir una mejor democracia. Sin embargo, la que logramos parece estar lejos de aquello que deseábamos.

La democracia, en mi opinión, es un bien social complejo. Es una construcción colectiva que, en un momento dado, refleja el estado y los

caminos por los que transita una sociedad. Debería apuntar al bien común y al desarrollo de los pueblos, pero el sistema actual parece haber derivado en una mezcla de bloqueos, ineptitud en la formulación e implementación de políticas públicas, y la incapacidad de construir un espacio público civilizado. Las concentraciones de poder político y cultural han contribuido en limitar esa búsqueda del bien común.

El maestro Fara citaba a Churchill: *"La democracia es la peor forma de gobierno, con excepción de todas las demás que han sido intentadas alguna vez"*. Es cierto, la democracia es imperfecta, pero sigue siendo la mejor construcción socia de la civilización para una convivencia pacífica. Sin embargo, la crisis actual en la organización y funcionamiento del sistema político impacta de lleno en la democracia. El presidencialismo, los partidos oficiales, los corporativismos y los intereses ocultos que operan para condicionar su evolución han contribuido a esta crisis. Todo esto ha llevado a un aumento de las autocracias, donde los líderes empiezan a manipular las reglas del sistema en su favor, convirtiendo lo que debería ser un proyecto colectivo en un negocio personal o sectorial.

No soy un académico de nota ni tampoco un experto en teoría democrática, sino simplemente un observador privilegiado, hijo de un obrero azucarero tucumano, que tuvo la oportunidad de formarse y analizar el funcionamiento de las democracias en América Latina. Con un equipo profesional, construimos una metodología para medir el desarrollo democrático. La idea surgió cuando, en los años 90, me tocó analizar el Índice de Desarrollo Humano de Naciones Unidas. Este índice clasificaba países con solo tres indicadores, sin considerar sus contextos históricos, culturales o de infraestructura. Para mí, eso era un diagnóstico inmovilizador, útil solo para decir que los avanzados seguirían avanzando y los rezagados quedarían más atrás. Así que nos propusimos crear una herramienta que refleje mejor nuestra realidad latinoamericana, con este índice de desarrollo democrático.

Durante estos días, hemos discutido sobre los retos y los problemas que enfrenta la democracia. Me parece crucial detenernos en un punto central: la ruptura del *afecto societatis*, ese vínculo que unía a los

ciudadanos con el sistema democrático. Para explicarlo, me gusta recurrir a la fábula de las hormigas y las cucarachas. Las hormigas trabajaban con esfuerzo y organización para producir, mientras que las cucarachas, sin contribuir, se aprovechaban del trabajo de las primeras. Llegó un momento en que las hormigas dijeron: *"Esto no puede continuar, con tanta cucaracha"*, y contrataron un fumigador, sin darse cuenta que la "solución" significaba su propio exterminio.

En nuestra realidad, sucede algo similar: cuando sentimos que el sistema no responde a nuestras necesidades, buscamos culpables y soluciones drásticas, sin reflexionar sobre nuestro propio rol en el problema. También discutimos aquí esa tendencia simplista de pensar que, cambiando una pieza del sistema, como si fuera un engranaje roto, resolveremos todos los problemas.

Sin embargo, el problema no es el diseño institucional, porque América Latina cuenta con muchas de las instituciones modernas ideadas para mejorar la democracia. Lo que falla es algo más profundo: la desconexión entre el sistema y las personas, la incapacidad de convocar y enamorar a los ciudadanos.

La corrupción, por ejemplo, es uno de los hechos que socava fuertemente la confianza ciudadana. Una democracia donde los líderes se apropian de los recursos colectivos no puede prosperar ni inspirar. Por más controles y observatorios que se establezcan, mientras persistan estos abusos, será difícil revertir la crisis democrática que vivimos.

Analizando casos concretos que ilustran los retos de la democracia, vale destacar lo que sucede en Argentina. El presidente Javier Milei, a pesar de criticar continuamente a la "casta política" y al nepotismo, modificó la legislación para que su hermana pudiera asumir como secretaria general de la Presidencia. En palabras de Milei, él es solo un "comunicador", y su hermana, la verdadera "profeta" de su movimiento.

Estos nuevos gobiernos suelen generar un renovado ciclo de esperanza en los procesos electorales, una suerte de "revival" donde los ciudadanos eligen creer que, esta vez, las cosas mejorarán. Pero con frecuen-

cia, tras las elecciones, la realidad no cambia, o incluso empeora. Este fenómeno refleja no solo las limitaciones estructurales del sistema, sino también el desencanto que surge cuando las promesas se desvanecen rápidamente.

Además, el sistema político está atravesado por crisis y fenómenos que complican su funcionamiento. La participación ciudadana, por ejemplo, sigue siendo un reto en América Latina, donde muchos ciudadanos no comprenden plenamente su rol. A menudo, la única interacción con el sistema es el día de las elecciones, frecuentemente condicionado por prácticas clientelistas: el intercambio de bienes o favores por votos. Llegamos al extremo de tener un gobernador que regalaba un par de zapatillas: el pie izquierdo antes de la elección y el derecho solo si ganaba. Este nivel de degradación del sistema político persiste, incluso en una era en la que todo puede ser documentado y difundido en redes sociales.

Otro problema crítico es el aumento de líderes populistas o movimientos antipolíticos que se presentan como salvadores, pero a menudo agravan la crisis institucional. Por ejemplo, en Argentina, es paradójico que elegimos a un presidente que declara abiertamente su intención de "destruir el Estado". Este voto de castigo o bronca es una reacción primaria, nacida de la frustración y el desencanto, pero sin una visión constructiva.

La polarización extrema también contribuye al deterioro del tejido social. Hoy, las "tribus virtuales" trascienden fronteras físicas, uniendo a personas en torno a figuras o ideologías, como Trump, Bolsonaro o Milei, creando un sentido de pertenencia más fuerte que los vínculos familiares o comunitarios. La diferencia ahora es que estas tribus no están en territorios lejanos, sino dentro de nuestras propias familias, enfrentándonos a nuestros seres cercanos. Este fenómeno alimenta el rechazo visceral al otro, al que, en términos de la fábula mencionada, calificaremos como “cucaracha” simplemente porque no comparte nuestros pensamientos.

En este contexto, los partidos tradicionales no logran interpretar las

demandas sociales. La democracia electoral se ha vaciado de contenido transformador, convirtiéndose en un mero ritual sin sustancia real.

Un caso especialmente relevante para este análisis es el de Chile. Durante años, Chile fue percibido como un modelo de democracia estable y funcional en América Latina. Sin embargo, la crisis social de 2019 reveló profundas fracturas. Según un reciente informe del PNUD, hay cinco claves para entender el funcionamiento de la democracia en estos 20 años:

1. **La desigualdad en múltiples dimensiones**: no solo económica, sino también de género, étnica, territorial y social.

2. **El distanciamiento entre élites y ciudadanía**: los grupos de alto nivel socioeconómico están sobrerrepresentados en los espacios de decisión, dejando fuera a amplios sectores de la población.

3. **La transformación del malestar y el sentido de la urgencia**: áreas como salud, pensiones, el desempleo, educación y seguridad se han vuelto fuentes de inseguridad, generando una percepción de colapso en la sociedad.

4. **Desconfianza institucional generalizada**: el desprestigio afecta tanto a los partidos políticos como a instituciones clave, como el Congreso y el Poder Judicial.

5. **Nuevas formas de involucramiento político**: los movimientos sociales han buscado nuevas formas de expresión y acción, que los actores políticos tradicionales no han sabido canalizar.

El PNUD fue que dijo no era posible anticipar que todos estos factores confluirían para desencadenar acciones colectivas masivas y sostenidas. El estallido pudo haber tardado más años en producirse e incluso podría no haber ocurrido nunca. El estallido social fue la gota que

desbordó un vaso que llevaba años llenándose con malestar acumulado. No fue posible prever el momento exacto.

Los organizadores propusieron el tema de los indicadores para medir la calidad de la democracia. Esto nos lleva a una discusión recurrente en la academia: ¿qué medimos exactamente cuando hablamos de calidad democrática? ¿Es gobernanza, gobernabilidad, o algo más? La democracia es un proceso social complejo, construido colectivamente en un momento histórico determinado, y resulta difícil evaluarlo con precisión sin entender sus múltiples dimensiones, es muy difícil evaluar la calidad de ese proceso.

Por ejemplo, en cualquier proceso de evaluación, como en una fábrica, medir la calidad implica analizar desde la materia prima hasta el producto final, pasando por la maquinaria, los trabajadores y los métodos de producción. De manera similar, al evaluar la democracia, debemos considerar no solo indicadores cuantitativos, sino también cualitativos, como la percepción de los ciudadanos sobre derechos, libertades y calidad de vida. Asimismo, se utilizan modelos de simulación con herramientas computacionales que permiten simular el comportamiento de sistemas complejos y evaluar diferentes escenarios.

Entre los criterios para medir la calidad tenemos:

S*atisfacción del cliente*: si bien el "cliente" en este contexto puede ser un ciudadano, un grupo de interés o incluso una nación, la satisfacción sigue siendo un indicador fundamental. Esto puede medirse a través de encuestas, análisis de redes sociales o indicadores de participación ciudadana.

Eficiencia*:* ¿Se están logrando los objetivos establecidos con el mínimo de recursos? ¿lo que se prometió en la campaña electoral se pudo hacer? Esto puede incluir la medición de tiempos de respuesta, costos por unidad, o el impacto ambiental de las acciones.

Equidad*:* ¿Se están distribuyendo los beneficios y costos de manera justa? Esto involucra análisis de desigualdad, discriminación y acceso a oportunidades.

Transparencia: ¿Se está informando al público de manera clara y oportuna sobre las decisiones y acciones? La transparencia es esencial para fomentar la confianza y la participación ciudadana.

Legitimidad*:* ¿Se perciben las decisiones y acciones como justas y apropiadas? La legitimidad es un concepto más amplio que la legalidad y se relaciona con la aceptación social de las normas y procedimientos.

Impacto*:* ¿Cuál es el efecto a largo plazo de las políticas y acciones? Esto puede incluir indicadores económicos, sociales y ambientales.

Coherencia*:* ¿Las diferentes partes del sistema están trabajando en la misma dirección? La coherencia implica la alineación de políticas, acciones y objetivos.

Adaptabilidad*:* ¿El sistema es capaz de responder a los cambios en el entorno? La adaptabilidad es crucial en un mundo en constante evolución.

Se dice fácil, se hace difícil: medir la calidad en procesos complejos es un desafío que requiere un enfoque multidisciplinario, la combinación de diferentes métodos, la selección de los indicadores adecuados y la utilización de herramientas de análisis apropiadas, sin embargo, nada es tan simple.

Además, en la medición tendremos indicadores, y alguien deberá ocuparse de compatibilizarlos, integrarlos, calcularlos, sacar inferencias y realizar evaluaciones. En este proceso entra en juego la subjetividad, incluso en la propia medición. Por ejemplo, si diseño una encuesta para medir el efecto A, pero salgo a preguntar a la gente sobre el tema B, hay un error técnico evidente. Estoy completamente desenfocado.

La complejidad de estos procesos es considerable, ya que los datos disponibles son limitados. Cuando comenzamos con el diseño de nuestro índice en el año 2001, creamos uno con 89 indicadores que, en teoría, nos permitirían controlar todo lo que queríamos sobre el funcionamiento de la democracia. Sin embargo, al empezar a buscar esos indicadores en la práctica, nos dimos cuenta de las dificultades. El primer golpe duro fue con los partidos políticos: ¿cómo funcio-

nan? ¿Hay democracia dentro de ellos, en ese espacio que debería ser la "campana de cristal" de la democracia? La realidad es que no hay indicadores serios ni mediciones sistemáticas. Tal vez algún país realizó un estudio en algún momento, pero no existe una base de datos confiable para realizar comparaciones año tras año. Entonces, ¿dónde están los datos disponibles? Si quiero medir algo, ¿cómo lo hago? Además, ¿cuál es la causalidad o interdependencia entre los indicadores? En muchos casos, estos están relacionados. Usar dos indicadores que influyen entre sí puede alterar el peso y las relaciones dentro del modelo. Por eso, es necesario definir qué queremos medir.

En nuestro caso, somos fanáticos de medir el desarrollo democrático, no de la calidad de la democracia. Esto se debe a que concebimos la democracia como un bien social complejo, en constante evolución, que depende de condiciones coyunturales, estructurales, culturales e históricas. Para nosotros, la democracia es un camino que cada pueblo construye con las herramientas disponibles, teniendo como objetivo el bien común, la equidad y el desarrollo colectivo. Este ideal incluye todo lo que uno podría imaginar cómo deseable para una democracia. Es un horizonte hacia el cual avanzamos.

El politólogo Guillermo O'Donnell decía que la calidad de la democracia se mide según el grado en que un sistema cumple con estándares normativos y formales en aspectos clave, como el respeto de los derechos civiles y políticos, la transparencia y eficiencia de sus instituciones, la igualdad en la participación política y el estado de derecho. Sin embargo, existen versiones mucho más minimalistas que sostienen que la democracia solo necesita cumplir con elecciones libres y transparentes. Según esta perspectiva, no hay que pedirle nada más a la democracia.

El problema es que esta visión no corresponde con las expectativas de los ciudadanos. Estos esperan que el sistema democrático mejore sus condiciones de vida. Si la democracia no responde con efectividad a esas expectativas, pierde sentido para ellos. En casos extremos, podrían preferir una autocracia o un líder autoritario que imponga un rumbo,

especialmente si sienten que los dirigentes democráticos son ineficaces o irresponsables.

La calidad de la democracia, en muchas ocasiones, se limita al cumplimiento de un conjunto de estándares normativos. Por ejemplo, que haya elecciones libres, que estas se celebren en un periodo determinado y conocido por todos, y que se respeten los reglamentos. Si, además, no se presentan grandes denuncias de fraude y las autoridades se renuevan conforme a lo establecido, parece que eso bastaría. Sin embargo, para nosotros, esa idea de calidad no es suficiente.

Por eso planteamos un enfoque basado en el desarrollo democrático. Este concepto pone énfasis en la capacidad de la democracia para transformarse y adaptarse a las demandas cambiantes de la sociedad. No solo evalúa si el sistema cumple con lo básico, sino también si garantiza y amplía los derechos civiles, políticos, sociales y económicos de forma inclusiva. No podemos conformarnos con una democracia que funcione como lo hacía en 1980, cuando, por ejemplo, la paridad de género no era una prioridad ni figuraba realmente en la agenda de los gobiernos. Hoy, regresar a esos estándares sería inaceptable.

Por eso, el desarrollo democrático también aborda las desigualdades estructurales y promueve un acceso equitativo a las oportunidades y recursos disponibles. En este contexto, definimos el desarrollo democrático como un bien social, una construcción colectiva que está en constante transformación. Este enfoque busca alcanzar acuerdos básicos que permitan generar políticas públicas estables, diseñadas y ejecutadas por el Estado, con el objetivo de promover el bien común y garantizar el desarrollo armónico de la sociedad.

Este concepto de calidad democrática es, obviamente, un ideal. Representa el horizonte hacia el cual desea avanzar la sociedad por el camino de la democracia. Sin embargo, lo que queremos medir no es solo el cumplimiento de ciertos parámetros estáticos, sino también lo dinámico: cómo estamos avanzando colectivamente. La calidad democrática no puede limitarse a evaluar si se cumplieron algunas cuestiones formales, como si hubo elecciones libres o si estas se realizaron según

lo establecido. Lo importante es analizar cómo marcha la sociedad: ¿estamos avanzando con entusiasmo y participación genuina? ¿Estamos logrando transformar la sociedad de manera inclusiva?

Es esencial distinguir entre una participación sustantiva y una participación meramente formal. No basta con que los ciudadanos cumplan con su contrato electoral al votar para elegir a quienes recibirán el bastón de mando de la democracia. También importa que esa participación tenga una sustancia, que los ciudadanos contribuyan activamente a la construcción social como actores fundamentales. A su vez, los líderes democráticos deben estar atentos a las necesidades de su sociedad, "poniendo la oreja en la tierra", escuchando lo que ocurre y ajustando la marcha cuando sea necesario. Por ejemplo, si una parte de la población se está quedando rezagada, el liderazgo debe buscar formas de incluirla. O, si el camino es exitoso, debe ampliarse para integrar a más personas. El liderazgo democrático implica dirigir con responsabilidad, corrigiendo el rumbo cuando es necesario, siempre buscando el bienestar colectivo. Si los dirigentes no cumplen esta función, dejan de ser verdaderos líderes democráticos.

También es importante evaluar no solo la satisfacción formal, basada en si se cumplieron las elecciones y votó un porcentaje significativo de la población, sino la satisfacción real de los ciudadanos: ¿están viendo mejoras en su calidad de vida y en el funcionamiento del sistema democrático?

A partir de estas ideas, diseñamos un índice con 50 indicadores, integrados en cuatro dimensiones, que nos permiten analizar la realidad democrática. Este índice funciona como un diagnóstico integral, similar a un examen médico que mide distintos aspectos del cuerpo humano. Cuando una persona acude al médico, este realiza análisis de sangre, orina o radiografías para evaluar el estado general del organismo. Sin embargo, incluso con esos análisis, es posible que ciertos problemas no sean detectados, lo que nos recuerda las limitaciones de cualquier evaluación. Algo similar ocurre con la democracia: podemos observar ciertos indicadores y pasar por alto otros factores críticos. Por ejemplo, el informe *PNUD* sobre los 20 años de democracia chilena

identificó aspectos importantes, pero no previó algunas crisis que ocurrieron posteriormente. Esto refleja la dificultad de capturar toda la realidad en un análisis.

En nuestro caso, jibarizamos la realidad, seleccionamos indicadores basándonos en lo que está disponible en la estadística nacional. Aunque sería ideal tener un panel de control en tiempo real, alimentado por inteligencia artificial, que monitoree todas las variables de la democracia, alertando sobre riesgos y oportunidades, esa tecnología aún no está plenamente desarrollada. Por ahora, trabajamos con los mejores indicadores disponibles.

Este enfoque nos permite evaluar elementos fundamentales de la democracia y construir herramientas, como nuestro Índice de Desarrollo Democrático, que tiene distintas versiones, como el índice latinoamericano, el mexicano y el argentino. Se basa en cuatro dimensiones de la democracia. Estas dimensiones son como los sistemas del cuerpo humano: el circulatorio, el óseo, el respiratorio y el neurológico. Aunque no podemos garantizar que estamos midiendo todos los elementos necesarios para prever crisis, sí sabemos que estamos observando aspectos esenciales del funcionamiento democrático.

Por ejemplo, desde la perspectiva ciudadana, evaluamos el clima de derechos y libertades, el compromiso con la participación y las amenazas que enfrentan estos derechos, como la inseguridad. ¿De qué sirve que la Constitución garantice libertades si, en ciertos lugares, las personas deben encerrarse en sus casas a las 5 de la tarde porque el espacio público es dominado por delincuentes?

La evaluación democrática no puede limitarse al marco formal de la Constitución y las leyes. Es fundamental analizar cómo funcionan en la práctica la equidad y la inclusión entre diferentes actores sociales: ¿la población indígena, negra o históricamente segregada tiene los mismos derechos? ¿Las mujeres gozan de igualdad? Solo cuando consideramos estos aspectos, podemos hablar de una democracia que avanza hacia la justicia social y la inclusión.

La democracia de las instituciones es posiblemente la más compleja de medir en nuestro índice, pero también, a mi juicio, la más pobre, porque no contamos con los indicadores que realmente nos gustaría tener para evaluar el funcionamiento institucional. Por ejemplo, analizamos la composición del poder legislativo para determinar si existe una diversidad suficiente que represente a los diversos sectores de una sociedad compleja, pero también evaluamos si esa diversidad no genera divisiones que dificulten la gestión de leyes y la obtención de resultados tangibles.

Examinamos cómo se eligen los jueces, cuántas causas se tramitan y resuelven, y si funcionan adecuadamente el ombudsman u otros mecanismos de defensa de los derechos ciudadanos. También evaluamos la relación entre el poder político y la prensa, que supuestamente actúa como el quinto poder de la democracia. Por ejemplo, consideramos si la prensa está amordazada mediante recursos estatales o si existen mecanismos para silenciar o eliminar a periodistas, como lamentablemente ocurre en algunos países de América Latina.

Tratamos de medir todos los grados de *accountability* posibles a través de indicadores que evalúan cómo operan los controles y equilibrios entre los distintos poderes en una república.

Por otro lado, la democracia social y la democracia económica entran en el ámbito de la gestión democrática. Aquí evaluamos cómo se desempeñan áreas como la educación, la salud, el trabajo, la pobreza y la desigualdad. Estos elementos nos muestran si la democracia mejora la calidad de vida de las personas o si, por el contrario, retrocede. En términos económicos, evaluamos si los recursos se recaudan adecuadamente, si los gastos están en equilibrio con esos ingresos y si las deudas contraídas se invierten en progreso o simplemente se utilizan para gasto corriente, lo cual comprometería el futuro. También analizamos la relación entre el Estado y la iniciativa privada, considerando aspectos como la facilidad para abrir una empresa o generar empleo sin trabas excesivas.

Tenemos una aspiración pendiente: incluir una quinta dimensión, la democracia sustentable. Esto aborda cómo las democracias actuales

están manejando los recursos del planeta y si están dejando un entorno ambiental sostenible para las generaciones futuras. Así como medimos si los recursos financieros se usan para construir infraestructura útil, debemos analizar si estamos consumiendo los recursos del planeta de forma responsable.

Cuando analizamos estos índices, debemos tener en cuenta su complejidad. Medir fenómenos sociales involucra múltiples actores y contextos diversos. Cada índice es una abstracción de la realidad; no puede capturar todos los aspectos, pero sí ofrece indicadores que nos permiten identificar puntos críticos y prever problemas. Por ejemplo, en contextos electorales, los ciudadanos suelen sentirse más libres y optimistas, lo que impacta positivamente en algunos indicadores. Sin embargo, al finalizar las elecciones, puede producirse un descenso en la percepción ciudadana, como un efecto postparto donde las expectativas no se cumplen plenamente.

Instrumentos como el índice de desarrollo democrático hacen sentido si se utilizan con criterio -así como hacemos un diagnóstico médico para seguir un plan que mejore nuestra salud personal- estos indicadores serán útiles si, actores comprometidos del sistema democrático los toman para seguir un plan que mejore la democracia, y de ese modo, los indicadores reflejarán mejoras, tendremos una mejor democracia y mejoraremos la vida del conjunto de la sociedad.

En el caso de México, el índice de desarrollo democrático ha generado dinámicas interesantes. Por ejemplo, en estados como Yucatán, que frecuentemente encabeza los rankings del índice, las autoridades suelen celebrarlo y destacar los logros. En cambio, en estados como Guerrero, que suelen estar en los últimos lugares, los gobiernos locales intentan silenciar la información, llegando incluso a influir en los medios para evitar que se discutan los resultados. Sin embargo, han comenzado a surgir iniciativas ciudadanas y académicas en estados como Chiapas, donde se formó un grupo de desarrollo democrático que busca dialogar con actores políticos e institucionales para implementar soluciones concretas.

Un ejemplo clave que abordamos en la dimensión de democracia social es la mortalidad infantil, que refleja la calidad del sistema de salud. Si en un estado mueren 20 niños por cada 1.000 nacidos vivos, mientras que en otro estado con condiciones similares de pobreza e infraestructura sanitaria mueren solo 10, claramente existen fallas que podrían corregirse. Estos indicadores muestran desigualdades evitables y proporcionan información valiosa para identificar áreas de mejora. Sin embargo, si se ignoran o se minimizan los datos, se pierde la oportunidad de intervenir y corregir problemas críticos que afectan directamente a las personas.

En última instancia, los índices sirven como herramientas para diagnosticar problemas y proponer mejoras, pero solo serán efectivos si existe voluntad política y social para utilizarlos como una guía para el cambio. Cambiar la realidad requiere trabajo constante, ladrillo a ladrillo, con políticas públicas efectivas, compromiso ciudadano y la disposición de actores clave para asumir las recomendaciones de estos instrumentos y trabajar en su implementación.

Cuando emprendemos un ejercicio como este, es fundamental diseñar el proceso de manera que involucre a los actores clave. Esto permite que, al identificar problemas a través de un índice o diagnóstico, se puedan acordar soluciones concretas con todas las partes implicadas. Por ejemplo, si un índice nos señala que en una región la mortalidad infantil es un 50% peor que en la región vecina, es crucial que todos —sociedad civil, actores económicos y autoridades— se comprometan a reducir esa brecha en los próximos cinco años mediante políticas específicas.

Un caso que ilustra esto es el de Sergio Massa, quien inició su carrera política como intendente de Tigre, Argentina, el lugar donde vivo. En ese momento, la tasa de mortalidad infantil de Tigre era considerablemente más alta que en los partidos vecinos. Ante esta situación, se implementó un proceso para atender de forma integral a las mujeres embarazadas y sus hijos. Este sistema identificaba a cada mujer embarazada que llegaba a un centro de salud, incluso aquellas que acudían por primera vez en el octavo mes de embarazo, y aseguraba que reci-

bieran los cuidados necesarios. Se implementó un sistema computacional que generaba un plan detallado de cuidados, desde los exámenes médicos que debía realizar la madre durante el embarazo hasta las visitas posteriores para el niño durante los dos primeros años de vida. Este plan incluía también el seguimiento por parte de asistentes sociales, quienes estaban obligadas a buscar a las madres que no asistían a las consultas y a proporcionarles los recursos necesarios. En solo dos años, esta iniciativa logró reducir la tasa de mortalidad infantil de Tigre en un 50%.

Sin embargo, la clave no está solo en los indicadores finales o en la posición en un ranking. Lo importante son los detalles y las acciones concretas, las políticas públicas que surgen a partir de esos datos.

Esto nos lleva a reflexionar sobre la democracia y el rol de cada ciudadano. Como ciudadanos, debemos comprometernos activamente con nuestra comunidad, entender que todos tenemos un rol en este "hormiguero" que es la democracia.

Hoy, el compromiso con la democracia no es opcional; es una obligación. Sin ciudadanos comprometidos ni líderes democráticos, no hay posibilidad de éxito. Es fácil criticar a los políticos, pero debemos preguntarnos: *¿qué hago yo para mejorar mi democracia?*

En resumen, la democracia enfrenta desafíos enormes, pero también tiene herramientas y oportunidades para superarlos. Para ello, debemos trabajar en tres frentes: medir su funcionamiento con precisión, fomentar una ciudadanía activa y fortalecer liderazgos éticos. Eva Perón, en su tiempo, decía "si el pueblo fuera libre y feliz, ser peronista sería un derecho; hoy es una obligación" denunciando un sistema que le parecía injusto. Partiendo del diagnóstico del maestro Fara de que estamos en una guerra, me permito entonces afirmar que ***si la democracia fuera plena y el pueblo feliz, ser militante de la democracia sería una opción. Hoy no es una opción, es una obligación.***

Una democracia sin ciudadanos comprometidos y sin líderes que conduzcan democráticamente hacia el desarrollo, no es democracia.

La tecnología también juega un papel crucial en este proceso. Por ejemplo, estamos desarrollando videojuegos que enseñan a los jóvenes a tomar decisiones responsables. Imaginemos un juego donde un adolescente mexicano deba decidir si construir o no el Tren Maya. Este tren, uno de los proyectos más ambiciosos del presidente López Obrador, enlaza las zonas más pobres de México, pero ha sido muy controversial por los altos costos, el impacto ambiental y los problemas sociales que ha generado, como la afectación de los cenotes y los pueblos originarios de la Península de Yucatán. En este juego, los jóvenes podrían analizar los beneficios y los costos de una obra como esta, enfrentando las mismas decisiones que un gobernante.

Además, debemos pensar en cómo utilizamos las herramientas tecnológicas en general. Conceptos como "la última milla" en servicios como internet o televisión, que definen qué contenido llega al usuario final, pueden aplicarse también a la inteligencia artificial. Actualmente, el debate sobre la inteligencia artificial se centra en las grandes empresas y los algoritmos que controlan la información que consumimos. Pero es igual de importante que los demócratas nos apropiemos de esa "última milla", utilizando la inteligencia artificial para crear ciudadanos más informados y comprometidos.

Finalmente, el desafío es urgente: debemos generar procesos masivos, virales e invasivos para construir ciudadanía y liderazgos democráticos. Cada uno de nosotros debe convertirse en militante de la democracia, comenzando por su propio metro cuadrado. Si no nos comprometemos ahora, estaremos dejando en manos de otros el futuro de nuestra sociedad.

COMENTARIO A PONENCIA PRINCIPALES INDICADORES PARA MEDIR LA CALIDAD DE LA DEMOCRACIA

Enrique Morales Mery

Cientista Político, Master en Estudios Políticos Aplicados, FIIAPP Madrid. España.
Investigador y académico Proyecto Democracia Universidad Miguel de Cervantes.

Antes de partir con lo expuesto por Jorge Arias quiero destacar el telón de fondo planteado tempranamente por Carlos Fara. La tensión entre la emocionalidad y racionalidad hoy en día es fundamental si se quiere entender lo fáctico y su prospectiva. Hay en ello una concatenación de hechos que requieren entendimiento sin reduccionismos racionalistas o emocionales. Requieren ser entendibles y que al mismo tiempo los validemos emocionalmente; para ello es necesario profundizar en su sentido y alcance, tanto teórico como práctico.

Del mismo modo hoy, como proceso en paralelo, con el desarrollo de la domótica, la robótica y la alta tecnología en general, nuestra vida diaria nos sitúa como potenciales seres humanos invisibles. Una invisibilidad que se verifica frente a la automatización e inteligencia artificial que nos rodea y que muchas veces nos sobrepasa de cara a la reflexión y comprensión. Este relato posthumanista instala la amenaza de dominio tecnológico y nos hace dudar de nuestra propia inteligencia a la hora de juzgar y entender la convivencia con estos avances.

Al atender a estas condiciones y dinámicas contemporáneas conectamos con los argumentos centrales de lo planteado por Jorge Arias. La calidad democrática, desde parámetros estáticos o ideales regulatorios, pasa por alto una serie de características sociopolíticas que pueden dar cuenta de fallas o déficits que si fueran observados nos mostrarían un estado más preciso de nuestra salud democrática. El envoltorio del cumplimiento procedimental del tipo poliárquico nos distrae de la necesaria profundización respecto a los vaivenes sociales. En Chile, el

estallido social es un ejemplo claro de una sintomatología no anticipada desde donde la calidad democrática se quedó en un análisis dérmico y eso trajo consecuencias. Uno podría decir que era imposible preverlo, ¿pero realmente no se podía? Parece más bien que teníamos un error de enfoque, como se nos ha planteado muy convincentemente.

Desde ahí se comprende la necesidad de dar el paso hacia el desarrollo democrático lo que implica no solamente un cambio de nombre. No es solamente pasar de calidad a desarrollo sin más, es sondear una realidad no desde una supuesta progresión lineal; la calidad democrática y su cultura de la certificación nos llevaba a respuestas funcionales, a una progresión lineal que al igual que en la discusión análoga desarrollada desde el PNUD, sobre el concepto del desarrollo económico que no consideraba el enfoque y complemento necesario del desarrollo humano, terminaba privilegiando el crecimiento económico. Se mantienen etiquetas que se quedan en esa progresión, como cuando uno se siente domesticado por las nuevas tecnologías y establece parámetros de medición sin profundizar en el conocimiento del contexto, del clima de convivencia, de lo relacional. Aquí se nos plantea una cosa que reafirma y refrenda que estamos frente a un bien social complejo y aquello nos demuestra también el déficit de los análisis previos; cuánto estábamos dejando de ver y porque lo estábamos dejando de ver.

El desarrollo democrático está llamado a entender nuestra historia, nuestra vivencia, nuestra realidad social y esto adentrándose básicamente en los fundamentos sociológicos de la democracia; esto es las bases sociales de la democracia y sus dinámicas resultantes. Aquí hay una invitación holística y dinámica contra la estática inicial, a partir de la teoría y su aplicación se nos muestra un análisis desde la adaptabilidad y la evolución. Si nos hubiéramos quedado sólo con la calidad democrática nos encontraríamos con el contrasentido de no poder explicar porque no somos un oasis. Si bien la institucionalidad cumplía con los índices poliárquicos no mostraba la realidad de la pobreza, la rabia, un grafiti o un prejuicio. Tampoco mostró con claridad el advenimiento de movimientos sociales que disputarían la representatividad e intermediación de los partidos políticos con tal fuerza. Igualmente,

creíamos en la cohesión social y el universalismo y se nos apareció repentinamente el particularismo y la fragmentación. Lo que estaba ocurriendo es que no teníamos componentes de adaptabilidad e inteligibilidad sociopolítica. Nos movíamos según un baremo, un parámetro ideal.

Ese parámetro contiene además el pecado original de pretender entender a la democracia como una democracia liberal que emana directamente del liberalismo. Lo cierto es que los principios democráticos no le pertenecen privativamente al liberalismo; desde la teoría y la práctica corrientes como el conservadurismo, socialismo y comunitarismo, por nombrar algunas, también han contribuido a la formación y consolidación de estos principios[1].

Lo atingente de lo que nos está planteando Jorge es que el concepto de desarrollo significa por tanto un concepto que invita a la expansión, expansión de derechos, expansión de reconocimientos, expansión de visibilización, expansión de entendimiento y al mismo tiempo nos invita a una profundización. Esa profundización naturalmente tiene que ver con evaluar el hecho que, aunque las instituciones estén cumpliendo sus funciones pueden estar deterioradas. Pueden atender en el horario correcto, pero en realidad pueden estar burocratizadas hasta el punto de que necesitemos resiliencia institucional. Lo mismo si tenemos una normativa vetusta o teorías políticas que sigan siendo prescriptivas o unilaterales, ante ello se haría necesaria la flexibilidad normativa. Si tenemos alta población excluida o supuestamente incluida, pero viviendo en un tribalismo replegado y no integrado, necesitamos innovación en la política de inclusión.

Para medir, cuantificar y cualificar el desarrollo democrático, nos propone una visión panorámica. Hasta ahora nosotros, la ciudadanía siendo dinámica, estaba siendo vista como pasiva, muy a tono también

1. Es interesante el trabajo de T.F. Rhoden *The Liberal in Liberal Democracy* en Democratization, Volumen 22, Issue 3, 2015. Este autor separa los componentes liberales de una democracia de aquellos constitutivos del liberalismo como tal. Al hacer esta distinción entre liberalismo y democracia se reconoce lo liberal al interior de la misma y se puede con ello incluir los aportes de otras corrientes sin a su vez enlazar la sobrevivencia del liberalismo a la trayectoria de la democracia liberal.

con el minuto en el que se hizo la estandarización inicial de la democracia, minuto que venía conviviendo con concepciones elitistas, agregativas o de incipiente participación. Justamente la única progresión respecto a la calidad democrática fue respecto a su sentido participativo y en el fondo meramente agregativo.

Para entender el giro lo que realmente invita al desarrollo democrático en el último tiempo es el surgimiento de la democracia deliberativa. La emergencia de una complejidad diversa y dialogante; una democracia deliberativa que pasa del racionalismo al contextualismo. Esa contextualización obviamente sintoniza con lo que se viene hablando acá. Lo planteado por Jorge Arias es que un ciudadano complejo que estaba invisible ahora quiere ser visible, que hay una institucionalidad cumplidora en lo procedimental pero que ahora quiere en alguna manera conversar o dialogar con la ciudadanía[2].

Es importante igualmente que la política pública se estructure, sea tejida, que la decisión, tal como releva el idioma inglés, se haga. Vista así la decisión implica que las políticas públicas se desarrollen en corresponsabilidad desde una dinámica que podríamos llamar una exitosa y virtuosa triangulación entre una ciudadanía, un gobierno y obviamente quienes ponen en práctica esa política pública. Naturalmente esto muestra algo que evoluciona, algo que se adapta, algo que es consciente de la contingencia que lo rodea, ósea si yo quiero seguir pensando en la calidad democrática o en la estandarización o en la métrica inerte voy a seguir pensando en algo que no existe propiamente tal. Estaré dialogando con algo que no está siendo y cuando alguien dialoga con algo que no tiene dinámica lo que ocurre es que se hace imposible la anticipación y predictibilidad. Disminuye la capacidad prospectiva, porque al hablar desde el standard o desde la calidad que no se mueve, lo que hago simplemente es ahondar en la invención de hechos que no tienen correlato en la realidad.

---

2. La clarificación de las tendencias internas del deliberativismo es desarrollada de manera magistral por David Held en la tercera edición de su obra *Models of Democracy* (2006) publicado por Stanford University Press y Polity Press. En el capítulo 9 de la obra distingue el racionalismo de Rawls, Cohen y Dworkin de las perspectivas contextuales de Iris Young, James Tully y otros agonistas deliberativos.

Este forzar la realidad es coincidente con el territorio de los extremos políticos que poseen discursos simplificadores. El fatalismo mesiánico permite a su vez diluir efectivamente a la democracia en un decisionismo al interior de la propia democracia, una figura ajena a los principios básicos, un autoritarismo edulcorado que está ahí paternalistamente conminándonos a decidir. Al mismo tiempo lo que ocurre hoy en día es que quienes no accedemos a la idea del extremo estamos perdiendo relato. Estamos perdiendo relato porque la vida está siendo reducida a un tiro penal, en este minuto incluso si yo soy moderado y el entrenador me llama a lanzar el penal me está pidiendo entonces que me defina y al definirme estoy reduciendo el campo de acción. Estoy cayendo en esa estandarización reduccionista que no da cuenta de una realidad más compleja. No emula a la naranja mecánica del 74 que era algo que ocurría en equipo, en conjunto y que tenía un propósito, un efecto y un producto que era integrado.

Lo que yo he venido entendiendo por desarrollo democrático implica adaptabilidad, evolución y propósito de integración. La democratización enlaza el acto de decidir con el de deliberar; para medir, cuantificar y cualificar aquello tenemos que perfeccionar los instrumentos, las técnicas. El sondear y profundizar hace preciso entrar en el cuerpo político y social de una forma inteligente para así leer correctamente lo que es presente y futuro. No voy a entrar en resonancias éticas, pero si uno aspira, considerando anhelos y compromisos con la democracia, a contribuir a su desarrollo, es crucial identificar los bienes comunes. Pero eso que es un bien, que es bueno, no se deja ver de un día para otro.

Siento que debido a la tendencia de la calidad y su certificación se han privilegiado soluciones prediseñadas imbuidas a veces de una cultura del encasillamiento. La polarización, el populismo y el personalismo requieren, para sobrevivir en una sociedad compleja, simplificar y hacernos creer que vivimos en un estadio de barras bravas, en un clásico de futbol, donde lo importante es que no haya tonalidades grises; que con todo el coraje del mundo lances el penal y definas. El desarrollo democrático, en cambio, es una invitación a los demócratas al pensamiento matizado, a las políticas de mediano y largo plazo, a la

adaptabilidad y a la evolución. La tarea futura, el desafío planteado, es sostener una concepción inconclusa, inacabada de la democracia, porque para recetas está la cocina. Si sigo creyendo que la democracia se reduce a la ideologización, estandarización o a la simplificación, voy a seguir pensando que la solución, el entendimiento, la comprehensión, aquella que abraza, y es un asir de realidad, no me toca a mí, no me concierne a mí. Ante eso va a venir un tercero y me va a dar la simbología, las instrucciones. Si eso es lo que esperamos, como diría Jorge Drexler: "Si quieres que algo se muera déjalo quieto".

POR UNA NUEVA ILUSTRACIÓN POLÍTICA

Enrique San Miguel Pérez

Catedrático de la Universidad Rey Juan Carlos
Profesor Visitante de la Universidad Miguel de Cervantes

Introducción. La Luz De Los Veranos

"Hay, pues, que restaurar el Estado. Hay que delimitar sus funciones y, en el ejercicio de éstas, reintegrarle a la suprema autoridad que le corresponde. Hay que constituirle de manera que sea no el supuesto creador, sino el servidor y el defensor del derecho. Hay que hacerle accesible y permeable a la opinión pública, a la crítica constructiva de los ciudadanos y de los grupos. Hay que organizarle de manera que sus instituciones legislativas y gubernamentales procedan de la elección popular y sean periódicamente renovadas por esta elección. En una palabra, hay que volver al concepto de un Estado de Derecho, nacional, democrático, representado por organismos electivos, abierto a la crítica de la opinión, constitucionalmente incapacitado para cometer extralimitaciones; imparcial, comedido y respetuoso. Pero, una vez constituido *ese* Estado, su autoridad y sus autoridades serán respetadas inexorablemente. Hay que acabar con la siniestra broma de que los mismos que eligieron una asamblea legislativa y un Gobierno., les desobedezcan en cuanto no les dan satisfacción. Hay que acabar también con la política del perro del hortelano, la de los que no gobiernan ni dejan gobernar. Hay que impedir que 'quienes no dejaban gobernar' acaben mal gobernando y desgobernando… Hay que devolver al Estado su propio sentido jurídico, su carácter democrático, la ponderada normalidad de su misión, y con ello su AUTORIDAD (sic). Hay que hacer un Estado *decente,* y con ello, soberano, recordando que un Estado así es la residencia y el sustento de todos los derechos y de todas las libertades".

Es decir: un Estado de Derecho. Cuando en 1961 se cumplió el vigésimo quinto aniversario del golpe de Estado que dio comienzo a la Guerra Civil española, se publicó en Nueva York *Una República para España,* un voluminoso tratado en el que confluían la Historia y la Teoría del Derecho y el Derecho Constitucional para explicar las bases del proyecto de Estado al que estaba llamada la España que cumplía un cuarto de siglo en dictadura. Unas bases que, por cierto, se corresponden fielmente con el sistema constitucional de 1978 vigente. Felizmente vigente sistema constitucional de 1978.

Su autor era el ministro "delegado" de Estado del gobierno republicano en el exilio: José María Semprún Gurrea. Profesor de Filosofía del Derecho, madrileño del Madrid de los Austrias, católico, personalista de la primera hora, corresponsal general para España del movimiento *Esprit* de Emmanuel Mounier, e inspirado por una profunda vocación social, había contraído matrimonio con Susana Maura Gamazo, hija del más relevante líder en la historia del conservadurismo español, el mallorquín Antonio Maura y Montaner. Adherido al ideal republicano desde su juventud, e integrado en la Agrupación al Servicio de la República, pronto se le unió en el ideal republicano su cuñado Miguel Maura, fundador de la Derecha Liberal Republicana, pero no su también cuñado Germán Maura, heredero del título ducal con el que Alfonso XIII ennobleció a su familia política, y partidario de la Monarquía hasta el final de sus días, en plena dictadura.

Al proclamarse la República, José María Semprún fue nombrado gobernador civil de Toledo con el objetivo de las nuevas autoridades de establecer un diálogo con Pedro Segura, el cardenal-primado (aunque más antigua es la sede episcopal de Tarragona), y cuando ese diálogo se reveló imposible, por parte del cardenal, Semprún fue designado gobernador civil de Santander, entre junio y octubre de 1931. Y en la capital de Cantabria, entre la primera playa del Sardinero y el Hotel Real, habría de pasar su familia, antes del prematuro fallecimiento de Susana Maura, los veranos, optando por la villa vizcaína de Lequeitio tras su segundo matrimonio. Desde Lequeitio, precisamente, los Semprún Maura abandonarían el país el verano de 1936. José María, nombrado encargado de negocios con el rango de embajador de España

ante los Países Bajos, no habría de regresar, falleciendo en 1966 en su exilio romano.

Pero sí que volvieron sus hijos. El más célebre, Jorge, militante en la Resistencia, apresado por la Gestapo durante la II Guerra Mundial, superviviente del campo de concentración de Buchenwald, unido al Partido Comunista, habría de convertirse en el enlace entre el Comité Central en el exilio y el comunismo del interior, liderado por Julián Grimau hasta su detención por la policía secreta franquista, tortura, simulacro de juicio y asesinato en 1963, a pesar de los esfuerzos de la comunidad internacional, liderada por el Papa Juan XXIII. Jorge Semprún habría de enfrentarse a la férrea obediencia soviética de sus camaradas en unión de Fernando Claudín, siendo ambos expulsados en 1968. Comenzaba la carrera de Jorge Semprún como guionista de películas tan imprescindibles como *La guerra ha terminado,* de Alain Resnais, y *La confesión,* de Constantin Costa-Gavras, pero también del novelista en obras como *El largo viaje*, *Autobiografía de Federico Sánchez* y *Adiós, luz de veranos.* Y, como era costumbre en los Maura, fue nombrado ministro de Cultura entre 1988 y 1991, siendo presidente Felipe González, liderando la consecución de la colección Thyssen-Bornemisza para España, una gestión iniciada por su predecesor, Javier Solana, y culminada por su sucesor, Jordi Solé Tura. Siendo presidente de la República en pleno comienzo de la Guerra Civil, Manuel Azaña dijo que, para España, el Museo del Prado era más importante que la República. Así que permitidme que recuerde aquí al presidente y a los tres ministros que se ocuparon en España de algo tan importante como conseguir que el mejor lugar del mundo para ver pintura, y toda la pintura, sea Madrid.

A partir de 1949 José María Semprún se había establecido en Roma como "ministro con misión en Europa" en el gobierno presidido por Álvaro de Albornoz. En 1951, y hasta 1960, se convirtió en ministro sin cartera en el gobierno de Félix Gordón Ordás, y entre 1960 y 1962 "ministro delegado" en el gobierno de Emilio Herrera Linares. Su cometido, como socialcristiano, el último de los grandes políticos católicos y republicanos todavía con vida tras el fallecimiento de figuras como Niceto Alcalá-Zamora y Ángel Ossorio y Gallardo en su exilio

en Buenos Aires, era liderar unas fluidas relaciones entre el gobierno de la República en el exilio y la Santa Sede en plena ofensiva diplomática de la dictadura franquista para conseguir el respaldo pontificio. Pero también establecer un diálogo con la República italiana, cuyo gobierno presidía su admirado Alcide de Gasperi, a partir de la abierta simpatía de Semprún por la Dc, y habida cuenta de su común antifascismo y aversión por todas las formas del totalitarismo. Ambas misiones institucionales de José María Semprún, hombre recto y honesto, pero también, según su hijo Jorge, incapaz de convivir con la aspereza de la vida cotidiana, y carente de todo sentido práctico, habrían de despertar enormes simpatías, pero entre escasos y nulos resultados políticos e institucionales. La dictadura, avalada por los Estados Unidos tras el acuerdo entre Franco y el presidente Eisenhower, y la consiguiente instalación de bases estadounidenses de tanta relevancia estratégica como Rota a partir de 1953, un acuerdo muy plásticamente sancionado por el abrazo de ambos mandatarios en el Aeropuerto de Barajas en 1959, habría de prorrogar la dominación sobre la ciudadanía española hasta 1975.

Nadie fue más consciente del significado de la alianza entre la España franquista y los Estados Unidos que el ministro delegado de la República en Roma. Y por eso elaboró un auténtico manual para una Ilustración contemporánea, cristiana, democrática y republicana. Semprún trabajó partiendo de la nueva realidad internacional, hostil al republicanismo español, pero también de su crítica al sistema constitucional de 1931 en cuanto al tratamiento de la cuestión religiosa y de la libertad de enseñanza y de participación de las congregaciones religiosas en la actividad educativa, que Semprún Gurrea defendía, como todas las libertades fundamentales, una crítica lealmente republicana, razonada y abierta. Una crítica que le ubicaba en el espacio de incomodidad y desconfianza sospechosas en el que lleva habitando más de un siglo el catolicismo social español, vituperado por el integrismo, de tan proclamada como falsa filiación católica, y respetado, pero no considerado como opción afín, por la izquierda clásica. Un espacio vital en el que el deber de incomodidad al que nos convocaba Emmanuel Mounier cuenta, siempre, e invariablemente, con la simpatía, el calor,

la compresión y la empatía de los estudiantes, nacidos para ser libres o, como diría Bruce Springsteen, para correr. Y nosotros, sus profesores, para correr con ellos. Acaso, la comprensión, la empatía y la libertad de hoy constituyan los cimientos de una propuesta política mañana.

1. Ilustración como Estado de Conciencia

Jorge Semprún, que tras ser un leal ministro de la Monarquía parlamentaria, y defensor de su histórico papel en la España constitucional y de las libertades, quiso ser enterrado cubierto por la bandera de la II República española, era la evocación permanente del recuerdo, ese tormento feliz que nos acompaña a cuantos hemos vivido, trabajado, amado, leído y escrito cuanto hemos podido, y sabemos, como Clive Staples Lewis, que la felicidad de ahora es parte del dolor de entonces, y el dolor de ahora es parte de la felicidad de entonces. Y, en ese recuerdo, el pensamiento de su padre José María dejaba dos poderosas obras fundamentales que anuncian la base de una Ilustración política para nuestro tiempo:

En los días finales de 1931, se publicó en Madrid *República, Libertad, Estatismo,* un libro en el que José María Semprún reunía artículos publicados entre 1930 y 1931, en su mayor parte en el diario republicano *La Voz de Cantabria,* tierra muy especialmente querida por los Semprún Maura, para enunciar algunos conceptos fundamentales. Debo decir que, igual que Erwin Panofsky demostró en *Renacimiento y renacimientos en el arte occidental* que el "Renacimiento" no se corresponde con una época determinada de la historia, sino con un proceso transformador del pensamiento y de las formas de creación que se reproducen en la historia desde, al menos, los siglos XI y XII, yo entiendo la Ilustración, también, como un impulso histórico que se sucede, sobrepasando el siglo XVIII, las levitas, y las pelucas enharinadas. Y que creo que José María Semprún dio con una fórmula mucho más explicativa que el historiador de Hannover cuando acuñó una concepción que expresa muy bien el espíritu de cada tiempo: el "estado de conciencia". Me gustaría razonar, en diez renglones, cómo ese

estado de conciencia adquiere perfiles ilustrados en un socialcristiano español del siglo XX:

- La Ilustración encierra una "infinita piedad" por la ciudadanía doliente que sigue habitando en España. Y eso significa que ha de impulsar el deber de proceder a su "elevación moral y material", y a la participación en la producción y gestión de los bienes.

- El Estado de Derecho y el sistema democrático son imposibles sin una "vasta, amplísima zona media" en el plano social.

- No hay democracia sin una lectura atenta, pragmática y responsable de la realidad.

- No hay democracia sin la existencia de un "estado de conciencia" compartido, de un clima que proviene de la maduración y despliegue externo de la libertad interior. El sistema constitucional perdurará en la medida en que se extienda ese estado de conciencia.

- Ese estado de conciencia ilustrado sale de los salones de Edimburgo, de París, o de Weimar para enraizarse en la realidad de la vida áspera y exigente, pero también llena de alegría y de oportunidades, de una nueva clase media en formación cuya existencia constituye la garantía del proyecto democrático.

- O, dicho en titulares, la Ilustración es el estado de conciencia de la centralidad democrática.

- En términos históricos, ¿a qué universo social y profesional pertenecían los ilustrados del siglo XVIII, o los constituyentes del Estado social y democrático de Derecho en el siglo XX? Todo cuanto en términos democráticos sucede pertenece a la clase media.

- Regresando al Semprún Gurrea de 1931, el Estado de Derecho es instrumento y procedimiento. El instrumento es el pueblo, y el procedimiento la libertad y la democracia.

● Y eso significa que el Estado de Derecho es función de libertad y democracia.

●Pero Estado de Derecho y sistema democrático no disfrutan de existencia posible si la política no opera en la realidad social. De nuevo, la política es historicidad.

Un cuarto de siglo después, en 1956, de nuevo José María Semprún publica, y esta vez en Nueva York, *España en la encrucijada.* En pleno compromiso con la institucionalidad republicana en el exilio, veinte años después del comienzo de la Guerra Civil, cuando los estudiantes se rebelan contra la universidad franquista, un movimiento, por cierto, en el que su hijo Jorge tiene ya una directa incidencia, los razonamientos ilustrados y cristianos de Semprún Gurrea parten de la gigantesca tragedia española, y sus enseñanzas para la historia y para la historicidad:

●El actuar de los seres humanos, en la historia y ante la historia, es diverso. No hay proyecto democrático posible si su punto de partida no es el reconocimiento de la pluralidad, y en todas sus manifestaciones.

●Estado de Derecho y Constitución quieren decir colaboración a partir de la comprensión recíproca.

● La fractura y la polarización, en una sociedad, no provienen del odio o del resentimiento, por más que puedan llegar a manifestarse ambas inclinaciones. La fractura proviene siempre de la incomprensión.

●Y eso significa que la democracia, como sistema, es decir, los demócratas, porque la democracia es la suma de todos los demócratas más el espacio que roturamos para quienes, no siéndolo, quieran un día unirse a nosotros, debe y debemos proceder a un permanente examen de nuestros actos. La audacia del saber de la Ilustración kantiana es hoy menos necesaria que la audacia del reconocimiento del error, de la solicitud del

perdón, y de la preservación de la amistad cívica y la fraternidad social.

●El valor de servirse de la propia inteligencia de la Filosofía de la Historia del paseante por Königsberg ha crecido para exigir, hoy, el valor de vivir con el corazón.

●Mi maestro italiano, Giuseppe Galasso, uno de los creadores e impulsores del PD en Italia desde posiciones laicas, republicanas y liberal-clásicas, llamaba a ese esfuerzo de comprensión recíproca y construcción compartida "pasión fría". Quizás, en castellano, la *passione fredda* quiere más bien decir "pasión serena". Pasión responsable y consciente. Pasión, en definitiva, abierta.

●Dentro de esta nueva Ilustración contemporánea, la naturaleza constitucional, democrática y parlamentaria de todo proyecto nacional que nació en el siglo XVIII se consolida. Pero el significado del patriotismo, para José María Semprún, reviste características muy concretas: lo patriótico es pagar impuestos, servir a la ciudadanía, trabajar con honestidad, comprometerse en la vida pública, cívica y política, y convertir la cohesión social y territorial en un mandato prioritario. Un ilustrado, en el siglo XXI, sigue queriendo y haciendo todo esto.

● El amor a la patria, para un demócrata, es visible, o, como decía José María Semprún Gurrea, "tangible". Para muchos de nuestros conciudadanos, por supuesto, con toda la legitimidad, se identifica con acontecimientos, con procesos, acontecimientos y protagonistas de la historia, o con determinados accidentes geográficos, o con la música, las costumbres, incluso las especialidades gastronómicas… Todo mi respeto para ellos. El patriotismo que propone la Ilustración, en el siglo XX, y con igual convicción en nuestro tiempo, en el siglo XXI, es una relación humana, un vínculo personal, unos lazos entre seres humanos con mirada y horizonte comunes. A mi modo de ver, más que un conjunto de sentimientos que merecen toda nuestra comprensión, la asunción de obligaciones y deberes.

● Y, tomando el "mito de Roma" como referencia, maravilloso su análisis por Manuel García Pelayo, la "Ciudad" política que compartimos como seres humanos, como personas y como comunidad, constituye un "Centro", y no una "Cabeza". No nos dirige. La habitamos. La centralidad ilustrada es también una centralidad patriótica.

● Y eso significa que la mentalidad ilustrada, en el siglo XX, pero también en el XXI, no puede pretender hacer tabla rasa del pasado, como los primeros ilustrados, inmolando lengua, identidad, cultura, costumbres y sentimientos en el altar de la diosa razón. El madrileño José María Semprún pone el ejemplo de Cataluña y su Generalitat. ¿Puede el presidente de la Generalitat en el exilio -en 1956, de hecho, desde 1954, Josep Tarradellas- ignorar la identidad, la lengua, la historia y la personalidad política de Cataluña? La Ilustración política no pretende entrar en guerra con la realidad en nombre de la virtud. La Ilustración política es la expresión responsable de la realidad. De toda ella. De espaldas a la realidad, la política se convierte en melancolía.

2. Ilustración como Estilo

La Ilustración, en nuestro tiempo, así pues, no proviene ya de la necesidad de superar el Antiguo Régimen a través de la igualdad ante la ley, la moralidad en el corazón, y la inspiración del cielo y las estrellas que brillan sobre nosotros. Quienes disfrutamos la fortuna de habitar en esta Era, la más extraordinaria de la historia, estamos sometidos a una memoria que se conjuga y se escinde al mismo tiempo: la del terrible siglo XX. Venimos de la conciencia de la belleza y la conciencia del horror; de la explotación y de la fraternidad; de la opresión y de la emancipación; del egoísmo y del desprendimiento.

La nueva Ilustración no se enfrenta a un régimen despótico que no reconoce los más elementos derechos y libertades, la soberanía del pueblo, el imperio de la ley, la independencia de los poderes públicos y su división, los controles y equilibrios entre las instancias públicas, la aplicación de la regla de las mayorías desde el respeto a las minorías, la

centralidad de la vida pública, la preeminencia de la vida y de la dignidad humanas, únicas, irrepetibles e insustituibles, y el respeto por la conciencia también única de cada ser humano, leal a la ley moral, consciente de sus obligaciones y de sus responsabilidades como servidor del bien común en cuanto ciudadano. La nueva Ilustración ha experimentado la huella de los discursos y regímenes autoritarios y totalitarios. Pero, como diría Gabriel Celaya en su poema *España, en marcha,* no "damos cuerda al recuerdo". La mentalidad ilustrada se distingue porque anuncia el futuro.

La nueva Ilustración nace como una Ilustración del cuidado de los seres humanos. Las luces de este siglo nos emancipan para servir, atender, escuchar y estar cerca de nuestros semejantes. Para recibir sin límite de tiempo. Para que despachos y aulas den comienzo a conversaciones interminables.

Porque Ilustración exige una persuasión democrática sólo posible a través del testimonio. La primera tarea, y también la más difícil. La esencia de la democracia pertenece a la vida moral, decía Aldo Moro en su elogio fúnebre de Alcide de Gasperi. Una vez más, permitidme que acuda al cine para poder explicar con nitidez todo cuanto, sin el cine, resultaría seguramente confuso. Hay una película de Jean Renoir, la primera de su exilio en Estados Unidos durante la ocupación nazi de Francia, rodada en 1943 y protagonizada nada menos que por Charles Laughton, Maureen O'Hara, George Sanders y Claude Rains, llamada *Esta tierra es mía (This Land is Mine*) que protagoniza un profesor de escuela primaria pusilánime, o más bien cobarde, que tras el martirio de su maestro decide asumir su responsabilidad y enfrentarse no únicamente a la violencia totalitaria, sino al colaboracionismo, pero también a su propio silencio y el de sus conciudadanos. Sus últimos minutos como hombre libre los dedica a regresar a su aula, y leer a sus estudiantes la *Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano.* No conozco a nadie que no llore, y a lágrima viva, cuando Laughton se despide de su clase pronunciando las dos palabras con la que todo profesor digno de esa denominación deberá un día dar término a su dedicación, su ilusión y su permanente creación: "adiós, ciudadanos". Y eso significa que ese estado de conciencia habita entre nosotros, nos

alienta y nos ilumina. Especialmente, cuando hemos crecido en una atmósfera en donde democracia y libertad eran conceptos centrales en plane dictadura.

La adopción de principios firmes, sólidos, intemporales e inmutables es una regla de conducta verdaderamente admirable. Pero los principios exigen la elaboración de un pensamiento. Y un pensamiento que no conduce a la acción es un pensamiento estéril. No sirve de nada pensar si pensar es todo cuanto hacemos. La lectura de *Pensamiento y Acción* de Eduardo Frei Montalva viene siempre muy bien si, por un momento, algún presunto intelectual ha pretendido olvidar por qué o, mejor dicho, para quienes pensamos. Y no es por y para nosotros. El que piensa en sí mismo está ya muerto. Se ha resignado a la mediocridad. No existe ninguna forma de egoísmo ilustrado. El egoísmo, como el individualismo, es un término que carece de adjetivos o de posible matización. El egoísmo es más puro que cualquiera de los elementos de la tabla periódica.

El Estado de Derecho es el resultado de esa acción ilustrada en la historia. Un sistema constitucional, democrático y parlamentario cuya defensa ha conducido a cientos de miles de demócratas españoles, en su mayoría católicos, por cierto, al exilio, y tanto exterior como interior, la tortura, el asesinato bárbaro, los simulacros de juicios sumarios, la depuración, el ostracismo, el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo, que juzgó a mi abuelo materno, Amado Pérez Abascal, oficial republicano, y católico, insisto, como mayoría de quienes eran acusados de lo que no eran; podéis consultar su expediente en el Centro Documental de la Memoria Histórica. En el caso de mi abuelo, simpatizante de la CEDA, por comunismo. El Tribunal, por cierto, no desapareció hasta el 2 de diciembre de 1963.

Por eso, resulta un verdadero sarcasmo, perdonadme el inciso, que los herederos de la coalición golpista entre totalitarios, integristas y absolutistas, algunos de ellos antiguos militantes de organizaciones criminales y totalitarias que tanto en España como en el resto de Europa llevaron a los demócratas españoles al patíbulo de la historia y estable-

cieron una sanguinaria dictadura, se permitan pretender dar lecciones de legitimidad política y lealtad constitucional en 2024.

Pero en este viaje por la racionalidad del recuerdo, porque el recuerdo obedece también a una fundamentación racional, y ya demostró Marcel Proust la lógica profunda de la vivencia y la emoción que se depositan mansamente en nuestra memoria, siempre vivas, con sus sabores, sus olores, sus voces, sus localizaciones y, sobre todo, sus protagonistas y nuestros pensamientos de entonces, instalados para siempre en nuestra conciencia necesariamente debo también acudir al impacto que, como historiador del Derecho, me produjo Martin Kriele. Un historiador del Derecho alemán inspirado por el socialcristianismo, comprometido con el sistema constitucional de la Ley Fundamental de 1949, que en libros como *El método de trabajo de la Historia del Derecho* ejerció una decisiva influencia sobre algunos de nosotros. Una influencia que se prolongó en sus libros sobre Derecho constitucional histórico, y en donde la historia de las ideas políticas inspiraba el examen de las más contemporáneas formas jurídicas e institucionales, dotando a la historia de los sistemas de Derecho de una visión mucho más rica en imágenes y en sugerencias que el mero análisis de fuentes, construyendo esquemas de interpretación que recordaban a quienes, como Otto Hintze, Ludwig Mitteis o Hermann Heller fueron perseguidos por el nazismo por ilustrados, demócratas e inteligentes.

Pero es *Liberación e Ilustración. Defensa de los derechos humanos,* traducida, además, al castellano, obra amena, original, sólida y trepidante al mismo tiempo, en donde el análisis histórico de Kriele se despliega con más naturalidad, como es su cometido, sobre todas las dimensiones emancipadoras de una mentalidad ilustrada que, en nuestro tiempo, adquiere diez esenciales resonancias con las me gustaría encaminarme hacia el tramo final de esta contribución:

- Ilustración significa superación de la injusticia.
- La injusticia se supera a partir de su experiencia vivencial en la historia, y la definición de las instituciones del Estado de Derecho como el camino para la emancipación humana.

●La idea ilustrada de progreso, por tanto, contra la mayor parte de sus lecturas tópicas, no conduce tanto hacia un ideal de libertad como a la instalación de la justicia en la realidad. Según Martin Kriele, la libertad se conquista a través de la justicia, y no al revés.

● No pretende con ello, el antiguo juez del Tribunal Constitucional del *Land* de Renania del Norte-Westfalia, proceder a una enmienda a la totalidad de la lógica liberal, sino proponer una Ilustración basada en la racionalidad jurídica, que propugna la derogación del derecho injusto a través de la implantación del derecho justo, en los tránsitos del autoritarismo a la democracia, pero también avanzar hacia un ordenamiento cada vez más justo en democracia, e incluso en la aparentemente más consolidada de las democracias. En tiempos de asaltos al Capitolio, la reflexión no resulta ya visionaria, sino rigurosamente ajustada al tiempo que viene.

●Eso significa que el centro de la concepción ilustrada, desde el principio, está constituido por los derechos humanos, que en Kriele, un hombre nacido en 1931 en una familia católica no precisamente identificada con el nazismo, se levantan sobre la defensa apasionada e irreductible de la vida y de la dignidad humanas. Su iusnaturalismo obedece, así pues, a un planteamiento racional.

● Y, por lo tanto, la exigencia de justicia es eminentemente cívica, pero se realiza personalmente. Se dirige al juez, pero también al profesor, al padre de familia, al legislador, al conductor de los autobuses urbanos, al comerciante, al obrero… Todos los seres humanos debemos adoptar, como dice Kriele, decisiones que resulten "pertinentes para los otros". En un lenguaje quizás frío y técnico, el iushistoriador renano expresa lo que importa también en democracia: que seamos funcionalmente justos, cívicamente justos, ordinaria y cotidianamente justos. *Jurisprudenz* era el título del monumental mural, después perdido, que Gustav Klimt pintó hace más de un siglo,

entre 1903 y 1907, para la Facultad de Derecho que se instaló en la Nueva Universidad levantada junto a la Schottentor de Viena, en el comienzo del *Ring*. Pero esa Justicia con mayúsculas, y a veces cursivas, delicada, pomposa y grandilocuente, no existe. Lo que puede y debe existir, si queremos una democracia, es el sentido de la acción y la decisión justas que aplicamos en la relación con nuestros semejantes. La justicia que cuenta, importa, vale, y transforma el mundo, nos exige y obliga a todos nosotros y a todas vosotras. Aquí, y ahora.

● Y, en el Estado de Derecho, la que Kriele denomina "lucha política de liberación" se realiza a través de las normas de derecho: del derecho de gentes, de los derechos humanos, del derecho material y procesal, de las instituciones constitucionales, las organizaciones del Estado y los tribunales. La ciudadanía, por medio del Estado de Derecho y del sistema democrático, ha emprendido esa lucha política incruenta. Es un compromiso cotidiano. En la mejor tradición de Rudolf von Ihering. Luchando por el derecho.

● Para el estado de conciencia ilustrado, así pues, la justicia no reviste una naturaleza metafísica. Nos interpela y exige como seres humanos concretos. Nos desafía personalmente. Y, por eso, permanece llena de sentido y de contenido. Además de un estado de conciencia, es un estado de vida.

● A la Ilustración política contemporánea, como a sus predecesoras históricas, la distingue también la persecución de un fin. Probablemente, obedece al mito político por excelencia, el del reino feliz de los tiempos finales. Esta vez, no mito ya, porque se materializó el ideal de una forma de organización política, es decir, de vida compartida, que representa la culminación histórica del proceso de emancipación humana, como es el Estado social y democrático de Derecho. Nada mejor. No existe alternativa. Pero lo importante es que la Ilustración política, además de estado de conciencia, estilo y método, es también propuesta y compromiso con un objetivo: la concordia entre seres

humanos que pueden perseguir, en justicia y equidad, con pleno respeto, sean como sean, piensen como piensen y hagan lo que hagan, su proyecto de vida en el marco de la ley y bajo la protección del orden constitucional.

● Ilustración, para concluir, significa querer cambiar el mundo. Todos cuantos nos encontramos aquí compartimos esa experiencia. Hubo un día en que sentimos que el mundo tenía que cambiar. Y supimos que lo íbamos a cambiar nosotros. Así que tengo que daros la enhorabuena. Lo hemos conseguido. Pero lo hemos conseguido todos y entre todos. Hay una novela y película maravillosa de Fernando Fernán Gómez, *El viaje a ninguna parte,* de 1986, protagonizada por una modesta compañía de cómicos que recorren la España rural durante la posguerra, y en donde uno de los protagonistas, Carlos Piñeiro, interpretado por Gabino Diego, dice que su vocación no es ser actor, sino administrativo, oficial primero en un despacho. Su padre y su abuelo se desesperan cada vez que lo escuchan. Pero Carlos, el zangolotino, ha hecho su elección. Y con su elección, también, ha cambiado el mundo.

La ambición ilustrada, en la historia, es una ambición de crecimiento constante, de "cambio y reforma", como dice uno de los mejores libros de Gutenberg Martínez. Hoy cambiamos el mundo en este primer *Encuentro Internacional Desafíos y Propuestas sobre Democracia* que organizan nuestra Universidad Miguel de Cervantes y la Corporación Humanismo y Democracia. No es retórica, o dinámica de grupos, u optimismo antropológico. Todo cuanto compartimos, las ideas y las propuestas, la amistad y la fraternidad, vence al tiempo fugitivo. Como decía Dylan Thomas en *And Death Shall Have No Dominion,* mientras gastaba en los pubs de Swansea los últimos días de una vida que habría de interrumpirse con sólo 39 años, "aunque los amantes se pierdan, el amor no se perderá/ y la muerte no prevalecerá". Como Ted Kennedy en el final de su intervención renunciando a la candidatura presidencial en la Convención Demócrata de Nueva York, en 1980, en algún momento la carrera por una nominación puede terminar. Pero, en

nombre de todas las personas cuyas necesidades constituyen la razón de nuestra existencia, "el trabajo continúa, la causa perdura, la esperanza todavía vive, y el sueño nunca morirá".

Final. El Cielo puede derrumbarse y la tierra resquebrajarse

Termino. Hace apenas unas semanas se produjo una de las más formidables manifestaciones de la vigencia de la propuesta histórica del humanismo cristiano en décadas: la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos de París de 2024. Las sucursales del lepenismo en España, y los profesionales del extremismo a través de sus abundantes terminales digitales, convocaron a la humanidad a la "batalla cultural" en respuesta a un episodio que se consideró paródico de la Última Cena. Pero los herederos del paganismo nazi, del fascismo, y del integrismo se obstinaban, como siempre, en desconocer el Amor de Dios. La ceremonia, que concitó la atención de miles de millones de espectadores en todo el mundo, se cerraba en la Torre Eiffel. Allí se encontraba una artista nacida en Québec, católica, y casada en la catedral de Montreal, llamada Céline Dion. Y cantaba una canción de una cantante católica, nacida en París, y devota de santa Teresita de Lisieux, llamada Édith Piaf. La canción, dedicada a Marcel Cerdan, fallecido el próximo 28 de octubre hace 75 años, y grabada por la artista parisina la misma mañana del más que nuboso 2 de mayo de 1950 en la misma capital de Francia al tiempo que Robert Schuman le enviaba a Konrad Adenauer el borrador de la Declaración de 9 de mayo de 1950 que constituye el acta de nacimiento de la integración europea, se llama *Himno al amor*. Esa mismo 2 de mayo de 1950, al final de la mañana, Konrad Adenauer llamó a Robert Schuman para darle un mensaje muy escueto: "le digo que sí, y con todo mi corazón". Dos corazones habían levantado acta del nacimiento del primer día del resto de la historia de Europa.

Céline Dion interpretó la canción en modo desgarrado, separada de su amor, como la Piaf, por una muerte prematura. ¿Separada de su amor? El último verso de la canción, entonado con absoluta convicción por la gran voz francófona, representa, para quien os habla, la más perfecta

explicación del sentido, significado, contenido y destino de una vida inspirada por el encuentro con Cristo: "Dios reúne a los que se aman".

Édith Piaf, que cuando Charles Vaucaire y Michel Dumont acudieron por primera vez a su apartamento parisino para interpretarle *Non, je ne regrette rien,* y desde el primer verso comenzó a exclamar "Soy yo, soy yo", invitando a nutrir las hogueras con nuestros recuerdos, Édith Piaf, por la que murió Jean Cocteau de amistad, literalmente, desplomado el 11 de octubre de 1963 cuando recibió la noticia del fallecimiento de su querida amiga en la víspera. Jean Cocteau, que mientras Schuman y Adenauer hablaban y la Piaf grababa, se encontraba precisamente rodando su *Orfeo* con su idolatrado Jean Marais en el papel estelar descendiendo al averno para rescatar a su amada Eurídice de las garras de la Muerte, interpretada por María Casares, la mejor actriz española de la historia, exiliada como hija de Santiago Casares Quiroga, pareja de Albert Camus. Una Muerte enamorada de Orfeo. Una Muerte que sucumbía ante el triunfo del Amor.

Como soy muy llorón y muy fabulador, y a partes iguales, escuché toda la interpretación de Céline Dion cantando con ella, y bañándome en mis lágrimas interminables. Pensaba en que la democracia y el bien común que desde todas las esferas promovieron Édith Piaf, Robert Schuman, Konrad Adenauer, Jean Cocteau, Jean Marais, María Casares y Albert Camus, volvía a prevalecer. Que la llama de los Juegos Olímpicos, que recuperó un historiador y jugador de rugby católico llamado Pierre de Coubertin en plena III República Francesa, permitía aguardar que este siglo sea un nuevo Siglo de las Luces. Y que después, palabra de Édith Piaf, "tendremos para nosotros la Eternidad".

COMENTARIOS A PONENCIA POR UNA NUEVA ILUSTRACIÓN POLÍTICA

Eduardo Saffirio Suárez

Abogado de la Universidad de Chile. Magíster en Ciencia Política de la Universidad Católica
Coordinador del Proyecto de Investigación en Democracia Universidad Miguel de Cervantes

Introducción

¿Necesitamos una nueva Ilustración? Enrique San Miguel afirma que no tiene dudas; yo tengo pocas, y considero que la requerimos para enfrentar los riesgos que afronta actualmente el régimen político democrático, como ha quedado evidenciado en lo que hemos escuchado durante estos días. Necesitamos atrevernos a pensar, como nos invitó Kant, especialmente en esta etapa de la situación democrática global, porque ya sabemos que no hubo ni habrá fin de la historia. La esperanza es una virtud teologal, las ilusiones son un extravío de la inteligencia y Fukuyama estaba equivocado, como era relativamente obvio para cualquiera que supiera lo básico de filosofía de la historia. No nos sirve, entonces, el optimismo superficial.

Considero que gran parte de las reflexiones que se realizan y de los temores que hoy día se viven, son potenciados por el hecho que la democracia imperial norteamericana vivió los riesgos con Trump y eso influyó muy fuerte para que se empezaran a ver cuestiones en todo el mundo que, lamentablemente, para nosotros los latinoamericanos han sido el pan de cada día durante muchas décadas. Sin embargo, actualmente contamos con más democracias que nunca, aun después de una tercera y cuarta ola, relativamente fallidas (Pérez-Liñan, 2023). Sin duda, existen enormes desafíos; somos ocho mil millones de habitantes y estamos en presencia de regímenes políticos democráticos como

nunca antes habían existido, por lo tanto, las posibilidades de amenazas, de quiebres y de riesgos, son muchísimos más perceptibles que en otras olas, cuando eran solo algunas decenas de países los democráticos. Pero sin lugar a duda que existen enormes desafíos, algunos de los cuales nuestras actuales democracias han enfrentado bien.

Hoy Josep Duran i Lleida realizo una exposición que me pareció extraordinariamente lúcida. En ella enumeró las situaciones que hemos vivido desde el derrumbe de las Torres Gemelas en adelante, un recuento verdaderamente impresionante; crisis económica del 2008 a 2012 dicen los europeos, Josep habló de austericidio; la situación brutal de la pandemia; los cambios geopolíticos que estamos viendo con el ascenso de China; una guerra en Europa, cuestión que parecía que no íbamos a vivir y ahí están nuestras democracias. Este es un año electoral donde había mucho temor y hasta aquí vamos zafando de los riesgos más graves -estoy pensando en la segunda vuelta francesa- sin perjuicio que el profesor Carlos Fara en su exposición nos dio una clave central: esta es una tarea de largo aliento, más allá de lo que pase en las próximas elecciones, incluyendo la de EEUU en noviembre próximo, hay que seguir atento.

La utilísima exposición que acaba de hacer Enrique San Miguel me permite ordenar mi comentario en relación con lo que él llamó estados de conciencia y estilos, a propósito de la Ilustración. Estilo que lo voy a entender como sinónimo de ethos, de costumbres, de comportamientos, de prácticas.

I. Estado de conciencia de esta nueva ilustración.

¿A qué nos debe llamar? En primer lugar, a una alerta reflexiva sobre los riesgos de los regímenes democráticos, porque ya sabemos que no hay desarrollos lineales, que la posibilidad de la involución y del retroceso están siempre presente. Aquí nos estamos alejando de una cierta ilustración optimista que construyó el mito del progreso, pero esa fue la ilustración continental. La escocesa -Calvino detrás, San Agustín detrás de Calvino- veía la historia con muchas mayores reservas. En el caso

de los latinoamericanos, siempre supimos que nuestras democracias podían correr severos riesgos, pues en el caso de Chile, por ejemplo, después de décadas de desarrollo democrático, después de procesos de reforma profunda donde queríamos seguir avanzando en la línea de expansión de derechos, terminamos perdiéndolo todo el 11 de septiembre de 1973. La frase dramática de Patricio Aylwin "por buscar la justicia, mi generación perdió la libertad", fue una tremenda expresión de síntesis. Entonces, la posibilidad del retroceso, de involución siempre existe; no hay progreso lineal. Se requiere una alerta reflexiva a los riesgos permanentes y estar dispuesto a una dura tarea de largo plazo, como le escuchamos al profesor Fara.

En segundo lugar, entender también, y atrevernos a pensar, en cuáles son los componentes afectos a los riesgos, que hoy no son solo las instituciones, en mi impresión. Desde la tesis de magíster en ciencia, hasta el día de hoy -me persigue como un sino- me he opuesto a estas visiones institucionalistas -disfrazadas de nuevas pero que en el fondo son el viejo institucionalismo- que creen en una especie de determinismo de las instituciones. Probablemente, además, han surgido como una reacción al marxismo y su determinismo economicista. No los voy a aburrir con mis confrontaciones intelectuales contra aquellos que decían que era imposible que en América Latina hubiera democracia mientras hubiera presidencialismo, o en la tarea que seguimos empeñados hoy día cuando vemos que en Chile se quieren hacer milagros vía cambios asistémicos, ahora a propósito del sistema electoral, en medio de una situación política democrática mucho más compleja como las que hemos visto en las exposiciones versadas de ayer y de hoy.

Las instituciones, por supuesto, corren riesgo. Pero hoy día no se bombardea el Palacio presidencial; se imita al romano Augusto quien transformo por completo el régimen político republicano al colocar, junto a las instituciones clásicas, nuevas instituciones que terminaron provocando una transformación integral del régimen y que acabó para siempre con la República romana, vía este proceso inteligente y mañoso de un gran estratega autocrático como fue Octaviano luego

conocido como Augusto (Kunkel, 1989, páginas 55-57). Hoy día vemos cómo se busca romper con la separación de poderes; cómo se busca terminar con la prensa libre, afectando directamente a instituciones, pero también se corrompen los fines de las instituciones, o sea, se las mantiene o se les usa, pero desvirtuadas, no son solo las instituciones formales las que corren riesgo hoy día frente a estas amenazas autocráticas. Se usa, por ejemplo, la justicia constitucional para en nombre del derecho internacional de los derechos humanos, permitir que un aspirante a déspota pueda reelegirse indefinidamente; o se hace uso de la justicia electoral, no siempre de manera tan burda como la que hemos visto el último mes en Venezuela, para justificar triunfos fraudulentos, luego de la "caída del sistema".

Dos profesores de derecho españoles nos han mostrado cómo respetando la norma podemos vulnerar flagrantemente los principios. Ruiz Manero y Atienza, *Los Ilícitos Atípicos*, un libro que hay leer desde la teoría del derecho, nos enseña cómo, respetando la letra de la ley, se altera su finalidad, los principios que están detrás y su sentido. Ahí están el abuso del derecho, el fraude a la ley y la desviación de poder.

En tercer lugar, esto que con tanta lucidez vio hace casi cien años Semprún, profesor no por nada de filosofía del derecho, además de político democrático: la necesidad de valorización sin vacilaciones del gobierno de las leyes y de la centralidad democrática, entendida como el espacio de la defensa común de las instituciones democráticas y constitucionales, que es la gran aspiración finalista del modelo de democracia que el filósofo católico Charles Taylor, nos plantea en su libro de democracia republicana contra otros dos modelos (Taylor, 2012, pag. 21-23). Así, el debate sobre estado de derecho e ilustración tienen en la partida al viejo Aristóteles y a Bracton. Gobierno de las leyes dijo Aristóteles contra el gobierno de los hombres, que defendió el primer Platón, porque "la ley es la razón sin pasión". Bracton, cuasi contemporáneo de Tomás de Aquino, clérigo y jurista medieval inglés, previo a la reforma señaló que "La ley hace al rey". Sin embargo, fue el constitucionalismo liberal el que generó genialmente los mecanismos, las instituciones, los artificios de los controles, los contrapesos y

los balances, he ahí el primer gran aporte del liberalismo político (Hofmann, 2002, páginas 211-220; Palombella, 1999, Capítulo III).

Sabemos que importan, y mucho, los límites al ejercicio del poder, por eso que se debe valorar y defender sin vacilaciones y siempre el estado de derecho. Pero, además, por lo que Enrique nos dijo, citando a gente tan capaz, tan inteligente e iluminadora como Martin Kriele, autor de libros estupendos, lamentablemente solo dos de ellos traducidos al español porque a través del estado constitucional y del estado de derecho, recorremos el camino que históricamente nos ha llevado a esta enorme ampliación de derechos en nuestras democracias contemporánea; eso que ahora resumimos en el concepto estado social y democrático de derecho. Debemos valorarlo sin vacilaciones, por la lucidez de Semprún en esas frases que acabamos de escuchar y que es totalmente congruente con lo que dijo un político chileno de similares características doctrinales e ideológicas, Eduardo Frei Montalva: "si nos llegaran a dar a elegir entre la libertad y el pan, optaremos por la libertad para poder seguir luchando por el pan". Esa es una genialidad política y de análisis histórico y cultural, porque es lo que hemos vivido los últimos cien años, profundizado fuertemente del año cuarenta y cinco del siglo XX en adelante en la democracia europea. Entonces, la valorización de lo anterior tiene que ser sin vacilaciones, pues ha permitido la ampliación de los derechos fundamentales de una manera completamente insospechada por la vía pacífica y ha construido sociedades que han pasado de "condiciones menos humanas a condiciones más humanas". Tampoco puede caber duda de la necesidad de la convergencia de todos los partidos políticos humanistas en torno al espacio de la centralidad democrática para la defensa común de estas instituciones, que han probado históricamente su capacidad de potenciar la dignidad humana.

Esta es la razón por la cual cuando se es oposición democrática, no se es leal al gobierno de turno al que uno se opone. Se es leal al régimen político democrático que deseamos mantener y por eso se actúa con lealtad frente a quienes gobiernan y nunca se pierde la fidelidad al derecho y se busca la defensa de la constitución democrática.

En cuarto lugar, una nueva ilustración supone la búsqueda atenta de la capacidad de respuesta. Esto se ha dicho ayer y hoy y lo vuelve a remarcar con fuerza nuestro amigo Jorge Arias. El régimen político democrático es eso, un régimen político, una manera de regular las relaciones entre quienes gobiernan y quienes son gobernados. Pero ha tenido desde su aparición histórica, un origen y una dimensión plebeya que un liderazgo político lúcido no puede dejar nunca de tener presente (Glotz, 1957, capítulo IV, Cartlegde, 2024, página 46). La democracia supone que hay que hacerse cargo de las necesidades a lo menos básicas de la mayoría de la población.

Aristóteles genialmente definía los regímenes políticos en función de una causa eficiente -número de quienes gobiernan- pero le introducía la causa final, su orientación o no al bien común, al interés general. Las democracias, la Politéia decía él, es el gobierno de los muchos orientado al bien común y por eso también iba dirigido a la búsqueda de la satisfacción de lo que hoy día nosotros llamaríamos en nuestra cultura jurídica, los derechos de esos muchos, de esa mayoría. El gran problema que tenemos en muchos países de América Latina, es que nuestras democracias han perdido capacidad de respuesta y por eso la desafección, la volatilidad, las alternancias en el poder muchas veces pendulares y la falta de continuidad.

En el caso chileno, hemos debido enfrentar una doble crisis: de representación política, que estaba en la base de lo que nos ocurrió hace cinco años atrás, pero también y muy perceptible, diría por lo menos desde inicio del 2010 en adelante, una crisis de distribución de los frutos del crecimiento económico. No porque Chile fuera el país más desigual del mundo, de América Latina, como se señala, porque eso es una mentira, una falacia, pero si porque el grueso de los avances enormes que tuvimos en materia de reducción de la pobreza -la bajamos del 70% al 7% usando el instrumento actual- no nos permitió llegar a tener esa clase media consolidada que Semprún señalaba que era fundamental conseguir, sino que a promover el avance material de un 50% o 60% de la población que, si se quiere ser sincero y no autoengañarse, más bien habría que definirla como grupos medios muy

heterogéneos y precarizados, la inmensa mayoría de los cuales siguen formando parte de los grupos populares.

La capacidad de respuesta supone también reflexividad para, primero, impulsar agendas pertinentes, asuntos públicos, issues, atingentes a los problemas de la mayoría. ¿Cómo es posible que sea prioridad un proyecto de eutanasia en una sociedad donde mueren miles de personas en listas de espera sin poder ser atendidas? Aunque no necesariamente mueren de la dolencia que origino la espera, transcurre tanto tiempo antes de poder ser atendidas que esas personas fallecen, probablemente la mayoría de ellas, por otras causas. A lo menos se pide que una clase política lúcida, enfrente conjuntamente esos dos temas y donde la prioridad sea, obvio, salvar a los que están en las listas de espera, antes de centrarse en un proyecto que, probablemente, habría que discutir en Luxemburgo y en Holanda; en sociedades que tienen otra distribución del ingreso, otra estructura social y que son tres o cuatro veces más ricas que nuestra sociedad.

Los problemas mayoritarios siguen siendo problemas materiales y a los cuales se ha unido el tema ya no solo de la salud, de la vivienda, de la educación, de los ingresos, sino que también de la seguridad frente al avance del crimen organizado y de la probidad frente a una corrupción que comienza a tomar claramente caracteres sistémicos en los distintos niveles del sistema político. Esta desconexión es la que impide el anclaje social de los partidos y que puedan cumplir las tareas de articulación y de agregación de intereses. Junto con la perdida de la capacidad de escucha, se les ve completamente alienados de la realidad. Entonces ¿qué capacidad programática van a tener para enfrentar estas demandas del sesenta, setenta, ochenta, noventa por ciento de las poblaciones de muchas de nuestras democracias?

Por lo anterior parece clave el manejo de las expectativas. No se puede tener una aproximación a la política donde le exijamos a esta -menos en el cuadro actual de sociedades diferenciadas, complejas, imposibles de dirigir desde un centro- la realización de tareas que no están en condiciones de cumplir. A veces le pedimos cosas que debiéramos pedirle a las grandes religiones, pero no a actividades profanas.

Después nos alarmamos por la existencia del populismo y la incapacidad atávica de mirar los límites -una especie de prometeismo salvajede la política, a veces como reacción a la razón tecnocrática para ser justo; pero muchas veces también por un voluntarismo extremo donde ya ni siquiera se quiere tener a la vista que existe un fenómeno llamado escasez y que, a la hora de asignar los recursos, siempre hay costos de oportunidad que un decisor público responsable debe tener a la vista.

La prudencia política implica que seamos capaces de usar el conocimiento. No para que nos determine los fines, porque eso está sujeto a la deliberación democrática pues es contingente, pero sí a lo menos para incluirlo en la razón instrumental, que tiene que valerse del estado actual del conocimiento de distintas disciplinas sociales, al momento de considerar los medios.

Y, por último, la búsqueda de la eficacia. Ello está vinculada a lo anterior pero no es lo mismo. Por eso que es tan pertinente lo que aquí se afirma sin complejos; la vía democrática, la vía compatible con el rechazo a la violencia, a la búsqueda de la convivencia pacífica basada en la construcción de mayorías y compatible con el estado de derecho, es la vía de la reforma, o sea, del cambio social pacífico, incremental, continuo y democráticamente orientado. Esto debiera ser también, un elemento, una componente básica de la centralidad democrática, pues ella no es solo la exclusión de la violencia, sino también la opción por un método de cambio social.

Cuando no existe esta capacidad reflexiva de mirar la necesidad que nuestras democracias respondan, muchas veces a las necesidades básicas, mínimas, de las mayorías ciudadanas, viene el fenómeno que conocemos: la anti política. Cientistas políticos italianos hacen una clasificación que a mí me ha servido mucho para orientarme sobre cuál considero que es el principal desafío a la democracia chilena (Copano, Piatonni, Raniolo, Verzicheli, 2014. Páginas 360-362). Esto no lo veo aún en el populismo, pero sí en la anti política. Los italianos señalan que quienes practican la anti política -que son también una amenaza al régimen político democrático, mayor o igual a los populismos- a diferencia del populismo ya no confían en la política y entonces el slogan

es “la política señor, no le sirve para nada”, no le va a resolver ningún problema”. Dónde se encuentran con el populismo es en la denuncia de la casta, pero por razones distintas. El populismo, al contrario de quienes hacen anti política, exacerba el voluntarismo político, promete paraísos; ahí donde quienes hacen anti política dicen que esta es una actividad inútil, el populista lo que señala es “vóteme y yo le aseguro la entrada rápida a otro estadio de desarrollo”. Eso sobre la Ilustración como estado de conciencia.

II. La Ilustración como estilo.

A continuación, expondré sobre el desafío específico del populismo, pero quiero partir recordando el teorema de Böckenförde, jurista alemán, social demócrata, católico que hace más de cincuenta años elaboró un famoso dictum que decía: el Estado liberal democrático se basa en supuestos normativos que no es capaz de reproducir (Böckenförde, 2024, página 47). Este teorema de Böckenförde es lo que está detrás de ese diálogo histórico entre dos cabezas del nivel de Ratzinger y Jürgen Habermas; del diálogo del futuro papa con el último filósofo ilustrado vivo más importante, como lo es Jürgen Habermas. La verdad es que aquí se juegan cuestiones que tienen ver con supuestos normativos y sobre todo con conductas, con comportamientos, con el ethos.

Dentro de las cosas inteligentes y profundas que hoy día le escuché a Duran i Lleida, fue cuando señaló que quizás el populismo no sea si no la expresión extrema de nuestras fallas democráticas. No puedo dejar de recordar una frase de Berdiaev, que parafraseándola hoy día podría decir, “el populismo es la tarea no cumplida de los demócratas”, a lo menos muchas veces. Berdiaev lo decía a propósito de la relación entre comunistas y cristianos, si la memoria no me falla. ¿Podemos extrañarnos de la presencia tan fuerte de los riesgos populistas cuando practicamos la mentira en política y no hablamos verazmente? Ese es el gran reclamo de Pierre Rosanvallon en la defensa de una democracia de confianza, en su último libro *El Buen Gobierno*, y por ello esa frase con la que parte, del político socialista francés Manuel Valls, “la palabra pública se ha convertido en una lengua muerta”. En dicho libro

Rosanvallon explica cómo hemos perdido toda veracidad en la comunicación política, generando un efecto destructor sobre nuestras repúblicas democráticas al practicar una comunicación sofística, además de quinta categoría, porque hubo sofistas realmente inteligentes y que aportaron al desarrollo del pensamiento y de la cultura.

La democracia y la centralidad democrática son diálogo, pero ¿es posible el diálogo cuando no se dice la verdad, cuando es la mentira lo que se "comunica", por un lado y otro? Diálogo es "a través de la palabra", a través de la razón y de la verdad, no a través de la mentira. ¿Qué confianza puede haber en esos actores políticos democráticos?

Vinculado a lo anterior -también lo señaló Enrique San Miguel-, se encuentra el hecho de que la conducta de un político democrático se debe basar en la persuasión racional, en la pasión serena del profesor italiano Giuseppe Galasso. Hablar veraz y persuasión racional significa, entonces, el repudio a la política del engaño. No nos quejemos de la demagogia y de la mentira populista y del proceso de demolición de confianza en el espacio público, cuando concebimos la política como engaño. Es simplemente la expresión fuerte de una concepción que muchas veces los demócratas practican de manera débil, y como decía, Maritain, el gran problema del maquiavelismo, es que el maquiavelismo que hoy día apellidaríamos light, termina siempre cediendo frente al maquiavelismo fuerte, lo mismo que el nihilismo light frente al nihilismo fuerte.

Persuasión racional, razón y pasión. Permítanme una reflexión sobre esto a propósito de lo que nos dijo el profesor Fara, con el cual creo que no estoy en desacuerdo, pero quiero enfatizar en un aspecto. En la mejor novela, a mi juicio, de Thomas Mann, *El Doctor Faustus*, que me parece aún más grande incluso que *La Montaña Mágica*, hay unos diálogos entre el protagonista Adrian Leverkühn con el demonio en Palestrina. El demonio le dice en un momento a Leverkühn, -estoy juntando probablemente dos partes de un diálogo, no es textual- "no es la crítica racional lo que nosotros promovemos. Eso lo hace Dios, que tanta importancia le da a la razón. Lo que nosotros queremos, promovemos y buscamos es la espléndida irreflexión". Entonces, concuerdo

con el profesor Fara. Tenemos que hacernos cargo de las pasiones, pero justamente para que no destruyan lo que hace posible el uso reflexivo de una razón, que no es la razón ingenua de algunos ilustrados partidarios de la tabla rasa, sino que es una razón mucho más compleja a estas alturas del desarrollo del pensamiento y de la experiencia histórica (Habermas, 2024, páginas 649-651; Kaufann, 1998, páginas 24-29).

Entonces, cuando se escucha esto de "vamos a la política de los sentimientos" o a políticos democráticos que sin pensar lo que dicen, señalan que su objetivo es "la promoción de la felicidad humana", se siente un cierto escalofrío como católico postconciliar y admirador de un racionalismo bien entendido. Quizás en vez de andar prometiendo cuestiones imposibles y generando expectativas que finalmente potencian la anti política y la desconfianza en las instituciones y en los actores democráticos, bastaría con que se practicaron la probidad, la escucha y la pedagogía democrática, que no es la banalización ni la promoción de la farándula, como nos quedó claro de uno de esos magníficos diez potentes puntos que nos planteó el profesor Fara.

Hablar veraz y persuasión racional como ethos; política situada e historicidad, nos dijo Enrique. Hacemos política en una asociación cívica concreta, situada, con sus hombres, sus mujeres y su historia, no desde la nada, no desde la tabla rasa, pero, como somos a lo menos postilustrados, también sabemos que esa política situada hoy día supone el rechazo, sin ningún tipo de duda, a cualquier nacionalismo agresivo y, por supuesto, a sus expresiones más burdas como la xenofobia.

Los demócratas promovemos un nacionalismo cívico que parte de la valorización de nuestros propios compatriotas, pero que no acaba ahí. Por eso se está abiertos, por ejemplo, a lo que pasa en el mundo. Entre otras razones, porque tenemos la capacidad reflexiva de entender que ni las crisis económicas, ni las pandemias, -pensemos en las últimas que hemos vivido- las podríamos haber enfrentado sin los niveles de cooperación internacional que afortunadamente se produjeron.

Es obvio que la migración ilegal puede crear tensiones, pero ella muchas veces tiene su origen en crisis humanitarias ante las cuales no hemos hecho nada; no hemos ejercido la más mínima solidaridad. En

otras ocasiones se ha mirado a cualquier parte para no jugarse por la defensa de la democracia, en regímenes autoritarios donde se produce la huida de millones de personas producto de violaciones masivas y sistemáticas a los derechos humanos.

Es conocido que el cambio climático o el crimen organizado no se van a resolver en el marco de las fronteras nacionales. Que la defensa a un mundo de reglas, no es solo ver cómo relanzamos el crecimiento del comercio internacional que después de la crisis del 2008 está estancado en los mismos porcentajes del PIB mundial, sino que sobre todo de un mundo reglas que haga imposible las guerras de agresión como las de Putin a Ucrania. Nada de esto es posible sin la colaboración de los demócratas y de los países que tienen democracias constitucionales.

También se dijo en este seminario: hoy día existe una internacional autoritaria. La invasión a Ucrania no habría sido posible en un contexto en que China no le hubiese dado una aprobación, antes incluso del apoyo material. O el papel que juega Irán o Corea del Norte aquí en América Latina. ¿Por qué Maduro resiste? Porque la internacional autoritaria lo apoya, más allá incluso de las sanciones de determinadas democracias.

Entonces también es un desafío el cómo defendemos y promovemos la democracia frente a esa internacional autoritaria que está actuando incluso al interior de nuestros propios países para socavar la democracia no solamente a través de las noticias falsas o de la desinformación, sino que también de la corrupción de políticos. Ahí están los préstamos millonarios a determinados partidos políticos europeos porque el objetivo, obviamente, es hacer saltar por los aires la construcción multiestatal democrática y humanista más grande que ha construido la humanidad hasta hoy día, que es la Unión Europea.

¿Cómo controlamos las tecnologías, desde el riesgo nuclear hasta la inteligencia artificial, si no nos concertamos? Por todo lo anterior, esta visión cosmopolita que es un aporte de la primera ilustración tiene que ser incorporada a pleno pecho, hoy día más que nunca, en una nueva ilustración.

En penúltimo lugar, aunque reconozco que no es una postura popular, coincido con lo expresado valientemente por Jorge Arias: necesitamos promover una ciudadanía consciente. Martin Kriele, en otro libro que no es el que cita Enrique, sino que es *Introducción a la Teoría del Estado*, publicado por Depalma, una gran editorial jurídica Argentina, hace muchísimos años, escribe que no basta el individualismo utilitarista para darle legitimidad a la democracia constitucional. Es incluso mucho más radical en su cuestionamiento a esta presunta fuente de legitimidad de las instituciones democráticas y constitucionales que Adela Cortina, quien en *Un pueblo de Demonios (*hace una broma con la frase de Kant, que una república se puede construir y mantener incluso en un pueblo de demonios, en la medida que tengan acceso al razonamiento) nos muestra sus dudas frente a eso. Kriele rechaza esto radicalmente. Ciertamente la valoración utilitarista puede ser un primer paso y por eso la capacidad de respuesta de las democracias es decisiva en este caso, pero, como Norberto Bobbio escribió, una de las promesas incumplidas de la democracia es justamente el ciudadano no educado. Helmut Coing alertaba hace muchas décadas de la falta de civismo de sectores de la pequeña burguesía (Coing, 1961). Giovanni Sartori ha definido la democracia desde el punto de vista normativo como una poliarquía selectiva, donde el demos no sortea sino que elige para seleccionar líderes que son tales, no por los rangos académicos, por los máster o por los doctorados, sino que por la capacidad de servicio al pueblo. Pero la selección del liderazgo es un criterio cualitativo para Sartori (Sartori, 1988, Tomo I, Capítulo VI).

Un liderazgo democrático tiene que ser un liderazgo educador. La importancia de esta masa crítica democrática que es construcción de largo aliento, como nos dijo el profesor Fara y como lo señaló Jorge Arias, que también lo releva y lo está ejecutando en diversos proyectos en América Latina.

Sin duda necesitamos una ciudadanía consciente de sus derechos, pero que también reconozca la igual dignidad del otro y que se comprometa entonces en la búsqueda de la justicia y cuya fidelidad al derecho no sea solo mientras el derecho le sirve, y cuando no lo hace, se suma a quienes quieren vulnerar ese estado de derecho o terminar con la

democracia. Necesitamos un liderazgo democrático políticamente educador y aquí los partidos son clave, porque debieran ser los primeros filtros para conseguir esta masa crítica democrática y orientada en sentido cívico.

Termino citando a Santo Tomás de Aquino. En su libro *Ética*, cuya lectura recomiendo a todos los jóvenes que puedan ver en algún momento el video de este seminario internacional, escrito hace mucho tiempo por López Aranguren se señala, a propósito de la virtud de la prudencia, que el último componente de esta virtud central del político, inteligencia práctica, consiste en la capacidad de actuar en orden a principios u objetivos más altos, es decir, orientados al bien común. En una política llena de fenómenos personalistas, con partidos políticos compuestos muchas veces mayoritariamente por carreristas que terminan en lo que vemos incapaces de dar respuesta y entrando a saco en el Estado, ya no solo no se está actuando en base a lo que es esta orientación de la búsqueda de objetivos en base a principios más altos, sino que sólo en la búsqueda cruda del poder desnudo.

Sohm, profesor alemán de derecho romano, en su fase militarista escribía en el siglo XIX, una cuestión muy fuerte: "La propiedad y el Estado han nacido bajo el signo de la lanza", esto es del pillaje y del despojo (Shom, 1900, página 40). Algunos políticos, sobre todo en nuestras democracias latinoamericanas, conciben la política de una manera análoga: la búsqueda del botín y del pillaje a través ya no de la lanza, sino que del voto. Esa conducta es la opuesta a la concepción de la política en el pensamiento tomista.

Las reflexiones de Enrique, y este cuadro tan útil y pedagógico que distinguió entre estados de conciencia y estilos, nos permiten comprender que hoy día tenemos las estructuras democráticas propias del estado de derecho como nunca en la historia de la humanidad; y nuestras democracias son de ciudadanía ampliada progresivamente los últimos doscientos años y no con el 10% (con suerte) de la población con estatus de ciudadanos. Lo que tenemos que hacer entonces, es no perder la esperanza y tener la valentía de trabajar para que en esas estructuras democráticas se desarrolle este poder

de agencia propio de la libertad humana, que nos permita enfrentar de la manera adecuada, basados en la vieja y nueva ilustración, los riesgos que hoy día corren los regímenes políticos democráticos contemporáneos.

BIBLIOGRAFÍA

1. Atienza, M. y Ruiz Manero, J. (2006). Los Ilícitos Atípicos. Trotta.
2. Bobbio, N. (1986). El Futuro de la Democracia. Fondo de Cultura Económica.
3. Böckenförde, E. (2024). El Surgimiento del Estado como Proceso de Secularizacion. Trotta.
4. Bonnard, A. (1970). Civilización Griega. Editorial Sudamericana.
5. Capano, G., Piattoni, S., Raniolo , F., Verzichelli, L. (2014). Manuale Di Scienza Politica. Il Mulino.
6. Cartlegde, P. (2024). Democracia. Gredos.
7. Coing , H. (1961). Fundamentos de Filosofía del Derecho. Ariel.
8. Cortina, A. (1998). Hasta un Pueblo de Demonios. Taurus.
9. Glotz, G. (1957). La Ciudad Griega. UTEHA.
10. Habermas, J. (2024). Una Historia de la Filosofía. Volúmen 2. Trotta.
11. Hofmann, H. (2002). Filosofía del Derecho y del Estado. Universidad Externado.
12. Kaufmann, A. (1998). La Filosofía del Derecho en la Posmodernidad. Temis.
13. Kriele, M. (1980). Introducción a la Teoría del Estado. Depalma.
14. Kriele, M. (2002). “Derechos Humanos y División de Poderes”. En: Panorama de Filosofía Política. KAS.
15. Kunkel , W. (1989). Historia del Derecho Romano. Ariel.
16. Lopez Aranguren, J.L. (1994). Ética. Alianza.
17. Mann, T. (1965). “Doctor Faustus”. En: Obras Completas. Tomo I. Capítulo XXV. Plaza y Janes.

18. McIlwain, C. (2016). Constitucionalismo Antiguo y Moderno. Capítulo IV. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
19. Palombella, G. (1999). Filosofía del Derecho Moderna y Contemporánea. Tecnos.
20. Peréz – Liñan, A. (2023). "Democracies". En: Caramani, D. Comparative Politics. Oxford University Press.
21. Rosanvallon. P. (2015). El Buen Gobierno. Manantial.
22. Sartori, G. (1988). Teoría de la Democracia. Alianza.
23. Sohm, R. (1900). Historia e Instituciones del Derecho Romano. La España Moderna.
24. Taylor, C. (2012). Democracia Republicana. Lom.